

Adiós América

Cristina Civalé

Adiós América

América en fuga

Civale, Cristina
Adiós América.– 1ª ed.– Buenos Aires : Emecé Editores, 2005.
232 p. ; 23x14 cm.

ISBN 950-04-2674-9

1. Narrativa Argentina-Novela I. Título
CDD A863

Emecé Editores S.A.
Independencia 1668, C 1100 ABO, Buenos Aires, Argentina
www.editorialplaneta.com.ar

© 2005, *Cristina Civale*
© 2005, *Emecé Editores, S. A.*

Diseño de cubierta: *Mario Blanco*
1ª edición: julio de 2005
Impreso en Talleres Gráficos Leograf S.R.L.,
Rucci 408, Valentin Alsina,
en el mes de junio de 2005.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos
la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN: 950-04-2674-9

Día uno, 5 pm

—¿Por qué me besás?

—Me están siguiendo.

Le sentí la lengua antes de verle la cara; sus labios se pegaron con los míos con la violencia de un puñetazo y no me di cuenta de que una cicatriz gruesa y áspera le tatuaba la mejilla derecha. El beso duró un rato largo, el tiempo justo para ponerme la dura. Era la primera vez que una mujer me calentaba así, sólo con el espesor de su aliento y una explicación vaga. No intenté despegarme. La dejé hacer.

—Suficiente —dijo, pronunciando la *cé* con el sonido de una *zeta*, como hacen todos los españoles, cuando me soltó, por fin, y se sentó a mi lado, en el único lugar que quedaba libre en la sala de espera de la puerta catorce del aeropuerto de Barajas. Estábamos en el preembarque de un vuelo Madrid-Londres. De la British.

—¿Quién te sigue? —le pregunté y después me pasé dos dedos por los labios.

—No sé, pero me siguen —me dijo sin mirarme—. Puede ser cualquiera. Mi padre, la prensa, mi apoderado, un detective... todos a la vez. ¿Qué más da?

Sentí curiosidad en el mismo momento en que

le vi su rostro por primera vez y descubrí la cicatriz que, lo noté de inmediato, debía delatar los movimientos arteros de una vida peligrosa. El pelo oscuro, casi negro, estaba partido por una exacta raya al medio y le caía hasta más abajo de los hombros, casi rozando sus pechos pequeños, como de varón. Desde allí resaltaban unos pezones puntiagudos bajo una camiseta blanca de algodón y de mangas largas. No podía tener más de veinticinco años. Exactamente la mitad de los que cargaba yo, aunque no se me notara.

Soy lo que la gente suele definir como el típico morocho porteño. O casi. Piel cetrina, una altura imponente —metro ochenta y cinco—, ojos trigueños y mirada estudiadamente intensa, un cuerpo voluminoso pero proporcionado, una cabellera cuidada y más o menos larga como la del modelo más *cool*. Es cierto que las canas me fueron ganando con los años, pero había encontrado a una pareja de peluqueros, fans de toda la vida, que ahora me ponían unos matizadores naturales y le devolvían a mi pelo el color y el desenfreno por el que había hecho aullar a más de una mujer. No atravesaba un gran momento, más bien mi vida parecía deslizarse rápido y en picada hacia abajo, pero muy abajo. Esto tiene que quedar claro desde el principio.

A ella unas gafas de sol, pequeñas y de marco metálico, como sacadas de los setenta, le tapaban los ojos —no sé si habrá podido percibir mi completo esplendor— pero sí pude intuir su mirada que se adivinaba en el gesto mustio pero firme de sus labios carnosos, frescos y sin pintar.

—Te creo. ¿Pero el beso, qué tiene que ver?

—Me escapo, me estoy escapando y necesito un romance. Un invento de cuarenta y ocho horas. Cincuenta mil, si aceptas.

—No necesito un romance —me apuré a decir—. Ni la plata —mentí enseguida— y dos días es mucho tiempo. *Forget it. Anyway...*

Se sacó las gafas y me miró de arriba abajo con toda la intensidad que pudieron concentrar sus ojos color miel. Probablemente no entendiera inglés, como la mayoría de los españoles. Pero enseguida comprendí que su manera de mirarme indicaba otra cosa. Me estaba desafiando, me estaba oliendo con furia de animal. Otra cicatriz, mucho más pequeña, le rasguñaba la ceja izquierda y se acoplaba al mapa de su cara, dándole una armonía terrorífica y bella.

Terrorífica y bella. No sabía quién era esa mujer pero me inspiraba. Hacía mucho tiempo que de mi cabeza sólo salían pensamientos oscuros y que no resonaban palabras inquietantes que pudiera incluir en alguna de mis canciones. Esas dos eran una inesperada y poderosa posibilidad. Me disponía a escribirlo en la libreta algo manoseada que siempre llevo conmigo, en la que últimamente sólo apuntaba teléfonos a los que finalmente jamás llamaba o dibujaba garabatos que luego me costaba reconocer como míos. Fue entonces cuando me interrumpió, alejándome de mis pensamientos.

—No todo se hace por necesidad —observó con un razonamiento que me produjo sorpresa—. ¿Sí o no?

Desde los altoparlantes, una voz neutra anunció la demora de todos los vuelos por una huelga de pilotos.

—Putra madre —murmuró y se levantó. Antes, me apretó con fuerza la pierna izquierda, arriba, en el muslo.

Tomé mi mochila de cuero negro que contrastaba con su bolso Louis Vuitton. Su cola era un faro, redonda y parada, delataba dedicación y trabajo. Instintivamente la seguí. Todavía no lo sabía, pero ya no iba a poder abandonarla. *Terrorífica y bella. Yeahh.*

Amanda Rosales miró su reloj. Eran las cinco de la tarde. Levantó la vista y, para su sorpresa, vio cómo América Pardo le comía la boca a Roque Luna. No tenía idea de que la torera, tan famosa por su recato, discreción y timidez como por su temblequeo a la hora de entrar a matar y clavarle la espada al toro, tuviera un romance. Y mucho menos que se atreviera a exhibirlo con soltura en un espacio tan público como un aeropuerto. Y muchísimo menos que el motivo de su arrebato fuese el veterano roquero argentino, el legendario Roque Luna, el mismo que en los setenta había seducido a toda una generación. Ahora sólo sus familiares cercanos y los buenos amigos eran los únicos capaces de recordar su nombre completo o el título de alguna de las pegadizas canciones que llegaron a convertirse en discos de platino. Amanda Rosales lo recordaba por-

que había sido de las que habían bramado con esas particulares baladas pop, turbadoras mezclas de canción romántica con himno anarquista. Los temas de Roque llegaban clandestinamente en casetes mal grabados a la isla en la que Amanda había nacido y donde se había criado. Era cubana y ese día en que América le robó un beso a Roque, a las cinco de la tarde en Barajas, con treinta y dos años, Amanda Rosales se sentía una mujer quebrada. Una vez más la apuraba la necesidad de huir. Esta vez no se trataba de política ni de persecuciones por falsas cuestiones ideológicas, en este momento la causa era el dinero. A pesar de sus escrúpulos, Amanda podría haber vendido hasta a su madre con tal de salvarse, pero su madre había muerto hacía tres semanas en Miami, dejándole más deudas que las que Amanda podía afrontar y la vergüenza de haber huido de la isla que amaba y añoraba desde toda la vida, sin conseguir convencer a nadie de su doloroso desarraigo. Allí todavía vivía su padre, seguramente en la vieja casa de La Víbora en La Habana, trabajando para una revolución en la que en ese preciso momento prácticamente nadie apostaba. Ella todavía creía en los viejos ideales transmitidos con vehemencia por su padre. Siempre le habían gustado los grandes carteles y las consignas. Ellas habían marcado su camino, especialmente “hasta la victoria siempre”, una frase que repetía como un mantra cada vez que tenía miedo. Amanda había estudiado periodismo en la Universidad de Columbia gracias a los oficios de su madre como pionera exiliada y militante anticastrista. Un

master como becaria la llevó directo a un periódico de Miami donde escaló posiciones hasta convertirse en una respetada editora que intercalaba, cada vez que podía, guiños de reconciliación entre las dos patrias divididas por unos escasos kilómetros de océano. De todos modos, su vida siempre estuvo comprometida con el exilio cubano y subvencionada por él. Amanda Rosales se sentía una traidora porque sus sentimientos no estaban puestos en la mano de la que comía, sino en el faro del maledón habanero al que quería volver limpia de dudas y de deudas, abrazar a su padre y sentarse a mirar el mar y a esperar el amor que todavía no había rozado su vida. Amanda estaba segura de que sólo podría amar de verdad en la isla. Ella no había elegido escapar de su ciudad como una delincuente. Pero también era cierto que nunca antes se había planteado volver. Hasta ahora, que la vida la empujaba hacia esa inevitable frontera.

Su madre la había arrebatado de su casa, luego de una acalorada pelea con su padre y con su abuelo, y se había ido con ella en un barco clandestino pero seguro. En la otra orilla, lejanos parientes las recibieron con la sospechosa alegría de haberle ganado una batalla al enemigo. Al principio, Amanda se deslumbró por la otra América y la veneró hasta denigrarse. Fue convirtiéndose en una adulta sintiéndose feliz al notar con qué sencilla naturalidad podía asimilarse al pueblo norteamericano. La suavidad de su pelo rubio y el vigor de sus ojos verdes —heredados de un bisabuelo irlandés— lo permitían. Sólo su inglés con acento latino y la

exuberancia de su cuerpo caribeño, la ponían en su lugar y delataban de dónde había venido. Le sacaba provecho a la confusión sin dejar de sentirse confundida ella misma porque sus ideales rechazaban tanto la satanización y la lucha del exilio como la beatificación de Castro. Su madre había muerto luego de defalcarse las cuentas del grupo que regenteaba en el exilio. Así Amanda se convirtió en heredera de todo su oprobio y ya no fue querida ni en la isla —que la había olvidado—, ni en Miami, que ya la consideraba un mal recuerdo. Tuvo que dejar su trabajo en el diario, no sólo porque se lo pidieron sus jefes sino también porque ella ya no habría podido seguir viviendo allí, de ese modo tan vergonzosamente ambiguo. Esa tarde estaba a punto de viajar a Londres para hacer lo que ella llamaba su última claudicación. Iba a trabajar en la investigación de la nueva novela de un famoso escritor, compatriota suyo, que prometía darle un buen dinero a cambio de un trabajo arduo buscando datos infinitos que catapultaran a la isla como el último refugio de un dictador. A Amanda le repugnaba la idea pero estaba acostumbrada a venderse. Se había jurado que ésa sería la última vez. Con lo ganado limpiaría el honor de su madre y compraría su regreso a La Habana. Pero el vuelo se había retrasado. Mágicamente. Y la vida le ofrecía en el beso de América Pardo y su loco romance la posibilidad de vender una primicia inocente por mucho dinero. ¿Qué era un beso al lado de todo lo demás? Amanda sabía perfectamente lo que podría pagarse por una historia como ésa. Quizá ya

no tuviera que aceptar el trabajo vasallo en Londres. Iba a intentarlo.

La calidad del beso y, sobre todo, su futuro rédito la habían cautivado. Además, siempre había sentido curiosidad por la vida de la torera. Nada peor podía sucederle dadas las particulares coordenadas en las que en ese momento se situaba su vida. No tenía nada que perder. Sacó de su chaqueta de ante una mini-polaroid y lanzó un disparo silencioso.

Embelesada, observó como se construía la imagen en la que se veía claramente cómo la Pardo le metía una mano a Roque Luna entre las piernas. Amanda imaginó que era su mano y se excitó. Sonrió satisfecha y un segundo después levantó la vista para volver a verlos, los buscó con su mirada ganadora.

A la mierda Londres, a la mierda la traición. Tuvo que entrecerrar los ojos para terminar de digerirlo. América y Roque ya no estaban en el lugar del beso.

No podía creerlo.

Siempre la vida le daba y le quitaba con la misma brutalidad. Esta vez no iba a permitir que se le escurriera la decencia en esa posibilidad única de cambiarlo todo. Iba a volver a encontrarlos.

Se levantó, segura de sí pero fastidiada por la distracción excitante de la pierna de Roque y por el agobio de su propia soberbia. Cargó con ella su pesado equipaje de mano. Se arrastró, con esfuerzo, hacia la salida, maldiciéndose. Tiró la fotografía con torpeza inigualable en el primer cesto que encon-

tró, confundiéndola con la tarjeta de embarque. Caminó lo más rápido que pudo por el pasillo que llevaba a la parada de taxis. Por fin los divisó en las escaleras mecánicas. Dejó su valija pesada tirada por ahí. Ya no le importaban sus trastos viejos. Buscó en su mano la foto y sólo encontró la tarjeta que ya no le servía para nada. Corrió, con una velocidad desconocida, hasta el cesto donde segundos antes creía haberse detenido para tirar algo. El cesto estaba vacío, pulcro y desinfectado.

—Putra madre —maldijo. Rompió en dos pedazos la maldita tarjeta y escupió en el cesto, en una actitud de venganza inútil. Pensó un segundo. Luego, sacudió la cabeza, desolada, y a través de los ventanales, junto al taxi en el que subieron la Pardo y Roque, vio pasar el camión de la basura. Fue tras ellos. No podía hacer otra cosa. En el camino decidiría a quién seguiría primero.

América Pardo manejó hasta el aeropuerto engeguedada por las lágrimas. La M-30 estaba inusualmente vacía y pudo aliviar su angustia, levantando su camioneta Rover a más de ciento cincuenta. Una verdadera locura si se consideraba cuánto le temía América Pardo a la velocidad. Sobre las rodillas llevaba unos papeles que le ardían. Sabía que ese ardor ya le pertenecía el día que se hizo la prueba casera con su propio pis y le dio positivo. Pero quería confirmarlo con su médico y ya tenía la respuesta. Llevaba un hijo en la panza, una cosa que crecía

adentro de ella desde hacía tres meses. Entre tantos entrenamientos, entrevistas, novilladas, escapadas nocturnas y clandestinas, se le habían pasado los atrasos —además América tenía puesto un diú que la mantenía despreocupada del asunto—. Pero cuando un vómito nuevo —muy distinto a los que echaba luego de matar a un toro— la sorprendió arrodillada frente al inodoro del bar donde solía escaparse por unas pocas rayas y dos copas exactas de cava una vez a la semana —el lunes o el jueves—, recordó las noches bravas y sin condones sacudiéndose contra el cuerpo desnudo de Mateo, el hombre al que amaba con ceguera y también con la certeza de no ser correspondida. América podía soportar semejante asimetría porque estaba acostumbrada a cargar con todo y si ella amaba, ese amor era suficiente para compensar la frialdad de Mateo.

Mateo Ruiz Perea era un fotógrafo de moda y él mismo tenía la apariencia de un modelo. Le gustaba América porque era rara pero más que nada le fascinaba cómo él podía dominar a una mujer que era capaz de matar a dos toros en una tarde. Para Mateo, América era diminuta y frágil y se la notaba cautivada hasta la perdición. De todos modos, no era tan mal hombre como para abusar desmedidamente de América y siempre le dejó claros sus sentimientos. Ella le había jurado que no le importaba con tanta tranquilidad que podía pasar por soberbia y sólo le había pedido que le dedicara una noche entera de frenesí una vez a la semana. A Mateo le parecía un trato justo. Y así estaban desde

hacía dos años, exactamente desde que América hizo su primera aparición pública en la Feria de Valencia, donde Mateo se había sentado en un lugar privilegiado del tendido y pudo ver claramente cómo el segundo toro de la tarde la arrastraba por la arena, dejándole la primera medalla de su carrera, la inconfundible cicatriz con forma de hoz sobre la ceja izquierda. A los tres días consiguió que se la presentaran y desde entonces se sucedieron los rituales encuentros.

América casi podía adivinar el momento exacto en que se gestó el ardor que ahora la atormentaba. Sabía que había ocurrido durante la noche aquella en la que salieron escondidos del Chiscón, escapando de un par de paparazzis que hacían guardia para robarle la instantánea de un romance que nadie jamás había podido demostrar. Para el mundo América Pardo era una torera casta.

Escapaba, también, de tres amigos a los que les gustaba pavonearse con su fama. Desde el bar favorito de Mateo fueron directo hacia su estudio caminando, apurados, como sombras, entre las calles angostas de Lavapiés. Lograron escabullirse y nadie pudo seguirles la pista.

En el estudio —entremezclada con las agujas usadas de Mateo tiradas por ahí— la aguardaba una sorpresa fatua, un regalo tan excéntrico como el propio Mateo: un capote diseñado y realizado exclusivamente para ella por Jean Paul Gautier. Mateo estaba seguro del efecto que iba a causar sobre América semejante objeto y se sentó a esperar a que las cosas sucedieran. Mientras América se des-

nudaba enloquecidamente y se cubría el cuerpo con movimientos sensuales que le robaba al capote, Mateo preparaba la cámara para una sesión que sería inolvidable. Cargó ciento veintitrés fotos en una de sus tarjetas digitales, de la que salió una portada en *El País Semanal* con su respectivo reportaje gráfico. En tanto cinco polvos llenos de sudor y gritos fueron el saldo de la noche y también los papeles que ahora le ardían entre las piernas. O más bien eso que crecía en su vientre y que había decidido quitarse en Londres. En Madrid era demasiado conocida y no podía arriesgarse a una infidencia. Nadie lo sabía aún y América deseaba que nadie lo supiera nunca. Ni siquiera los médicos de la clínica inglesa que había reservado por teléfono dando un nombre falso. Nunca nada podría haber sido más inoportuno. En tres días iba a convertirse en matadora. Hasta entonces, en su carrera de torera había enfrentado novillos y toros jóvenes, en tres días en una fiesta en Las Ventas, pergeñada por su apoderado como si se tratase de un lanzamiento en Hollywood, mataría a un toro bravo por primera vez y luego a otro, hasta completar la corrida. Lo había decidido: iba a aliviar su vientre y luego mataría al toro. Mientras estacionaba en Barajas ahogó un vómito que se tragó porque sentía que se lo merecía. Nunca le había gustado matar. Ni toros ni nada. Antes de bajarse se secó las lágrimas y se secó la boca. Treinta segundos antes de las cinco de la tarde, estaba parada frente al único hombre solo que encontró y sin darle tiempo a que la mirara le cruzó la cara con un beso. Tenía to-

do el viaje para explicarle su plan. América no podía imaginar que en ese beso atropellado se escondía el comienzo de su huida. Hacia allí iba, como los toros a los que luego mataba, embravecida y ciega, sin enterarse de nada.

Gonzalo Aragón se puso el traje verde flúo por primera vez. Se sentía orgulloso del trabajo que acababa de empezar ya que éste tenía la medida exacta de lo que había estado buscando y, sobre todo, necesitando después que sucedió aquello.

Nunca hubiese imaginado que a los veinticinco años iba a querer trabajar como recolector de basura. Desde niño había soñado con un destino luminoso, donde la luz no estuviese puesta en la fosforescencia de un mameluco proveniente de un trabajo, literalmente, sucio. Gonzalo escribía bonitos cuentos —más bien excelentes relatos— desde los catorce años, la misma edad en que descubrió la felicidad absoluta, intensa y aparentemente sencilla, a través de incesantes chutos de heroína. Luego de seis meses de felicidad completa consideró que no le interesaba nada más en la vida que conseguir dinero para meterse. Y eso era todo. Así quería que transcurriese el resto. Dejó de escribir, abandonó las palabras sencillas y bellas, e hizo a un lado todo lo que antes formaba parte de su vida: el instituto y los viejos amigos del barrio de Argüelles. Se alejó de su familia y se fue a vivir a un piso compartido con chicos de su edad que buscaban la felicidad

absoluta del mismo modo que él. Luego de nueve años de vagar por las calles, de participar de robos menores a turistas o compatriotas distraídos y de escapar con elegancia y astucia de la policía, la felicidad pareció borrarse cuando de la boca de su hermana menor se enteró de la muerte de sus padres en un accidente de tráfico. Dejaron este mundo mientras salían de Madrid rumbo a Sevilla para ver las procesiones de semana santa, a las que su madre se había hecho devota luego de su partida.

Fue así como a los veintitrés, después de asistir al entierro de sus padres, decidió dejar la fina sensación de las agujas entrando el caballo directo a la sangre a través de su piel y encaró un tratamiento para desintoxicarse con una dificultad extrema pero también con una voluntad inquebrantable. Sentía que se lo debía a su madre. Se anotó en un plan auspiciado por la comunidad de Madrid y tardó dos años en adquirir la confianza como para emprender otra vida, no sabía si mejor pero sí distinta, donde el caballo no lo controlara todo. Fueron meses oscuros y violentos, durante los que muchas veces creyó que la muerte parecía mejor que ninguna otra cosa. Sin embargo, nunca recayó. Entre metadona y una asistencia casi perfecta a un hospital de día, ya hacía más de un año que no probaba nada. A lo mejor lo conseguía.

Cuando llegó la hora de buscar trabajo, no dudó en buscar uno como recolector. Le parecía terapéutico, una fuente inagotable de inspiración, sobre todo porque había decidido escribir un libro sobre la humanidad vista desde la perspectiva de la

basura que producía. Sabía, estaba seguro, que entre lo que la gente tiraba, podía encontrar una suerte de verdad. Creía que se trataba de un proyecto ambicioso, pero sólo ese impulso desmedido podría mantenerlo alejado de lo único que hasta ahora le había proporcionado sus momentos más felices, aunque el precio —ahora lo sabía— hubiese podido ser su propia vida. Se sintió un poco desilusionado cuando le tocó el aeropuerto de Barajas en la distribución de zonas que realizaba la empresa. Sin embargo, a fuerza de voluntad, trató de vivirlo como una oportunidad que distinguía con un valioso significado a ese trabajo que estaba inaugurando. Empezó a resultarle interesante pensar en qué es lo que desecha la humanidad —así pensaba él, humanidad—, cuando viaja.

En ese primer día, armado con su uniforme verde flúo, un carrito, un cepillo y una pala no encontró nada que lo entusiasmara y empezó a descorazonarse. Para un hombre como él, perder la ilusión y el sentido de sus propios planes era tan sencillo como vertiginoso.

No obstante, a las cinco y cuarto de la tarde encontró la foto de América Pardo y un viejo con pinta de rockero drogón. A ella la reconoció enseguida y a él no, pero le causó gracia la pareja que formaban. Se guardó la foto como el mejor tesoro con el que jamás podría haberse topado. Así era su ánimo, en un minuto estaba arriba y al siguiente había que remontarlo desde el suelo. Esa fotografía formaba parte de algo, estaba seguro, completamente diferente a todo lo demás. Ahí detrás había

una historia que estaba sucediendo. Lo delataba la inminencia de la polaroid, la hora y la fecha marcadas en el borde inferior blanco. Eso que veía había ocurrido hacía menos de quince minutos. Era una historia que se le antojaba perseguir. Le intrigaba por qué una escena tan reciente se había convertido tan pronto en basura. Sabía que las fotos rara vez se tiran enteras. O se hacen añicos o se queman para cancelar definitivamente lo que representan, una serie de rastros que por distintas razones pueden avergonzar, inculpar o delatar.

Su libro comenzaría con la historia de esa foto. En seis horas, cuando terminara su turno, se ocuparía del asunto. Sí, había otra vida y él podía transitarla.

El taxista la reconoció apenas subimos.

—La Pardo. ¡Qué honor! ¿Adónde la llevo?

—Al Villa Real —le respondió ella, con una seguridad que me dejó pasmado, tanto como para convencerme de que estaba frente a una mujer suficientemente famosa como para ser reconocida por un chofer de taxi.

Me acarició la cabeza con lascivia, asegurándose de que el hombre nos viera. Con los ojos clavados en el espejo retrovisor, el tipo no se perdía detalle de lo que sucedía en el asiento trasero de su coche, que no era mucho, más allá de esa falsa caricia de la tal Pardo. Tenía pinta de actriz de telenovela. Me intrigaba su identidad pero no quise pre-

guntarle nada. Prefería reservarme las preguntas para el hotel cinco estrellas a donde había ordenado que nos llevaran. Por lo bajo, le susurré que no tenía un peso, que el Villa Real era un lujo que no podía permitirme. Ella me tranquilizó con la mirada y lo confirmó diciéndome en un tono bien audible, como para que el taxista volviera a concentrarse en nosotros.

—Yo me ocupo de todo, corazón.

—*Okey, baby.* —Le sonreí. Parecía que iba a seguir con su plan a pesar de mi débil negativa. En definitiva, yo no le había puesto demasiada oposición a su descabellada propuesta y, además, la había seguido. No era que me gustase, simplemente había intuido en ella una especie de tabla de salvación. Si los vuelos a cualquier parte estaban suspendidos, me venía muy bien un hospedaje. Doscientos dólares era todo mi capital hasta mi llegada a Londres donde mi último agente —un estafador de cuidado, en definitiva el único que había aceptado representarme— me había conseguido un contrato para grabar un compilado con *bronces del rock mundial* —él usó esas palabras— a favor de la despenalización de las drogas. Se trataba de un negocio entre una discográfica y un cartel colombiano, yo lo tenía muy claro, y no había ningún bronce. Puros fracasados sin talento y dos o tres nombres —uno era el mío— a los que les urgía el dinero. Todos habían dilapidado la pequeña fortuna de sus éxitos tempranos. Eso mismo era lo que había hecho yo.

De modo que la chica esta que no besaba nada mal, era famosa y parecía tener plata, era un puer-

to seguro —dentro de los cánones de seguridad que a esa altura soportaba mi tambaleante vida— donde refugiarme hasta que los pilotos decidieran despegar los aviones.

Llegamos al hotel y nos registramos. La fama de la Pardo parecía mayor de lo que yo suponía. Ya no me cerraba que la mina fuese una actriz de telenovelas. Todos la trataban con un respeto temerario. Cuando llegamos a la suite, se lo pregunté.

—¿Quién sos?

Dio unas vueltas por la habitación, hasta que encontró unas revistas. Las revisó y me alcanzó una muy ajada, pero llena de fotos de ella.

—*Fuck*—pensé, mientras miraba las fotos donde aparecía con una vestimenta y una compañía inconfundibles: un traje de luces, una capa, una espada y, muy muy cerca, un toro.

Le devolví la revista y por primera vez sentí algo violento por ella. Miedo, puro y simple miedo.

Desde el lobby del Villa Real, Amanda Rosales calibraba sus próximos pasos. Ya había dado por perdida la fotografía que, a esa hora —estaba segura o al menos necesitaba creer que lo estaba— se estaría convirtiendo en otra cosa gracias a algún moderno proceso de reciclado de papel. Que la Pardo tenía un romance, era indudable. Pero le resultaban un poco extraños todos sus movimientos. Si quería ocultarse, no entendía por qué estaba en un hotel y si no lo quería, era raro que no hubiese enfilado

do para el Reina Victoria, el hotel taurino por excelencia. Experiencia e intuición le decían a Amanda que, además del romance, algo más le sucedía a la torera.

Se acercó a la recepción y preguntó por América Pardo y por Roque Luna. El hombre detrás del mostrador dudó unos segundos y luego levantó el auricular del teléfono.

—¿Quién la busca?

—Amanda Rosales. Del *Miami Sun*.

El recepcionista hizo su trabajo y habló con América.

—La espera dentro de diez minutos en el bar.

Amanda Rosales no podía creer en su buena suerte, aunque no entendía por qué la Pardo aceptaba verla. En realidad ella sólo se había acercado al hombre del mostrador para confirmar que la torera se hospedaba allí.

Se sentó a una mesa desde la que podía ver los ascensores que iban y venían de las habitaciones y pidió un gin con tónica. Mientras esperaba el trago y a la Pardo, tuvo una idea.

Hizo un breve llamado y jamás hubiese podido imaginar sus consecuencias.

Bartolomé Pardo apagó su móvil maldiciendo a su hija. Casi chocó el carro que empujaba lleno de comida congelada. Estaba en un hipermercado haciendo la compra del mes. Hacía un día y medio que no sabía nada de América, algo completamente

inusual. Porque él, padre devoto y mentor de su carrera, llevaba su agenda como un vasallo muy bien pago. Hasta sabía de sus escapadas de una vez a la semana, sobre las cuales no preguntaba nada. Estaba seguro de que eran la fuente del equilibrio que hacían que América pudiese encarar el resto de los días, duros en entrenamientos, presentaciones y promoción.

Don Bartolomé siempre se había destacado por vender a la prensa cada acto minúsculo de la vida de su hija, salvo los concernientes a las secretas y acordadas escapadas. Todavía no había emprendido ningún tipo de merchandising pero se decía que luego de la alternativa, muñequitos con la figura de la Pardo, pins con ella y el toro y fotos autografiadas, inundarían los estancos de toda España. La ambición desmedida de Don Bartolomé y la manipulación de la carrera de su hija para su propia felicidad era un secreto a voces que nadie, todavía, se había animado a mencionar. Pero así era y así había sido.

Bartolomé Pardo siempre había querido ser torero. Desde que tenía uso de razón acompañaba a su padre, un mozo de espadas, a las corridas de los toreros a los que asistía. Pero a los diez años, mientras dormía, su madre lo descubrió temblando en el medio de impresionantes convulsiones, que desfiguraron su rostro y que lo dejaron inconsciente. Los médicos diagnosticaron, sin dudar, epilepsia y desde ese día Bartolomé Pardo tuvo que despedirse de su sueño. Pasó toda su infancia y parte de su adolescencia asustado por sus propias convulsio-

nes que lo convertían en una suerte de monstruo ante los demás. Con el tiempo, los médicos fueron ajustando la medicación y las convulsiones desaparecieron completamente pero, de todos modos, Bartolomé no podría ser torero.

Para no sentir la hondura de su fracaso, se dedicó a ganarse la vida con una profesión que no tuviera nada que ver con los toros. Durante quince años condujo ambulancias para la asistencia pública y era lo que estaba haciendo cuando se casó con Dolores Rocca, la madre de América. La que luego sería su suegra estaba a punto de morir ahogada por un edema pulmonar y fue la ambulancia de Bartolomé la que la trasladó al hospital y le salvó la vida. Así conoció a su esposa que murió cuando América todavía no tenía dos años a causa de una enfermedad en los pulmones, claramente una curiosa herencia familiar.

Muerta su esposa, Bartolomé no tuvo más remedio que ocuparse de América y hasta de tratar de quererla. En efecto, hasta ese preciso momento en el que su hija estaba a punto de tomar la alternativa, no le había demostrado cuánto la quería. No le parecía necesario, casi ni se enteraba de ese amor. Vivía fastidiado porque había esperado otra clase de descendencia: un hijo varón al que pudiese transmitirle su afición por los toros, el que pudiese cumplir el sueño trunco de su vida.

América percibió desde siempre el desapego de su padre y naturalmente conoció su afición y su sueño roto. A los doce años, lo sorprendió matando ella misma un novillo en una fiesta campestre a

la que habían sido invitados. Esa misma tarde, le comunicó su deseo de ser torera. Bartolomé no le hizo caso y le restó importancia a lo que había sucedido. Estaba seguro de que el animal había sido adormecido por alguna droga y que por eso su hija había logrado matarlo con simulada maestría. Aunque todos los invitados llevaron en andas a su hija, Francisco se quedó sentado solo, frente a su mesa, con los ojos clavados en el piso y fue inútil el esfuerzo de América por intentar capturar exclusivamente para sí esa mirada.

Sólo cuando América se inscribió en la Escuela de Tauromaquia de Madrid y empezó a entrenar todas las tardes después del instituto, incluyendo los sábados, y cuando su entrenador lo hizo llamar para explicarle que lo de América era un verdadero don, recién entonces, Bartolomé puso atención en el cuerpo bien dotado de su hija y en ese don que él todavía no lograba explicarse cómo le había caído a ella, una mujer, una representante de esa parte de la humanidad destinada, según Bartolomé, para servir y satisfacer a los hombres. Bien pensado, no era otra cosa lo que América estaba haciendo.

Porque efectivamente era un puro invento surgido de su desesperación de nena por querer conseguir el amor de su padre, ese arriesgado juego de enfrentar a un toro y matarlo para no morir ella. Pero para América ése nunca fue el mayor desafío, lo más difícil consistía en conseguir el respeto y la atención paternas.

El desamor que sentía era tan profundo que había surgido en ella una indomable intrepidez por

la que matar a un novillo, un animal de casi cuatrocientos kilos, era increíblemente más sencillo que conseguir el beneplácito de su padre. Dura, brava, inalterable manejaba el capote y la muleta con gracia y valor y, si bien clavar la espada era —y seguiría siéndolo— su parte más débil en su enfrentamiento con el toro, su seducción de muerte inauguraba un ritual que no tenía parangón. Mareaba al toro, lo emborrachaba con su destreza y quienes la miraban morían de otra manera, sucumbían ante la belleza de la ceremonia que ofrecía, para volver a renacer al ver la sangre del animal sellando su propia agonía en la arena. Ese deseo de amor seguramente había sido lo que había convertido a América en la singular matadora en que estaba convirtiéndose.

Nadie sabía que las arcadas que padecía eran el verdadero motivo de su temblequeo a la hora de sellar su rito de seducción y muerte. Pero ellas eran menos fuertes que su propio valor y se sobreponía y aguantaba hasta matar al animal y, una vez asegurada su muerte, corría hasta donde nadie pudiese verla y, sobre un pañuelo de seda roja, vomitaba —antes era cualquier trapo, incluso la misma tierra—. Flaqueaba en ese momento, por única vez en toda la tarde, mostrando de ese modo la confusión que le producía lo que acababa de hacer con tanta destreza y pavorosa sencillez.

Bartolomé poco a poco fue aceptando el don de su hija y decidió convertirse en su mano derecha, en el mayor tirano de su carrera, en sus ojos tras la codicia ajena, en su sombra siempre alerta, en su

vasallo, en cualquier cosa menos en su padre, lo único que América necesitaba de él.

Por eso esa tarde, como tirano y vasallo, Bartolomé no entendía que el comportamiento de su hija que, a punto de tocar la cúspide de su carrera, jugaba a las escondidas, precisamente con él que creía que lo había dado todo por ella.

Tampoco entendía que para su hija tomar la alternativa era algo que se le había escapado de las manos. Significaba, sobre todo, saldar una deuda con los que la habían seguido y apoyado durante todos esos años. Ella sabía que, en lo más profundo y verdadero, había fracasado. Su padre jamás había reaccionado y ahora se encontraba atrapada en las reglas del juego que se había inventado.

No le gustaba matar. Ni toros ni nada. Sólo quería —o había querido en algún momento, quizá ya ni lo recordaba— el amor desplazado de su padre. Su alternativa era otra y no había ya modo de que Bartolomé pudiese entenderlo alguna vez. Nunca había intentado descifrar quién era América.

Cuando cortó bruscamente la comunicación con Amanda Rosales, esa periodista sin escrúpulos, no supo qué hacer. Primero tendría que tranquilizarse. Pero no pudo. Su cuerpo empezó a temblar y en un par de segundos se encontró en el piso. No se tragó la lengua porque vio venir el ataque y alcanzó a colocarse un pañuelo rojo —igualito a los que les daba a América antes de cada corrida— dentro de la boca. Se rindió ante su cerebro fallado, agredido ahora por la inconsciencia de su hija. Du-

raría unos segundos. Unos curiosos lo rodearon, pero él ya estaba acostumbrado al espanto ajeno. Luego, cuando desapareciese el monstruo en que sabía que se estaba convirtiendo, pensaría en cómo ir tras América.

Hacía ya más de quince minutos que América había terminado de hablar por teléfono y yo todavía seguía sentado sobre la tapa del inodoro. Aproveché que la conversación la distraía para meterme en el baño a leer los recortes fulminantes que pretendían relatar su vida. También quería evaluar la situación en la que me encontraba y, de paso, meterme una raya.

Mientras la preparaba sobre el mármol claro del lavatorio, aprecié vistas desde un ventanal presuntuosamente colocado junto a la bañera. El Paseo del Prado y una parte de la fuente de Neptuno se desplegaban con toda su magnitud. Hasta el baño refregaba lo caro que costaba ese hotel. Ya casi me había olvidado de cómo eran los baños —y todo lo demás— en un cinco estrellas pero sabía que podría volver a acostumbrarme rápido.

Me armé un par de rayas y cepillé el mármol con el canuto que improvisé con el cartón de una caja de fósforos, souvenir, por supuesto, del magnífico Villa Real. No me daban ganas de salir por lo que me quedé un rato más ahí adentro, curioseando. Levanté la tapa del inodoro e hice correr el agua. Seguí observando. No pude resistir la tentación y me

desnudé. Sin ducharme siquiera, me enfundé en un albornoz blanco y mullido con el logo del hotel bordado justo donde caía mi pecho derecho, que en otras épocas había conocido una tonicidad envidiable, pero que ahora caía, algo fofo, haciéndome avergonzar de mi propio cuerpo y de esto en lo que se había convertido mi vida. Se me ocurrió escaparme por la ventana. *Just jump*. Quería volver a Buenos Aires, saltarme el capítulo del disco trucho, y tratar de recuperar algo de la dignidad perdida, haciendo lo que siempre había hecho, canciones y discos que a mí me gustaran, más allá de la crítica y más allá de mis fans, esa raza pegajosa que de repente había dejado de adorarme y básicamente de financiar mi locura, abandonando en masa la compra de mis últimos tres discos. Ese abrupto abandono me obligó a dejar mi departamento frente al hipódromo de Palermo, con un baño más que *top, a real thing*, con jacuzzi, piso de mármol negro y paredes pintadas con frescos de Tomás Bride, uno de los pintores argentinos más cotizados en todo el mundo. Con la baja de mis ventas, tuve que mudarme a un tres ambientes en Colegiales con un baño común y hasta feo, tapizado de azulejos rosa fuerte que no veo la hora de poder cambiar. De todos modos, es mucho mejor que el primer baño de mi vida, uno con ducha en el techo, sin bañera y espejos que, de tan maltratados, apenas reflejaban los rostros. El hecho de tener que compartirlo con mis tres hermanas, mis padres y la madre de mi padre, hacían todo mucho más incómodo y desagradable. Por eso *I loved* mi primer baño, uno simple, casi

vulgar, según mis parámetros actuales, pero todo para mí. Fue el baño de mi primer departamento. Un dos ambientes en Villa Crespo, cerca del barrio de Chacarita, donde nací. El bañito era todo blanco y tenía una media bañera en la que me di, como pude, mis primeros baños de inmersión que, a medida que fui creciendo, se convirtieron en una adicción cada vez más sofisticada. Exfoliantes minerales, algas secas, esponjas de corales de Bahamas, aguas enfrascadas de termas y jabones de jojoba, exclusivamente, se volvieron una de mis obsesiones.

Antes de perderme entre sales, vinieron las giras y conocí el primer baño de un cinco estrellas en la ciudad de Los Ángeles. Aunque compartía el cuarto con mi bajista, el despliegue de los sanitarios, sus colores, las batas y las vistas, eran de no poder más. Allí probé el primer jabón de jojoba.

A medida que fui teniendo éxito, reservaba suites para mí solo y los baños eran el verdadero centro de los festejos. Después de los conciertos, mi habitación se inundaba de gente y en el baño nos metíamos de todo, charlábamos de la vida, cogíamos y a veces, también, alguno se quedaba dormido. Llegué a componer muchos de mis megahits sentado sobre la tapa de un inodoro. Ahora, en cambio, no se me ocurría nada. La primera inspiración que me había producido América podría haber sido el comienzo de una buena canción. Pero estaba plantado en las palabras *terrorífica y bella* y no pasaba de ahí. Puedo jurar que hubo momentos mu-

cho mejores que el que estaba atravesando. *Absolutely*. Para no ir más lejos, en una de esas fiestas eternas, conocí a mi mujer. Debo aceptar que fue mi época más productiva. Construimos una casa en las afueras de Buenos Aires que tuvo tantos baños como gente creímos que la podía habitar. Un baño para mí, otro para ella y otros dos para los hijos que esperábamos tener. También construimos uno para el cuarto de invitados. Tuvimos tres hijos y dos de ellos debieron compartir uno de los baños. Una verdadera lástima, un gran fallo del que a veces siento que, todavía, no me puedo reponer. En pocos años se desbandó todo: los baños suntuosos, las giras y mi matrimonio. Ella, Teresa Luna, mi ex, se quedó con la mansión de los baños, con mis tres hijos y mi perro.

Pero en ese momento en Madrid todo me parecía excesivamente ajeno y apenas podía creer lo que me sucedía. Me sentía absorto y encarcelado dentro de ese baño lujoso y prestado. Sentía lástima de mí mismo, y también miedo. Un miedo francamente ridículo. En los recortes se decía que América Pardo temblaba a la hora de matar al toro pero cuando lo conseguía, tenía la ferocidad de un gladiador. Todas esas cosas juntas me asustaban. Evidentemente ya estaba duro, siempre que me ponía duro me invadían unos temores inexplicables. Pura paranoia. Porque América realmente ya no me producía miedo. Lo que me espantaba era mi propia vida y cómo yo la había dejado hacerse pedazos. No tenía idea de cómo seguirla pero sí sabía algo. No me podía quedar allí. No entendía el plan de la

torera y no quería hacer esfuerzos para comprenderlo. Tenía que volver a mi propio juego. Eso estaba claro.

Just jump. Me decidí a saltar por la ventana pero exactamente cuando estaba descubriendo que iba a ser imposible porque estaba sellada, entró América, sin golpear, ni anunciarse, ni pedir disculpas. Medio tambaleante, se aferró a mí, que lo único que quería era estar lejos de allí, y vomitó sobre el inodoro que seguía con la tapa baja.

Los recortes tenían razón. Su vómito me pareció feroz, no parecía provenir de ese cuerpo delicado y esbelto. Se limpio la boca refregándola contra mi albornoz y luego se hizo buches, supongo, para deshacerse del gusto asqueroso que debía tener en la boca.

—Lo siento —dijo simplemente—. Hay que moverse.

—*No problem* —contesté sin pensar.

—Sigue la huelga —agregó—. Nos vamos a París en tren.

América no hubiese querido limpiarse la baba del vómito sobre Roque Luna pero lo hizo sin pensar. Después sintió vergüenza y la disimuló enjuagándose la boca largamente, mientras decidía si debía disculparse o seguir como si nada. Prefirió no darle importancia al percance y le informó a Roque que esa misma tarde tomarían un tren rápido que en doce horas los dejaría en París, donde no había

huelgas de ningún tipo. Allí podrían tomar un avión directo a Londres. Ya estaba todo arreglado.

—El tren sale en menos de una hora. Hay que darse prisa.

Recién entonces se dio cuenta de que Roque estaba desnudo debajo del albornoz y la cercanía de su desnudez la puso algo intranquila y le recordó que Roque la había seguido prácticamente sin responderle sobre las condiciones del pacto propuesto por ella. Ahora tenían que aclararlo de una vez. Una periodista iba a entrar en escena y Roque debía aprenderse como si fuese una lección lo que iba contarle.

América se acercó a Roque y con una toalla húmeda, empezó a frotarle el albornoz, allí, donde ella misma lo había ensuciado.

—Todavía no me has dicho ni que sí ni que no sobre lo que te he propuesto. Pero estás aquí. ¿Eso quiere decir que aceptas?

Roque contestó sin premeditación pero con una profunda certeza que despistaba sobre sus verdaderas intenciones.

—Doscientos mil euros. Ahora quiero doscientos mil. No me muevo por menos de eso. *I'm so sorry, baby*.

—Qué hijo de puta. —América debía haberse reprimido pero le salió una respuesta tan visceral como cualquiera de sus vómitos. No soportaba más que la llamara “baby”.

Roque la retiró suavemente con la mano y tomó su ropa. No estaba ofendido. Estaba feliz. La negativa de la torera constituía la oportunidad perfec-

ta para irse. Le dirigió una sonrisa dulce y se marchó decidido a continuar con su vida. Antes se tomaría un trago. Quería dejar de estar tan duro.

América se quedó perpleja. No esperaba esa reacción y mucho menos semejante regateo. Se sentía perdida. Que el argentino se olvidara del dinero. La había encarado en plan macho y fue su actitud la que le pareció innegociable. El dinero lo tenía, no se trataba de eso. Ya se las arreglaría sin él. Al menos la periodista del *Miami Sun* los había visto juntos en el aeropuerto. Ahora podía inventar una pelea y una consecuente depresión. No estaba mal. Hasta era mejor. No tendría que lidiar con un desconocido. Cayó en la cuenta de que no tenía idea de quién era ese hombre.

En ese momento extrañó la contradictoria mansedumbre de los toros y su dominio sobre ellos.

Amanda Rosales escuchaba embelesada a Roque Luna. Su aparición la sacó del malhumor en el que la había dejado la conversación con Bartolomé Pardo y la hizo olvidar por un momento que con ese llamado, probablemente, había cometido un grave error. Lo había alertado, se daba cuenta, sobre algo que no debía.

Por otra parte, la devoción, el interés y hasta la obsesión demostrados por Bartolomé hacia su hija no pudieron alejarla del odioso lugar donde se debaten las comparaciones. Inmediatamente pensó qué hubiese hecho su padre en una situación si-

milar y la respuesta vino casi antes de que terminara de formular la pregunta. Su padre hacía ya muchos años que la había dejado partir sin oponer resistencia. Parecía más preocupado por haber sido abandonado por su madre que por haberla perdido también a ella. Durante toda su vida vivió rendida ante esa irrefutable evidencia. Cada fin de año, desde que su madre la sacó de La Habana, se las ingeniaba para hacerle llegar una tarjeta y cuando fue creciendo y ganando dinero, empezó a enviarle algún regalo que su padre jamás agradecía y mucho menos retribuía. Más adelante comenzó a llamarlo por teléfono, tratando de reconocer en su voz la tibieza del hombre que recordaba que había sido. Pero sólo encontraba indiferencia y laconismo. Esas conversaciones se convertían en monólogos entusiastas por parte de Amanda que, cuando cortaba la comunicación, inevitablemente se ponía a llorar y se juraba que nunca más lo llamaría. Pero exactamente un año después volvía a traicionarse, marcando los números de la casa de su infancia y soportando con dolor la conocida indiferencia, la punzante apatía. Cuando una lágrima ya iba a escapársele de su ojo izquierdo, Roque Luna se sentó a su lado.

—Un whisky doble, *please*—le pidió al camareero y luego a ella le explicó—. Espero que no te moleste. No me gusta tomar solo.

Enseguida le extendió la mano y ella se la estrechó. Él le dijo su nombre y ella fingió no conocerlo y a su vez se presentó.

—Me llamo Amanda. Amanda Rosales.

—¿Venezolana, portorriqueña?

—Cubana —lo corrigió Amanda y por primera vez en mucho tiempo sintió orgullo al remarcar su procedencia.

Roque Luna levantó el vaso con la doble ración de whisky y propuso un brindis.

—Hasta la victoria, *for ever* —dijo por decir y Amanda casi desfalleció al escuchar puestas de ese modo tan particular y en esa voz las palabras de su mantra.

Levantó el vaso con su gin tonic y no dijo nada. Sólo lo observó con detenimiento.

Ahora, de cerca, no le parecía tan alto ni tan fuerte pero eso sí, era infinitamente más seductor de lo que podría haber imaginado. Sólo le molestaba su melena demasiado renegrida, seguramente producto de una tintura de poca calidad. La sonrisa despreocupada que le regaló mientras brindaba, su aspecto estudiadamente descuidado y esas arrugas que se le formaban en los ojos y en la comisura de los labios mientras hablaba, le produjeron unos arrebatos que naturalmente la hubiesen llevado a besarlo. En cambio, tomó un sorbo tímido de su trago y trató de no olvidarse de para qué estaba ahí.

—Cuando se abrió el ascensor pensé que era América. La estoy esperando. ¿Hace mucho que la conoces?

Roque Luna negó con la cabeza y se acercó con ambigüedad a Amanda, más precisamente a su oreja, cubierta por las ondas de su pelo rubio.

Amanda cerró los ojos y se dejó llevar por esa extraña sensación de tener los labios carnosos de

Roque a medio centímetro de su piel. En efecto, rozando con sus labios un mechón, Roque se lo dijo.

—Quiso secuestrarme. Si llega a venir, me vas a tener que sacar de acá. *Help me!*

Amanda abrió los ojos súbitamente y le sonrió. Más bien empezó a reírse a carcajadas pero al cabo de unos pocos segundos, se interrumpió, con un gesto de torpeza y brusquedad. Junto a la mesa, América los observaba. Amanda captó la dureza de su mirada. De repente, pensó que, quizá, lo que acababa de contarle Roque no era ningún chiste y el mundo entero dejó de causarle gracia.

4

—Sin mí no creo que puedas irte a ningún sitio.

América Pardo miraba alternativamente. Primero a Roque, luego a Amanda. Repitió esa secuencia cinco veces, tratando de sopesar la situación. A Roque la aparición de América no lo tomó completamente por sorpresa pero no contaba con escuchar lo que ella dijo a continuación, cuando decidió clavar su mirada definitivamente sobre él.

—Roque Luna, argentino, mil novecientos cuarenta y nueve, Buenos Aires —describió con absoluta precisión, mientras leía la página tres del pasaporte que Roque, en un descuido, había dejado deslizar en el baño, mientras se vestía rápidamente para huir de América y de todo lo que ella significaba.

—*You, bitch*. No pensarás quedártelo —bramó con una rabia y una agresión que provenían básicamente de su primer whisky bien calzado.

América pasó por alto su brusquedad y se concentró en Amanda.

—¿Tú debes ser Amanda, verdad? Hazme un favor, te prometo que será el único. ¿Nos dejarías solos? Luego soy toda tuya y tú sabes bien cuánto vale esto que te digo.

Amanda sabía y a pesar de que le había intrigado la última palabra que salió de la boca de Roque Luna, a pesar de la media promesa que había ofrecido su risa y a pesar de que había oído peligro y verdad cuando Roque pronunció la palabra “secuestro”, se levantó, con aparente condescendencia.

—Está bien. Espero en el lobby.

América le agradeció, aliviada por lo poco que le había costado convencerla. No tenía ni la más remota idea de que Amanda había tenido un novio sordomudo hacía apenas dos años. Él le había enseñado a leer los labios a la perfección.

Amanda pudo ejercer con gusto su fingida discreción, sin que se descubriera el verdadero poder que capitalizaban sus años junto su ex lisiado.

Desde el lobby, tenía una inmejorable perspectiva para seguir la conversación con su aventajado método. Ahora sí iba a contar con una fuente privilegiada. Sus ojos estaqueados en los labios de cualquiera se habían convertido, a lo largo de su carrera, en el arma secreta que le permitió llegar a donde nadie jamás hubiese podido.

Por una parte, se alegró de que América la quitase de la escena. Estaba casi segura de que era la única manera de conocer la verdad, si es que algo tan pretencioso fuese posible.

Sin que pareciera evidente lo que ocultaba, Amanda se retiró, cuidándose en no darles la espalda, con unos movimientos que podrían haber resultado extraños pero no sospechosos. Se alejó, caminando hacia atrás, aparentando buscar un en-

cendedor para prender el primer cigarrillo negro del día.

Ni América ni Roque imaginaron lo que Amanda realmente estaba haciendo: desentrañar sus dichos a través del movimiento de sus labios.

Por más que América Pardo habló muy bajito, Amanda entendió todo.

—Ciento cincuenta mil euros y ni un duro más. Me parece un buen trato para un tío arruinado como tú.

—*Wait a minute*, torera. Todavía no sé por qué me pagás todo ese montón de plata.

—Necesito un romance —volvió a decir América.

—*I know...* Eso ya me lo dijiste. Podría llegar a aceptar, si me contaras por qué lo necesitás tanto.

—¿Y cómo sabrías que no te estoy mintiendo?

—Porque no tendría ningún sentido que lo hicieras.

Era verdad. No lo tenía. América lo sabía pero, sin embargo, dudó.

—Tengo que desaparecer tres días y quiero que crean que lo hago por amor. La prensa no tiene ni una foto mía con un hombre que no sea mi padre o mi mozo de espadas. Ni siquiera se les ocurriría pensar que es mentira. Y yo no tengo una idea mejor.

—¿Mejor para qué? —insistió Roque que no pensaba darse por vencido.

—Voy a Londres a hacerme un aborto —le soltó, ya cansada de tenerlo guardado sólo para ella—. Por supuesto nadie puede enterarse. Necesito este

tiempo para hacerlo y esta excusa para cubrirme. ¿Entiendes lo que te digo?

Roque asintió y por unos segundos los abrumó un incómodo silencio hasta que la Pardo lo miró inquisitiva, aunque ya se empezaba a colar su desesperación.

Roque, por fin, aceptó participar en la farsa. Se lo dio a entender con un leve movimiento de cabeza y un largo suspiro. Parecía ser dueño de una profunda e inusitada comprensión de lo que estaba sucediendo. Recién entonces creyó entender por qué la torera se había cruzado en su camino.

Gonzalo ni siquiera se sacó el uniforme. Antes de irse de Barajas en su vespa color crema, averiguó entre los taxistas si alguno había llevado a la Pardo. Por cien euros le dieron la información. La torera había pedido ir al Villa Real. Gonzalo calculó que si se hospedaba en un hotel se quedaría, por lo menos, una noche. Eso le daba tiempo para intentar ir a la casa de América y tentar suerte con su basura. Así hizo. Su dirección era de conocimiento público. Un chalet de dos plantas en Puerta de Hierro, rodeado de jardines sembrados con árboles frutales en el medio de los cuales reinaba una piscina olímpica donde se decía que la Pardo iniciaba parte de su entrenamiento cada mañana.

Hacia allí se dirigió Gonzalo y no tuvo ningún inconveniente en encontrar junto a la puerta de la casa de la torera el contenedor con su basura. Su

uniforme lo ayudó a que su requisa pareciese de lo más normal. Y la poca gente que a esa hora caminaba por la calle no le prestó atención. Gonzalo encontró material apenas interesante.

Recogió, decepcionado, algunas cosas, más bien con espíritu fetichista. Dos potes de cremas faciales vacíos, una bonita botella azul de agua mineral y un extraño papel con dos tiritas celestes que tenía adosado un papel con palabras en italiano. Le intrigó lo ajeno del idioma. Tardó quince minutos en darse cuenta de que en el reverso del papel se decía lo mismo en español. Sólo entonces pudo darse cuenta de qué se trataba todo. El papel contenía un test de embarazo con resultado positivo. Resultaba evidente. La Pardo estaba embarazada del viejo drogón. Se fascinó con su descubrimiento y con lo acertado de indagar las vidas desde la basura.

Se subió a su moto lo más rápido que pudo y encaró a toda velocidad por la Castellana, rumbo al Villa Real. Pero a la altura de Nuevos Ministerios cambió de opinión y detuvo su moto. Sacó la foto de la Pardo y del viejo del interior de su camisa y volvió a sonreír por la curiosa pareja que formaban. Ya no le pareció tan buena idea ir hasta el hotel. Caminó unos pasos hasta una cabina pública y llamó a un amigo, más bien un conocido del hospital de día, un tipo muy enrollado que, según él recordaba, trabajaba para un diario. Podía contar una historia, una muy bonita, estaba seguro, pero también podría cobrar por ella. No le pareció que su ocurrencia tuviese nada de malo. Lo atendió un contestador.

—Hola, habla Mateo Ruiz Perea. Ahora no estoy en casa. Inténtalo más tarde o dime lo que tengas que decirme ahora.

Enseguida se escuchó el bip del contestador. Gonzalo eligió no dejar ningún mensaje.

Volvió a subirse a su moto. No estaba muy seguro de a dónde era mejor dirigirse. Ya era medianoche. La Castellana le daba varias opciones. Iba a dejar que lo guiara el viento.

Día 2, 1.30 am

Gonzalo nunca debió haber dejado que el viento se ocupara de él. Sopló con tanta furia e impunidad que media hora después de que Gonzalo intentase comunicarse con su amigo, lo dejó parado frente a una jeringa, una cuchara y un sobre con heroína. No fue revolviendo en la basura. Fue así.

Su moto lo aceleraba sobre el asfalto de la Castellana, a tal punto que podía escuchar los latidos de su corazón entre los bocinazos, los estéreos a tope y el murmullo de la gente que invadía, sedienta de todo, las terrazas que ya empezaban a apoderarse de las calzadas. Él también sentía sed. Una sed vulgar. Tenía la boca seca. Paró en una de las terrazas para tomarse un Schewppes de limón y ahí mismo, en la barra, se encontró con Anna, una noruega con dreadlocks azules que lo besó en la boca apenas lo vio y, sin que él pudiera interferir, lo arrastró hasta su auto, un Smart negro y enlodado. Allí le pidió que la ayudara a atarse el antebrazo con una goma y luego le siguió pidiendo.

—Pínchame tú —le ordenó en español con acento noruego—. Me tiemblan las manos.

Gonzalo no pudo negarse. Finalmente Anna era la chica con la que había vivido los dos últimos años

antes de que murieran sus padres, antes de que él decidiera, casi irrevocablemente, abandonar su vida de yonkie. Lo más difícil, siempre lo supo, había sido dejar de verla pero cuando la sacó de su cabeza con la brutalidad de su determinación, su vida con ella se convirtió en un recuerdo de duermevela. Mitad sueño, mitad pesadilla. Pronto dejó de extrañarla y de pensar en ella. Así de rara era la sobriedad. Así de frágil.

Con la misma jeringa en la mano, volvió a calentar la cuchara, absorbió con un movimiento certero de la agujeta lo obtenido y, sin ninguna precaución, se pinchó la vena de su brazo derecho, en el mismo lugar donde las viejas cicatrices ya empezaban a desaparecer. Igual que su alma, que sentía que se le escurría por el culo sin que él pudiera detenerla. Entonces tomó a Anna fuertemente de la mano. Con el pinchazo revivió el aletargamiento de esa felicidad quieta que él ya creía perdida para siempre. Sintió que había vuelto a su sitio. Nada era mejor que un buen chuto. Se acomodó en el pequeño coche, en el asiento del acompañante, y echó la cabeza hacia atrás, esperando que esa querida sensación no volviese a abandonarlo. En el bolsillo interior de su chaqueta permanecía, todavía, la foto de América y Roque, pero Gonzalo ya no recordaba quiénes eran. En realidad se acordaba, pero de alguna manera todo su plan le parecía, ahora, una estupidez vergonzosa. Metió la mano para buscar un cigarrillo y encontró la foto. Con indiferencia, volvió a guardarla y se concentró en lo que quería. No tragó el humo y clavó su mirada en el vidrio, obsesi-

vamente se concentró en él hasta sentir que sus propios ojos se convertían en vidrio. Se rozó el ojo izquierdo con la yema del índice derecho y el frío del material empezó a recorrerle deliciosamente todo el cuerpo.

Anna lo miraba con una media sonrisa. De repente, le soltó la mano y vomitó sobre el volante. Gonzalo le acarició la cabeza y luego los pechos y con un gesto vehemente la atrajo hacia él en el medio de esa recíproca fragilidad.

El rumor simétrico del tren no me dejaba dormir. *Big shit*. Estaba tirado boca arriba, vestido, en la mullida cama de mi compartimento privado, ubicado en el medio del de América y el de la cubana, a la que la torera había invitado hasta Londres, ofreciéndole la exclusiva de nuestro falso romance. Con los ojos clavados en la ventana que sólo reflejaba mi imagen mustia y agobiada por los sobresaltos de las últimas horas, un ruido desagradable me sobresaltó. Enseguida se hizo silencio y otro ruido similar, tan gutural y sórdido como el anterior, atravesó nuevamente mi puerta. Provenía del compartimento de América. No lo pensé mucho y me levanté. Sin golpear, entré a su refugio. La encontré sentada en su cama de vagón de primera clase, igual a la mía, con el cuerpo quebrado en lo que parecía un gesto de dolor, los ojos cerrados, y su mano derecha cubriéndole la boca.

—¿Necesitás algo?

—Que el tren deje de moverse.

Pude oler el aliento agrio de su vómito y percibí su repentino abatimiento. Ya no parecía más la mujer que con seca brusquedad se me había impuesto en el aeropuerto. Me dieron ganas de abrazarla —un abrazo fraterno, sin ninguna carga de sexo, *no way*—, pero me contuve. En cambio, le propuse que se recostara y, como si fuese una nena, le prometí que me quedaría junto a ella hasta que se durmiese. Aceptó, para mi sorpresa, con agradecimiento.

—Una cosa más —me pidió casi con timidez—. Por favor, no apagues la luz.

Asentí con la cabeza y me acomodé a su lado mientras ella se estiraba, con turbación y pudor, a lo largo de la cama, dándome la espalda. Empezó a gemir y en silencio se atragantó sus lágrimas. Transpiraba su sufrimiento y ese particular hedor me confirmaba que estaba en el lugar correcto.

Finalmente no fue el dinero lo que me llevó a aceptar su propuesta. Creí que una antigua deuda con mi propia vida podía saldarse si actuaba lo que me pedía esta mujer casi desconocida.

Cuando mi ex, Teresa Luna, decidió dar por terminado nuestro matrimonio, lo hizo porque se enteró que otra mujer esperaba un hijo mío. Lo que le confirmó que tenía que abandonarme no fue tanto la traición como el hecho de que yo hubiese empujado a esa otra mujer, de la que apenas recordaba su rostro, a obligarla a hacer lo que no quería, a presionarla para que no aumentara mi descendencia. No era la primera vez que sucedía y Teresa lo averiguó.

Su decisión me pareció de una moralidad extrema y estaba seguro de que con un poco de tiempo se arrepentiría y entendería mis razones, por más arbitrarias que fueran. Yo sólo quería tener hijos con ella. Todo lo demás eran descuidos, trampas de cazadoras de semen o arrebatos efímeros de pieles inconstantes y calientes.

El tiempo pasó, Teresa se alejó cada vez más de mí y nunca perdonó lo que para ella era una muestra de insensibilidad inaceptable. Y a medida que fui envejeciendo, fui yo el que empezó a entender las razones que había tenido para abandonarme. Sin duda, eran buenas.

Una semana antes de volar a Madrid, me topé en un supermercado de mi barrio con una de esas imágenes de mujeres desdibujadas en la aureola traidora de mis vanos recuerdos. Ese rostro que se cruzó con el mío aquella tarde no me había olvidado y mucho menos había logrado enterrar la posibilidad que alguna vez mi cuerpo entero le había brindado casi al mismo tiempo que se la arrebató con brutalidad.

La mujer me increpó en la góndola de los quesos y por primera vez sentí vergüenza de mí mismo.

—Tendría que haberme cagado en vos —me dijo mientras yo elegía un trozo de gruyère.

La miré y tardé un par de largos minutos en reconocerla. Cuando lo hice, intenté una defensa.

—Podrías haberlo hecho. Yo no te obligué a nada.

—Hiciste algo peor. Me tranquilizaste diciéndome que lo tendríamos la próxima vez, que necesitabas tiempo para arreglar los asuntos con tu mu-

jer. ¿No te acordás? A los tres días desapareciste... —Cansada y fastidiada, agregó: —Me cuesta creer que no logres recordarlo, Roque.

Tomé un pedazo de queso cualquiera y lo puse en mi canasta. Estaba aturdido. En una semana estaría grabando un disco de mierda y ahora esta mujer me recordaba la clase de persona que había sido y que seguramente todavía era. Algo tenía que cambiar.

—Perdoname —le pedí, mirándola con franqueza, sin saber qué más decir, seguro de que no habría ninguna dimensión que me disculpara en el reino de las palabras.

—No —me contestó con el mayor de los laconismos. Luego se fue, dándome la espalda tan duramente como seguramente yo se la había dado a ella.

Por eso estaba ahora arriba del rápido Madrid-París. Pensaba que si compartía ese momento con la torera, si respiraba segundo a segundo el aliento de su desazón, podría recuperar el dolor saboteado. Necesitaba saber qué se sentía en el momento exacto de abandonar a un hijo que se desea por alguna razón ajena e incontrolable, habiendo sido yo esa razón.

No apagué la luz, como América me pidió, y la escuché seguir con su gimoteo.

—*Come on*, torera —traté de calmarla y sentí que mis palabras sonaban torpes—. Acá también tenés que ser valiente.

—Vete a la mierda —me susurró—. ¿Tú qué sabes de esto?

Me quedé junto a ella; tenía razón: yo no sabía nada de nada.

Se dio vuelta hacia mí y me pidió que la dejara sola. Esta vez no le hice caso. Era yo el que no quería quedarse solo. Me acerqué mucho más a su cuerpo y también me extendí a lo largo de la cama. Le devolví el beso que me dio la primera vez y no tardó en responderme. Me apretó con fuerza el pelo detrás de la nuca y no me soltó hasta que, con la otra mano, consiguió desabrocharme el pantalón.

Roque no le resultaba atractivo ni seductor. Ni siquiera un buen compañero de viaje. Pero era lo que América tenía más a mano para poner su cabeza en blanco. Siempre que hacía el amor lo conseguía. Confiaba, quizá con excesiva vehemencia, en el poder de una verga. Pero a ella le funcionaba y apenas se le deslizaba una entre las piernas, el mundo se convertía sólo en esos movimientos lubricados y precisos, en jadeos, roces de piel, murmuraciones inconexas y uno, dos, tres o más orgasmos. Todo dependía de la intensidad con la que se entregara al ejercicio.

Esta vez América necesitaba perderse de vista y prolongar el roce con Roque lo más posible. Desde que se subió al tren empezó a acosarla un pensamiento que conscientemente había pospuesto desde que decidió abortar: su posibilidad de ser madre. Hasta ese momento todo el asunto del embarazo no era más que una contratiempo físico que tenía que resolver porque le complicaba para el gran día de la alternativa, como si se tratara de una

muñeca quebrada o de un tobillo luxado. La idea de deshacerse del problema la había trastornado porque era un problema y no porque era ese particular contratiempo. América jamás había pensado en la maternidad, todavía estaba demasiado ocupada en ser ella misma una hija, pero el embarazo del que iba a deshacerse la cambió de posición y la emancipó, sin vueltas, automáticamente.

Complacer a su padre y conquistar su mirada le parecían necesidades de otros tiempos. Difusas, lejanas, imprudentes. Su mirada, por primera vez, se replegó sobre sí misma exclusivamente. Esa introspección había ocurrido en el traqueteo sinuoso de ese tren y le resultó insoportable y tan asfixiante como un ataque al corazón. Todavía no estaba preparada para contestarse todas las preguntas que empezaban a invadirla más allá de su control.

A pocos centímetros se encontraba Roque Luna que ahora la besaba y le daba la posibilidad bendita de olvidarse de todo por un rato. Le manoteó la bragueta, se la abrió. Decididamente, necesitaba poner su cabeza en blanco.

Amanda Rosales tampoco dormía. Escribía en su laptop el segundo artículo de la serie de siete que había logrado ubicar muy rápidamente en distintos medios gráficos de Madrid, Buenos Aires y Miami y en una agencia internacional. La primera entrega ya estaría en los kioscos del día siguiente. Lo había arreglado todo antes de montarse al tren y

hasta había hecho una muy rápida pero eficaz sesión de fotos con América y Roque en el Villa Real. Fueron las fotos las que abrieron las puertas de los medios y por ellas mismas pactó unas cifras con las que en su país podría pagarse dos casas y tirarse algo más de un año sin trabajar.

Pero había mentido. Una vez más. Más que la escritura de la nota, lo que desvelaba a Amanda era precisamente la dimensión de la mentira. Mientras escribía lo que creía que no sucedía en el compartimento de al lado se juraba una y otra vez que ésta sería su última farsa. Pactaba con ella misma sin saber que lo que imaginaba, palabras más palabras menos, estaba ocurriendo efectivamente a pocos metros de ella. Si lo hubiese sabido, habría sentido instantáneamente el alivio que necesitaba para aplacar los golpes de inquietud que sacudían su pecho. Pero Amanda Rosales pertenecía a la clase de personas que parecen ser víctimas de un ensañamiento fatal y mezquino, capaz de arrebatarse —por que sí— cualquier momento de felicidad.

Esa curiosa fatalidad hizo que Amanda estuviera a punto de levantarse y visitar a América para hacerle una pregunta cualquiera. Necesitaba hablar con ella de lo que fuera y disipar esa incomodidad que la agotaba. Si comprobaba que con su mentira le hacía justicia a la torera, quizá podría sentirse mejor. Pero prefirió no molestarla ni levantar sospechas. Quería que América creyera hasta el final que ella había comprado la historia del romance arrebatado. Dudó unos segundos hasta que estuvo segura de que era mejor quedarse quieta. Si esos segun-

dos de duda no hubiesen existido, Amanda Rosales habría podido escribir tranquila.

Y si alguna vez se hubiese detenido a sumar todos los segundos de duda que la frenaron en su vida, se podría haber dado cuenta de que sería otra la historia que estaría viviendo. Más bien, otra vida. Pero pagaba su propio precio de dudar cada vez y elegir siempre el camino equivocado. No faltaba mucho para que, por fin, dejara de hacerlo. Entonces sí, todo cambiaría. Y ya, definitivamente.

Amanda Rosales hizo a un lado su laptop y trató de dormir. Rogó por tener un sueño bonito que la alejara de esa oscura e incierta vigilia.

6

Mateo Ruiz Perea no pudo contestar el llamado de Gonzalo. Cuando éste se produjo estaba tratando de calmar al padre de América, el infatigable Don Bartolomé. Se le había plantado en la puerta de su estudio y no había quitado el dedo del timbre hasta que Mateo bajó a la calle.

—¿Qué pasa, hombre, a estas horas? ¿A qué viene toda esta bulla?

—Está contigo. Déjame entrar.

—Hace diez días que no veo a América.

—Hazte a un lado y déjame subir. No os podéis andar con juegucillos a estas alturas.

Mateo lo dejó subir para que lo dejara tranquilo. No era la primera vez que Don Bartolomé acudía a buscar a su hija haciendo alarde de su prepotencia. Las otras veces había dado en el blanco porque América estaba efectivamente con él y luego de algún intercambio de palabras en que ella desplegaba un prolijo listado de sus derechos y una defensa de su independencia, Bartolomé conseguía llevársela con él. A Mateo siempre le había parecido oprobioso el modo en que el hombre dominaba a su hija. Pero América no parecía ofrecer demasiada resistencia. De modo que ese día, Mateo lo dejó subir para

que comprobara que lo que le decía era verdad. También lo hizo porque sentía una creciente curiosidad. Si América no estaba con él, ¿con quién otro? La pregunta no dejó de mordisquearle su orgullo pero esperaba a que Bartolomé hiciera su comprobación para intentar algún sondeo.

Cuando llegaron al estudio, a Bartolomé le alcanzó con dar una rápida mirada para saber que allí no había ni sombra de su hija.

—Ya ve —confirmó Mateo.

—Hubiese preferido encontrármela aquí.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ni puta idea de dónde está —le contestó Bartolomé, derrumbándose. Necesitaba confiar en alguien.

—Venga, no se preocupe. Ya va a aparecer. ¿Desde hace cuánto que no sabe nada de ella?

—Tres días.

A Mateo le pareció una enormidad. América no dejaba pasar más de doce horas sin reportarse a su padre y esa ausencia, sin dudas, era extraña. América era demasiado famosa como para escabullirse. O le había pasado algo grave o tenía un plan. Mateo sabía que la proximidad de la alternativa la tenía más susceptible que de costumbre y, por esa causa, había sido ella la que había cancelado sus dos últimos encuentros. Quizás iba a dejar plantados a todos en Las Ventas. Mateo sabía de las contradicciones que atravesaban a la torera pero, con todo, no la creía capaz de semejante decisión.

—Vamos por una copa, Bartolomé. Nos va a venir bien a los dos. La verdad es que logró preocuparme.

Mateo llevó a Bartolomé al Chiscón y luego de la cuarta copa de grapa, le pareció que Bartolomé, por fin, iba a darle su teoría de lo que estaba sucediendo.

—¿Sabes algo de rock argentino? —le preguntó de la nada Bartolomé.

—No, nada. ¿Por qué? —le contestó Mateo, pensando que el alcohol no había provocado el estado confesional que él esperaba propiciar.

—La última persona que vio a América fue una periodista. Me llamó para confirmar si mi hija estaba enrollada con un músico de allí.

—¿Y ella cómo sabía?

—No sé. La mandé a la mierda y le corté.

—Hizo mal, disculpe que se lo diga, tendría que haberle sacado información.

—Ya sé. Ahora no se me ocurre por dónde empezar a buscarla.

Mateo tampoco sabía y lamentaba sinceramente no poder ayudar a Bartolomé. Pero su estado de compasión le duró apenas unos segundos. Gonzalo acababa de entrar al bar totalmente colgado. Mateo se levantó rápido y fue a su encuentro.

—¿Qué pasa, tío?

—Esto es la hostia —respondió Gonzalo con una sonrisa y se quitó la chaqueta que le extendió a Mateo.

—Aquí hace calor. Vamos a otro sitio.

Mateo hizo un gesto de impotencia a Don Bartolomé y salió del Chiscón con Gonzalo.

En la calle los esperaba Anna, la noruega, con el Smart en marcha. Se subieron a la carrera, apretu-

jándose en el único asiento del minicoche. Mateo se sentía una especie de hermano mayor de Gonzalo y no iba a permitir que se siguiera pinchando. No sabía cómo iba a hacerlo pero, en principio, no lo dejaría solo. Ya encontraría la manera de hacerlo bajar. El auto arrancó y, como por instinto, Mateo buscó más sobrecitos en los bolsillos interiores de la chupa. No había. En cambio encontró otra cosa: la foto de América y Roque Luna en el aeropuerto. Miró hacia adelante. Sus ojos se clavaron en los dreadlocks azules de Anna. Estaba azorado. No sabía por dónde empezar a preguntar.

No pudo retener a Mateo, aunque le hubiese gustado. Bartolomé Pardo quería seguir hablando y se fastidió porque su único interlocutor había salido pitando del bar ante la llegada de dos jóvenes completamente impresentables. O a lo mejor él era el impresentable y Mateo había buscado una excusa para huir de allí, totalmente consciente de la clase de monstruo con el que había estado conversando hasta ese momento. Porque así era como se sentía Bartolomé, un monstruo. Poco tenían que ver sus convulsiones enfermizas con esta consideración, más bien era como si a causa de ellas hubiese tenido la necesidad de ser la clase de hombre en el que se había convertido. Un padre implacable, exigente, egoísta, exclusivamente demandante de toda la fama y de todo el prestigio que él no había sabido conseguir para su propia vida. Todo eso, en

cambio, lo había succionado con estudiada malicia del frágil cuerpo de su hija, sabiendo en cada momento por qué ella hacía lo que hacía. Pura y simplemente para ganarse su afecto incondicional. Desde el primer día de su vida, América contaba con él pero Bartolomé creyó que era mejor que no se enterase, que creyese que ese amor le costaría minuto a minuto, que por él tenía que dar algo a cambio, lo más que pudiera. Entregar su conciencia, su deseo, su libertad. Su amor por su hija era ciego y torpe.

Con su silencio mezquino, su calculada indiferencia y sus manipulaciones, creyó que la iba a poder mantener junto a él para siempre, viva y atenta, para que no se le ocurriera morir y abandonarlo como había hecho su mujer, la madre de su hija, de quien América era la única certificación de su corta y fatigada existencia.

Jamás contó con la posibilidad de que podría llegar el día en que ella tuviese necesidad de rebelarse porque él nunca iba a profesarle la mirada de admiración y de reconocimiento que, lo sabía muy bien, su hija había comenzado a buscar desde que pudo sumar dos más dos.

Ahora pensaba que quizás había presionado en exceso, que había ido demasiado lejos y la había obligado a huir, sofocada por obligaciones y pruebas que iban más allá de sus posibilidades. Le pesaba más la ausencia desconsiderada de su hija que la vergüenza que tendría que afrontar en dos días en Las Ventas si ella no aparecía.

Hubiese alcanzado, probablemente, que le dije-

ra cuánto la quería para que ella no se esfumase. Hubiese alcanzado, también, que le confirmase cuánto admiraba su valor, su destreza y valentía únicas para situarse frente a un toro. Como nadie lo había hecho nunca, como él mismo jamás había podido. Y, ella, su hija, lo había hecho del modo exacto en que él lo había soñado. Era tarde para melancolías. Tendría que aguantar lo que viniese. Se lo había buscado.

Pidió otro chupito de grapa. Ese bar le resultaba comfortable. Nadie lo conocía. No quería irse a ninguna otra parte. No se le ocurría a dónde. Sin América, tenía que reconocerlo, su vida carecía completamente de rumbo. Estaqueado y medio borracho, pensaba quedarse pegado a esa barra hasta que su cuerpo reaccionara con un conocido ataque ante la irresponsable cantidad de alcohol que se estaba metiendo. Quería un ataque que lo pusiera ante los ojos ajenos como lo que sentía que era: un hombre temible y repugnante. Apuró su trago y siguió con otro más y luego con otro hasta que, por fin, una generosa cuota de espuma empezó a salirle por la boca y sus piernas lo tiraron al piso. Todo su pecho comenzó a sacudirse, adornado por su cabeza ladeada que además de baba exhibía su lengua rugosa, casi pornográfica.

El barman del Chiscón llamó a emergencias y se lo llevaron en quince minutos en una ambulancia. Los clientes siguieron dedicados a sus copas, ligeramente alterados por la visión de ese cuerpo fulminado. En pocos segundos olvidaron por completo el incidente y volvieron a las conversaciones que

habían sido quebradas mientras dos enfermeros cargaban el cuerpo de Bartolomé Pardo en una ambulancia rumbo a un hospital público donde su vida ya no volvería a ser lo que había sido.

—Tengo frío.

—Dejá. Yo te tapo.

—Está bien, puedo sola.

América se tapó su cuerpo desnudo con una manta. No se atrevía a mirar a Roque que, en cambio, no podía quitarle la mirada de encima. América sentía cómo esos ojos la taladraban y hubiese querido tirarse del tren. Esta vez no había dado resultado. Su cabeza estaba más concentrada que nunca en lo que le sucedía y Roque había sido una molestia sudorosa y pesada sobre su cuerpo. No le había provocado nada, nada en absoluto. Y mucho menos el deseado blanco. Quería que la dejase sola, pero no encontraba manera de decírselo y él parecía haber participado de otra escena. A América no se le escapa la fascinación que sentía y las ganas de volver a empezar todo de nuevo. No había terminado de pensar esto cuando sintió otra vez la lengua húmeda de Roque hurgando entre sus piernas. Automáticamente, las cerró y Roque no tuvo más remedio que retirarse.

—Mejor lo dejamos. Hasta aquí estuvo bien. ¿No?

—Por eso. No tengo ningunas ganas de irme.

Roque la abrazó y ella se quedó quieta, sin responderle. Cualquiera hubiese entendido, pero él

no. Miró hacia abajo y vio la pija de Roque dura, erigida seguramente por maquinaciones de las que ella, claramente, no participaba. Decidió terminar pronto con el asunto. Extendió su mano derecha y empezó a hacerle una paja, utilizó todo su vigor de torera para hacerlo acabar. Por suerte para ella, en menos de tres minutos Roque manchó la manta con su semen caliente y abundante.

América aprovechó ese segundo de éxtasis para levantarse y vestirse rápidamente.

—¿Adónde vas?

—Enseguida vuelvo.

Iba a perderse en los vagones. Sólo aparecería cuando estuviesen a dos minutos del Gare de Austerlitz. Salió y apoyó su frente contra el vidrio frío de una de las ventanillas del pasillo. Necesitaba un respiro. Se tocó la panza y entonces se le ocurrió. Avanzó hasta la puerta más próxima y movió el picaporte, decidida. La mano de Amanda Rosales se interpuso y la sacó de la puerta de un empujón.

América, instintivamente, se aferró a Amanda. La abrazó. Puso su agitada cabeza sobre su hombro y lloró.

—No tienes por qué hacerlo —le susurró Amanda con mucho cuidado.

América se apartó, secándose las lágrimas con las palmas de sus manos.

—¿De qué hablas?

—Hablaré de lo que tú quieras que hable. Pero ahora, que nadie escucha —respondió animándose a posar su mano derecha sobre el vientre de la torera—, no hay por qué disimular.

América entendió enseguida pero no logró darse cuenta de cómo Amanda se había enterado de lo que realmente le sucedía y mucho menos de por qué había admitido formar parte de su plan.

—¿Cómo aceptaste contar una mentira?

—Porque valía más que la verdad.

América respiró hondo, casi gimió un lamento. No sabía si tenía frente a ella a una aliada o a una enemiga. Por las dudas, eligió callar.

—Ya vuelvo —me contestó, como si yo hubiese podido creerle.

Me sentí bastante estúpido mientras América se apuraba por hacerme acabar.

—*Yeah, baby, come on.*

No es la única vez que me pasaba una cosa así. Es como si algunas mujeres creyesen que pueden engañar a un hombre con esa férrea voluntad que demuestran mientras sacuden una pija, obsesionadas por ver, por fin, el glorioso semen, que las liberará de la presencia de un hombre molesto.

Si bien es obvio que no puedo fingir un orgasmo, sí puedo apelar a mi voluntad y a mi concentración para que todo suceda rápido. Es fácil. No hay que reprimirse. Y eso fue lo que hice mientras América trabajaba denodadamente como si se tratase de superar una marca olímpica. *Fuck her*. No sólo me sentí tonto porque me di cuenta de que la torera no me deseaba en absoluto, sino porque todo mi rollo de redención se esfumaba mientras nues-

tros cuerpos se frotaban sin ganas, indiferentes, casi hastiados, cumpliendo movimientos aprendidos en rituales que habían tenido mejores resultados en otros tiempos. A ella no parecía importarle nada en absoluto. Ni lo que estaba haciendo ahí conmigo, ni lo que había hecho quién sabe con quién ni lo que haría luego con un médico al que le pagaría una buena suma de dinero.

Si América hubiese respondido a mi beso con la impronta del deseo en vez de con esa distancia rutinaria, mi misión —la loca misión que yo me había asignado— todavía estaría en pie. Pero no entendía por qué la torera me había manoteado ansiosa el pantalón y luego el resto de la ropa hasta dejarme completamente desnudo. Fue todo mucho más tedioso que una sesión de abdominales oblicuos en la que pude sentir su verdadero olor, que no era el del sufrimiento, sino el conocido olor a cloaca femenino, cuando su concha se lubrica automáticamente por la acción de algún dedo, de un vibrador o de una buena pija.

Ni por asomo pude olfatear el hedor de su sufrimiento ni mucho menos entenderlo. Estaba fastidiado y seguía caliente. Había sido un mal polvo. Yo también iba a salir. En el pasillo estaba la cubana, mirando por la ventana. Parecía perdida o acongojada o quizá tenía sueño y no lograba dormir. Ella no me vio enseguida. Lo que me dio tiempo a volver a mirarla, a sopesar su cuerpo rollizo, su pelo lacio y rubio. Cuando se dio vuelta, seguramente intuyendo mi presencia, yo ya lo tenía decidido. Iba a arrastrarla a mi madriguera. No se me había esca-

pado cómo me había mirado en el hotel cuando me senté en su mesa. Era tiempo de sacarle partido a esa mirada. *Let's go.*

—¿De dónde la sacaste?

Gonzalo miró a Mateo como si le estuviese hablando en un idioma que él no comprendía. Mateo había logrado deshacerse de Anna y había llevado a su amigo hasta su estudio para controlarlo y, también, para que le contara cómo había llegado esa insólita foto a su poder.

—Estaba en la basura.

—¿En la basura de dónde?

—Del Aeropuerto.

—¿En Barajas?

Gonzalo asintió, con desgano. *Claro, de Barajas. De dónde iba a ser.* Pero no abrió la boca. En cambio, empezó a dar vueltas por la casa buscando una botella de algo. Encontró una de vodka finlandés y se echó un trago del pico.

—¡¡¡Ajjj!!! Esto arde, tío.

Mateo se acercó y le quitó la botella.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso te crees mi madre? Deja ya de controlarme —se fastidió aún más Gonzalo sin poder dejar de pensar en la imagen de su madre muerta, destrozada por ese fatídico accidente en la ruta.

—Como quieras. Pero acuérdate de todo lo que te costó dejarlo... De lo que nos costó. Porque en eso, estábamos juntos. ¿Qué te ha pasado?

—Nada. Tuve ganas y ya. No es muy difícil de entender.

Mateo sabía que no. A él le pasaba lo mismo pero tenía una voluntad a prueba de municiones gruesas. Ayudaba que fuera mucho más reprimido que Gonzalo —aunque no lo pareciese— y también un poco mayor. Eso, él pensaba, le otorgaba un curioso respeto por la vida.

Gonzalo volvió a tomar la botella y jugueteó con ella entre sus manos. No bebió, pero sostenerla era como ganarle una pulseada a su amigo.

—La foto estaba en un cesto de Barajas.

—¿Quién la tomó?

—No sé.

—A ellos, ¿llegaste a verlos?

—No salieron de Madrid —afirmó, intrigante. La inquietud inusitada de su amigo empezaba a divertirlo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque hay huelga de pilotos... Además si te fijas en la fecha de la foto...

Mateo lo cortó en seco. Entendía a la perfección lo que había deducido su amigo.

—Ya, ya.

Gonzalo, de todos modos, siguió hablando y se olvidó de contarle lo más importante, que los había visto irse en un taxi y que había averiguado que se hospedaban en el Hotel Villa Real.

—Como había terminado mi turno me fui hasta la casa de ella. ¿La reconociste, no?

Mateo asintió.

—¿Y te calienta? A mí me da morbo.

—No es eso. Es que la conozco bien y estoy preocupado por ella.

—Así que la conoces. Entonces te calienta. ¿A que sí?

Mateo pasó por alto el comentario y apuró a Gonzalo para que le dijese si había podido encontrarla en su casa. Quizá todo era mucho menos serio de lo que el padre de América y él mismo pensaban, quizá América estaba simplemente recluida en su caserón de Puerta de Hierro. El primer lugar donde habría que haberla buscado y que, por obvio, seguramente se había pasado por alto.

—¿Entonces qué viste en su casa?

—Nada... Le revolví la basura.

—¿Y?

—Me parece que está embarazada.

Gonzalo se echó a reír y luego se terminó de un trago infinito la botella de vodka. Mateo lo miraba, absorto. No contaba con lo que acababa de oír. No lo creía. Tampoco entendía la relación basura-embarazo. Su amigo, seguro, le estaba mintiendo.

Amanda Rosales dejó caer su bolso pero ya era tarde. Roque Luna, sin ningún cuidado, había depositado una buena ración de su semen dentro de ella, mucho antes de que ella pudiera acabar y muchísimo antes de que consiguiera colocarle el condón que había manoteado de su cartera.

—¿Cómo pudiste?

—¿Qué cosa? —preguntó Roque, todavía sacudido por su orgasmo solitario—. ¿No te gustó?

Amanda se incorporó, decepcionada, se puso una camiseta y se metió en el baño. Quería lavarse rápido. El rockero había tenido un claro ataque narcisista y la había usado de recipiente. Vulgar. Había sido muy vulgar. No podía pensar otra cosa. Amanda jugueteó con el condón un rato y luego lo tiró en el inodoro. No tenía idea de cómo debía comportarse a continuación. Estaba confusa e invadida por sentimientos contradictorios. Quizá tendría que irse del compartimento de Roque como si no hubiese pasado nada, pero el problema era que, a pesar de su torpeza y de su descarado machismo, el rockero ejercía sobre ella una desbordante fascinación. Amanda empezó a torcer el rumbo de sus originarias consideraciones sobre lo que acababa de vivir.

La tranquilizó pensar que, después de todo, era la primera vez que hacían el amor y que, por lo general, las primeras veces suelen ser decepcionantes. Quizá lo de Roque no era desconsideración o egoísmo. Podía tratarse de una falta de sincronía tan propia de los primeros encuentros. Tampoco era justo que le echara a él todas las culpas. Ella no había hecho lo suficiente, se había dejado manejar como una muñeca inflable. Otra cosa habría sido si ella hubiese tomado la iniciativa.

Ahora Amanda estaba segura de lo que tenía que hacer. Se sacó la camiseta y se acomodó rápido el pelo frente al espejo. Salió del baño decidida a darle a Roque una segunda oportunidad. Desde la puerta, atisbó la punta de la cama con las sábanas revueltas. Se iba a zambullir entre ellas y sería inolvidable. Amanda Rosales cerró los ojos y se lanzó al vacío. Roque Luna no iba a tener tiempo ni de pensar en lo que le estaba sucediendo. Así, Amanda se arrojó sobre la cama con renovados bríos y con la certeza de ser amortiguada por el cuerpo de Roque Luna.

El golpe seco sobre el colchón la obligó a abrir los ojos. El lugar estaba vacío. Roque se había ido sin dejar rastros. Amanda se quedó inmóvil y en esa incómoda posición, con la cara aplastada contra la almohada y las dos piernas colgando del catre, lloró y lloró hasta que el ruido monótono de su llanto la deslizó hacia un sueño que la ayudó a huir de su perturbadora conciencia.

Sentada sola en la vagón-comedor, en la oscuridad, todo parecía peligroso. Se concedió fumar un cigarrillo y hacerlo durar lo más posible. Lo que había tramado con Roque Luna era una tontería. Tendría que haber recordado que sólo lograba poner su cabeza en blanco cuando hacía el amor con Mateo. No tenía registro de esa situación con los escasos otros hombres de su vida y Mateo había ocupado su corazón y sus pensamientos exclusiva y absolutamente los dos últimos años.

Mientras el cigarrillo se consumía con desidia según las lentas caladas que le propinaba, se estremeció al recordar que la cubana le había ofrecido su complicidad, revelándole que estaba al tanto de todo.

América ansiaba que despuntase el día. Quería leer el periódico en donde iba salir publicado el artículo y las fotografías sobre su romance falso y fulminante con Roque Luna. Esperaba que la cubana no hubiese escrito todo lo que sabía. Pero no podía estar segura de la clase de persona que era.

En el medio de esa oscuridad desierta se dio cuenta de que había puesto su futuro en manos de dos desconocidos, en quienes había decidido confiar por la fuerza ciega de la necesidad. No había sido una actitud inteligente. Cualquiera de los dos podía delatarla. Tiró el cigarrillo al piso y lo aplastó con el pie izquierdo. No podía dejar que las cosas sucedieran sin su control. Tenía que hablar con Roque y con Amanda, por separado, y asegurarse

de que los dos iban a cumplir con su palabra. No por tres días, ni por tres meses. Ni siquiera por tres años. Necesitaba que guardasen el secreto toda la vida. No sabía cómo iba a lograrlo. Se encaminó hacia su vagón, dispuesta a encararlos, con la certeza de que se había equivocado. ¿Qué les estaba pidiendo? ¿Cómo podía atreverse? Toda la vida era un plazo imposible de domesticar.

Había perdido el control. Había querido perderlo. Ésa era, prácticamente, la única ventaja que le ofrecía su enfermedad. Convertía su cuerpo en una máquina a la que, por su propia voluntad, podía hacer fallar. Las dos enfermeras que ahora lo conectaban a aparatos que jamás había visto, el hombre que le entubaba la nariz y el médico que daba órdenes febriles para que su vida no se le escurriera no tenían idea de que él lo había decidido todo. No estaba a su alcance la manera de hacerles saber. Comprendía y veía todo lo que sucedía a su alrededor pero no podía comunicarse con nadie. Apenas podía levantar su ceja derecha, pero ninguno de los que lo rodeaban, lo percibía. Sobre todo lo lamentaba porque cuando su hija apareciera, y Bartolomé Pardo estaba seguro de que ante la inminencia de su muerte iba a aparecer, ya no tendría manera ni de disculparse ni de decirle cuánto la quería, cuánto la había querido. Dejó de mover la ceja derecha. Era completamente inútil. Se dejó adormecer por los líquidos que le inyectaban en su cuerpo o qui-

zás era que se estaba desvaneciendo o definitivamente muriendo. ¿Eso sería la muerte?

Bartolomé Pardo se durmió por las grandes dosis de risperidona que los médicos tuvieron que inyectarle para frenar las convulsiones. Sólo con el cuerpo quieto tenían alguna posibilidad de rescatarlo.

De improviso, desde el pasillo, llegó una enfermera y cortó el clima casi sagrado que se vivía en la sala de emergencias del Hospital Gregorio Marañón.

—Siempre dije que la torera era un putón. Mírala, su padre muriéndose y ella echándose a este tío por ahí. ¡Qué carita! ¿De dónde lo habrá sacado?

Las otras dos enfermeras, el enfermero y el médico dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a la recién llegada que traía el periódico en la mano. Allí estaba, a doble página y a dos centímetros de Bartolomé Pardo, la noticia que contaba la mentira que América había fabricado para salvar su honor pero, sobre todo, para dedicársela a su padre.

Día 3, 3.15 pm

América Pardo tenía los ojos clavados en el techo azul de una habitación individual y opaca mientras yacía vestida, aferrada a su bolso, en una cama que apenas contenía su cuerpo esbelto. La intervención había durado poco más de diez minutos. Un abrirse de piernas, una manguera demasiado gruesa, larga y temeraria operada por los dedos enguantados de un médico cuyo nombre jamás podría recordar; las manos suaves de una enfermera que con insólita dulzura le acariciaban el pelo, un pinchazo tan breve como agudo e insoportable; un poco de sangre, el ruido sordo y desconcertante de un motor como de batidora, un poco de algodón y fuera. Las mismas manos dulces de la enfermera se prolongaron, luego, en los duros brazos que la sacaron del quirófano y que, con la asepsia del anonimato la acompañaron, caminando, hasta un cuarto donde la confinaron por tiempo indefinido.

No había permitido que la durmieran. Sólo aceptó los beneficios de la anestesia local. La habían destinado a esa habitación hasta que se sintiera con valor para encarar la calle. Le dolía. Le dolía mucho, lo suficiente como para apretar los dientes y tratar

de no llorar. No esperaba que se le pasase pronto. Decidió marcharse. No se lo informó a nadie ni tampoco nadie la detuvo. En menos de cinco segundos alcanzó la calle. Le costó encontrar un taxi. Apenas podía caminar. Le seguía doliendo. Sus posibilidades se reducían a los coches que pasaban por la esquina más próxima de la clínica.

Era la primera vez que estaba en Londres, no hablaba inglés y todo le resultaba hostil, casi como de otro planeta. Londres era una ciudad a la que no volvería. Acababa de jurárselo. Ya se había instalado en su memoria como un hospital ambulante donde, todavía, podía mantener el anonimato. Decenas de personas pasaban a su lado. Le molestaba el rumor incomprensible de sus voces. Estaba irascible. Quería meterse en la cama de su cuarto que no se parecía a ninguna otra cama en la que hubiese dormido —ancha como el mar y con la soberbia de los objetos inmortales— y dormir hasta la noche, cuando por fin podría volar a Madrid directo —ya se había levantado la huelga de pilotos— para entregarse a los últimos detalles de la alternativa.

Al cabo de media hora, un taxi se detuvo. De él bajó una pareja joven que luego entró a la misma clínica de la que América había salido. La torera imaginó a la chica, como de su edad, acostada en la sórdida camilla con las piernas abiertas, tal como había estado ella y, mientras lo imaginaba, entró al taxi y se sentó con el mismo nerviosismo que, estaba segura, había acompañado a la mujer durante todo el trayecto. Le pareció un intercambio inevi-

table. Estaba convencida de que todas las mujeres que caminaban por esa calle y por las inmediaciones, iban o venían de hacerse un aborto. El mundo se redujo, en ese preciso instante, a escuadrones de mujeres que marchaban a deshacerse de molestos hijos futuros.

La idea la agobió un poco y trató de distraerse mirando por la ventana. Fue peor. En cada cuadra detectaba o una embarazada o un vientre chato y todo, entonces, se reducía a esa opción: ser madre o no. Temió al pensar que, quizá, no había otra posibilidad, otro parámetro para clasificar el mundo. Cerró los ojos y trató de encandilarse con la imagen provocada por su nuevo traje de luces, el que estrenaría al día siguiente en Las Ventas. Los destellos de los verdes vibrantes y de los rosas subidos mezclados con los hilos de oro, consiguieron quitarle el recuerdo de su sangre entre las piernas. Ahora la sangre estaba en la arena, desparramada por los certeros movimientos de conquista de su capote, de su muleta y de su espada. La vida era otra cosa. Claro. Nada de vientres crecidos. Había miles de posibilidades diferentes. Nunca tendría hijos —su experiencia como hija, creía, le otorgaba toda la autoridad para desearlo—, y sólo mataría unos pocos toros más. Se iba dando cuenta de que la sangre derramada la invitaba a iniciar una nueva vida. Eso la puso increíblemente eufórica. Sólo tendría que pensar qué camino elegiría.

El viaje en taxi le pareció más corto de lo que en realidad fue. Estaba completamente absorbida por sus pensamientos.

En poco menos de veinte minutos, América se encontró entre las sábanas de su mullida cama king size. Ni una sola vez pensó en su padre, ni en Mateo, ni en nada que no fuese el deleite de un seguro y próximo momento triunfal. Quedaban atrás viejas sensaciones, antiguos deseos, esas deudas que necesitaba cobrarle a la vida o más bien que quería pagarle. En su cabeza sólo estaban ahora los ojos de los toros a los que se enfrentaría. Tendría que concentrarse en ellos si luego quería pasarlos por alto. Durmió, segura y tranquila, envuelta en el sudor que le devolvía la certeza de sentir una intransferible y gozosa furia de animal. Había hecho todo, hasta lo peor, hasta lo que había querido evitar. Ahora no había nada ni nadie que pudiera cambiar su decisión.

La muy turra no me dio ninguna opción. Por miedo a que alguna vez contara que había estado embarazada y que se había inventado un romance conmigo, convenciéndome mediante el pago de unos vergonzosos billetes, lo soltó todo ella misma. Su mentira y su verdad. Pensando sólo en ella, sin medir las consecuencias y sin avisarme ni a mí ni a la cubana. Esto fue lo que hizo. Envío un comunicado a la prensa en el que desmintió el artículo aparecido esta misma mañana en el periódico con la firma de Amanda Rosales y distribuido, también, por una agencia de prensa a todos los demás medios —radio y televisión incluidas—.

En él se encargaba de decir simplemente la verdad matizada con una pinceladas de mentiritas: que estaba en Londres, sola (verdad), para hacerse una intervención (verdad). Que había sido descubierta por una periodista cubana que había pretendido extorsionarla (falso) y por un músico al que jamás había escuchado y que estaba falto de dinero (mitad y mitad). Agregó que, ahogada por el miedo y los prejuicios, primero aceptó sus presiones (falso), pero luego convencida de que la verdad es más veloz que la mentira (verdad), prefirió contar ella misma la real versión de los sucesos que la involucraban (verdad). Añadió, también, que la intervención no ponía en riesgo su faena inminente en Las Ventas (mentira). Para terminar, afirmó que, en concreto, estaba hablando de la interrupción voluntaria de un embarazo involuntario (absolutamente verdad). Fue todo lo que dijo y alcanzó para arruinarme la vida. *Bull shit*. Escuchaba la reproducción de sus palabras desde el televisor de un Burger King ubicado en Picadilly Circus de la boca de una locutora negra de la CNN en español. Mi nombre y mi cara —*really nice*— aparecían por primera vez en un televisor londinense al lado de la foto de Amanda Rosales, donde lucía más gorda y demacrada que la última vez que nos habíamos visto en el andén de Victoria Station. ¿Dónde mierda estaría ahora Amanda Rosales? Era la única que podía salvar mi honor. *For God's sake!* Si era astuta, tenía que saber que probablemente limpiando el mío, podría lavar el de ella.

Otra vez Amanda Rosales se encontraba en el lobby de un hotel. Pero ahora no iba a formular preguntas tontas. Estaba dispuesta a partírle la cara —o algo así— a América que, calculaba, habría llegado al hotel un momento antes. La iba a esperar tranquilamente. Y entonces sí, la torera se enteraría de lo que eran las extorsiones y amenazas de alto calibre. La ingenua oportunidad que le había brindado aquella primera foto, ya muy lejana y perdida, la había roto la misma América con sus manipulaciones enloquecidas. Al lado de la Pardo, Amanda se sentía de una integridad incomparable. Si bien se había pasado la vida mintiendo y cuestionando su actitud, sabía que detrás de todos los encubrimientos la única perjudicada era ella, porque esas mentiras la tenían como centro y no hacían más que intentar colorear su vida con matices de los que no disponía. No perjudicaban a nadie. Por eso se había pasado sola toda su juventud, avergonzada por esa compulsión a fingir, que no osaba compartir con nadie y que la hacía indigna, según ella creía, de todo amor. Con la falsa historia de América y Roque, además de ganar el dinero para saldar deudas y volver a instalarse en La Habana, sentía que mentía a favor de alguien. Por primera vez mentir significaba ayudar.

América Pardo no había pensado más que en ella misma porque con sus impactantes declaraciones había desprestigiado, seguramente para

siempre, el trabajo de Amanda y, sobre todo, había bloqueado los cobros de todas las notas que había vendido. Ya no le sería posible recurrir al viejo escritor que le exigía una investigación sobre el último dictador vivo. Podría haber sido una opción pero ahora tampoco le interesaba. América iba a tener que pagar por toda la ilusión que le había arrebatado con tanta impunidad, cuando había sido ella quien la había puesto a jugar en ese juego tonto.

Lo único que deseaba Amanda Rosales era volver lo antes posible a la isla y quedarse allí, a envejecer junto al mar, a respirar el aire caliente del Caribe, a tratar de que su padre la entendiera, a vivir, por fin, una vida sin vergüenzas con un amor que todavía no conocía, pero que no podía tardar en aparecer. ¿Por qué le resultaba todo tan difícil? ¿Por qué la Pardo apareció con una solución, llena de confianza e intimidación, y después la desafió, traicionándola? Amanda no entendía qué hacía mal para que esa sucesión fatídica volviera a poner su vida en punto cero y, quizá, por debajo de eso.

La torera no tenía derecho a haber arrasado con sus planes. No había entendido que no había dinero que pudiera callar a Amanda Rosales, ella había elegido la mentira que iba a contar y no porque valiera menos que la verdad, como le había dicho, sino por una extraña solidaridad que, ahora se daba cuenta, América Pardo no se merecía.

Una ridícula melodía vienesa, en realidad el sonido de su celular —silencioso desde hacía varios días demostrando que era una periodista en

picada— la arrancó de sus pensamientos de sinuosa autocompasión.

—Hola.

Todas las presunciones de Amanda Rosales se cayeron con ese llamado. Provenía del *Miami Sun*, donde le restaban importancia a que le hubiera comprado carne podrida a la torera y no creían en la versión del chantaje. Querían que la entrevistara —reconocían las dificultades de encontrarla pero confiaban en la sagacidad de Amanda—, y en que la presionara con sus preguntas para saber qué la había llevado a tomar la decisión de hacer pública una declaración tan valiente y que podía llevarla al desprestigio y a la desaprobación popular, quizás al abrupto final de su carrera luminosa.

Amanda Rosales cortó la comunicación. La oferta del diario era inmejorable pero ella la mejoró, asegurándoles que le iba a arrancar declaraciones que conmoverían hasta las estatuas y tan exclusivas que hasta la misma torera luego se sorprendería de haber abierto la boca. Le haría decir verdades que ella todavía no había reconocido ante sí misma. Les ofreció un reportaje completo, con declaraciones hasta del mismo Roque Luna y de Bartolomé Pardo y se comprometió a encontrar a quien había embrazado a la torera.

Amanda guardó el móvil en su cartera. Ya no le resultaba importante desencajarle la mandíbula a América Pardo. Tenía la oportunidad de escribir el reportaje de su vida contando toda la verdad, con los lujosos detalles que sólo ella sabía. La verdad se había convertido en su mejor venganza. Iba a cam-

biar de táctica. Perdido por perdido, estaba convencida, América Pardo le iba a completar la información que le faltaba. Intuía que la soberbia ciega de América Pardo no la haría sospechar nada. De modo que se sentó tranquila en el lobby. Lo único que tenía que hacer era domar su paciencia y esperar y, quién sabe, por fin, su suerte cambiaría.

Mateo se sentía abrumado por tantas informaciones encontradas. Primero el periódico publicaba unas fotos muy parecidas a la que había encontrado su amigo en la basura de Barajas, hablando de un romance fulminante de América con una vieja gloria del rock argentino que, de paso por Madrid, había encandilado el corazón de la torera. No se explicaba mucho más en la nota, pero los datos que se daban le olían a mentira ya que, si bien Mateo veía a América estrictamente una vez a la semana, estaba perfectamente al tanto de su rutina. Además sabía muy bien algo. América no mentía bien. Y se notaban en ese artículo unas hilachas mal cosidas. Mateo no había terminado de digerir las novedades cuando en el telediario de la noche escuchó de la boca de la locutora habitual un comunicado emitido por la torera desde un lugar desconocido. En ese texto desmentía el romance, hablaba de extorsión y confesaba que su ausencia se debía a motivos estrictamente personales y solitarios, que luego de una profunda reflexión, provocada por los hechos que en breve tendría que afrontar para convertirse en matadora, había decidido ponerse por encima de las circunstancias y explicarle al público

el motivo real de su ausencia: estaba embarazada e iba a interrumpir su embarazo. “Quiero ser una matadora que pueda entregarse a su faena sin otra cosa en la cabeza y en el cuerpo que el deseo de entrar a matar.” Esas últimas palabras, las recordaba Mateo casi exactamente como fueron citadas por la locutora porque para él era evidente que el comunicado encerraba un doble sentido que, probablemente, ni siquiera América había sido capaz de comprender.

De todos modos, la brutalidad de la declaración era tal que Mateo se preguntaba qué habría en sus intenciones además de contar la verdad y espantar con ella a medio mundo. Ninguna mujer famosa había jamás mandado un comunicado en el que informaba a sus fans y al resto del mundo de un acto semejante, desaprobado por muchos, desagradable para otros, delicado para la mayoría. Silenciado por íntimo, privado y conflictivo. Ninguna mujer famosa o no se sentía inclinada a ventilar ese tipo de situaciones que se callaban por estrictas razones de privacidad más que por consideraciones morales.

Si Bartolomé Pardo no hubiese estado agonizando en la cama de un hospital con un respirador ya incrustado como último salvavidas, Mateo podría haber pensado que se trataba de un truculento ardid publicitario diseñado por él. Pero a América tampoco se le daba lo de la publicidad, de modo que por alguna razón francamente profunda —además de que fuese verdad— debía estar diciendo lo que decía. Las consecuencias podían ser funestas y ella, aunque pudiera parecer inge-

nua, no era de ningún modo tan tonta como para no considerarlas.

Mateo estaba prácticamente convencido de que él tenía que ver con ese embarazo y no le importó nada que América quisiera pasar de él, de la gestación en sí. Lo que realmente lo mortificaba era que no lo hubiera involucrado en la decisión, que no le hubiera suplicado —como era su estilo— que la acompañara en un momento tan duro, que se las hubiese arreglado sola, que se enfrentara por fin a la vida, como se plantaba ante los toros.

Claramente y por primera vez, América se las arreglaba sin él y esa prescindencia le resultó insoportable. No sabía dónde buscarla y no iba a humillarse al punto de montar guardia en su casa. Sólo le quedaba tener paciencia y esperar. Faltaban pocas horas para la cita irrenunciable. En menos de un día América estaría en Las Ventas para tomar la alternativa. Antes de que terminara de calzarse el traje de luces, la encararía. Él no era un toro. Era un hombre. No iba a aceptar que lo tratara como a un animal, con esa indiferente violencia que, a lo largo de su carrera, también se había convertido en su marca personal. Quería hacerla temblar antes de que por sí misma su mano titubeara a la hora de clavar la espada. Quizás entonces podría sentirse contento. Estaría dando una razón al famoso y vapuleado temblequeo a la hora de matar al toro. Él se convertiría en la razón de su mano trémula y, a lo mejor, podría también él mismo confesarlo y, con ese galón, pasar a la historia.

Gonzalo había leído el mismo periódico que Mateo y había escuchado el mismo telediario. Estaba arrepentido de haber caído como en sus momentos más álgidos de adicción y ahora barría y barría en el aeropuerto de Barajas para agotarse y caer rendido al final del día y no pensar en su efímera y devastadora felicidad. Por colgado no había dado el batacazo que luego dio la torera. Tenía toda la información en su poder, contaba con las pruebas y las había desaprovechado. Mientras barría se preguntaba si todavía existiría alguna manera en que le pudiera sacar provecho a semejantes hallazgos. Mientras vaciaba un cesto desde el que caían colillas de cigarrillos, tarjetas de embarque, Kleenex usados, caramelos sorbidos por la mitad y otros desechos, se tropezó con un par de ancianas que aguardaban en el vestíbulo la llegada de los vuelos internacionales y que, sin tapujos, comentaban los últimos sucesos en los que se encontraba envuelta América Pardo. La pregunta que les comía la cabeza era de quién sería el hijo. Creían ciegamente en la versión de la torera y en que lo del argentino había sido una tapadera. La pregunta del millón, para ellas, era quién había fecundado a la torera.

—Ella, tan modosita. Siempre tan cubierta de culo, coño y espalda por el listo de su padre.

Las mujeres se echaron a reír y a Gonzalo le quedó grabada la palabra “padre” en el medio de las risas. Ese hombre podía tener la respuesta. Si se apuraba, a lo mejor daba con ella antes que nadie. Antes

que todos los sabuesos que los medios habían tirado por ahí. La noche que encontró a Mateo en el Chiscón, pudo reconocer al viejo que estaba acodado a la barra junto a él. Su amigo era el camino que lo llevaría a Don Pardo. Mateo se alegraría de verlo encaminado y casi repuesto. Tenía que hacerle el favor. Como fuera, iba a dar con Bartolomé Pardo y se las rebuscaría para sonsacarle lo que supiera. Averiguarlo antes que cualquiera, aunque más no fuera para sí mismo, era una manera de equilibrar su propia torpeza y su repetido descontrol. Saberlo antes que nadie le devolvería, al menos, cierta dignidad que él mismo se había permitido perder tras las agujas compulsivas de su vicio.

Las autoridades del Hospital Gregorio Marañón nunca habían vivido una situación semejante. Les resultó inevitable —a partir de los firmes consejos de la Guardia Civil— rodear de vallas el hospital y frenar de ese modo la turba de periodistas que intentaban escabullirse por los pasillos en busca de una declaración imposible del agonizante Bartolomé Pardo. Luego de las contradictorias noticias que regaron los medios, nadie pudo resistirse a buscar la opinión del padre de la torera y, al rastrearlo en un hospital con un parte médico más que delicado, el morbo se multiplicó.

En tanto, en terapia intensiva, Don Bartolomé había retomado el movimiento de su ceja izquierda infructuosamente porque nadie entendía el ci-

frado mensaje que encerraba su mecánico movimiento. Nadie salvo Gonzalo que había logrado ingresar al hospital como un agente de limpieza. Mateo le había pasado el dato, que ya era de conocimiento público, pero se había negado a acompañarlo.

El rendimiento que le estaba ofreciendo a Gonzalo su uniforme verde flúo parecía infinito. Enfermeras y médicos estaban tan arrebatados por contener a la prensa y por los hechos que, de alguna manera, los ponían —a algunos por primera vez en su vida— en la mira de los medios que descuidaban el control de la sala donde estaba ingresado Bartolomé Pardo.

Gonzalo aprovechó todas las circunstancias y mirando fijo al anciano postrado, notó lo de la ceja.

—Si me escucha, muévala dos veces seguidas y luego, deténgase —le ordenó.

Bartolomé Pardo le entendía perfectamente y le obedeció.

—Si quiere que lo saque de acá. No mueva nada.

Bartolomé se quedó quieto. El respirador le había sido retirado horas antes y, si bien su estado era muy crítico, podía respirar por sus propios medios.

Gonzalo, entonces, se aseguró de trabar las puertas de la sala y sacó de su bolso un uniforme parecido al suyo. Vistió con lentitud y no sin dificultad al anciano que parecía que no iba a sobrevivir el momento. Pero lo hizo.

—No se crea que hago todo esto por nada.

Bartolomé movió cinco veces la ceja. Parecía alarmado.

—¿Podrá escribir? —quiso saber Gonzalo.

Bartolomé volvió a mover la ceja, esta vez lo hizo ocho veces.

—Venga, hombre. No pierda energías con la ceja. Deme la mano.

Bartolomé no podía moverla y, al notarlo, Gonzalo le extendió un lápiz y una servilleta de papel que tomó de la mesita junto a la cama.

—¿Quién dejó embarazada a su hija?

Bartolomé Pardo debería ser el único español que no había escuchado a través de la televisión a los numerosos locutores que repitieron sin cesar el comunicado de la torera y la noticia no hizo más que empeorar su estado.

Su cuerpo comenzó a sacudirse y Gonzalo fue testigo de uno de los ataques más estrafalarios que Don Bartolomé vivió a lo largo de su vida. Estuvo a punto de irse y dejarlo ahí tirado, pero se sentía responsable. Si había ido a recuperar algo de su dignidad, no podía abandonar al viejo en ese estado. Lo volvió a meter en la cama, aunque el hombre no podía parar de convulsionarse, y luego apretó todos los botones que vio para llamar a las enfermeras. Incluso se animó a salir al pasillo.

—¡¡¡Ey!!! Aquí hay un hombre muriéndose —gritó, pero nadie lo escuchó. Estaban todos demasiado ocupados esquivando periodistas.

Gonzalo se acercó a la cama del viejo y le tomó la mano. El hombre parecía volver a su precaria normalidad.

—¿Se siente mejor?

Bartolomé movió la ceja.

—Eso debe querer decir que sí. Igual quédese quieto un ratito.

Bartolomé movió la ceja de nuevo.

—No, hombre, quédese quieto que recién casi... nada, nada.

Bartolomé lo miró y parecía que iba a llorar.

—Disculpe, no sabía que no tenía idea de lo de América. Pero no se preocupe, decidió no tenerlo.

Bartolomé Pardo no movió la ceja y no fue por obedecerle a Gonzalo. Acababa de entrar en un coma profundo.

—¿Y a ti qué coño te importa saber quién la embarazó?

—Es una historia larga —le contestó Gonzalo, algo avergonzado ante la incriminación de Mateo que parecía completamente fuera de sí.

—Y casi matas al viejo. ¿Por qué no me cuentas tu historia a ver si consigo entenderte?

—Tú sabes una parte. La foto, la basura de su casa. Allí encontré el test de embarazo... Bueno que cuando te llamé aquel día se me ocurrió escribir una historia y venderla, y no te encontré pero me topé con Anna. Ya sabes el resto.

—Tú y tus historias. ¿Y para qué quieres saberlo ahora? ¿Qué más te da? —le preguntó Mateo intuyendo la posibilidad de ser descubierto.

—Es que nunca empiezo bien lo que termino. Quería saberlo sólo para mí. Para tener la sensación

de que había empezado algo y había llegado al final. Igual luego lo escribo pero no me quiero inventar el desenlace.

—Ya veo. ¿Te tranquilizaría saber que he sido yo? —le preguntó Mateo mientras se lo confesaba con una mezcla de orgullo y nada.

—¿Tú qué?

—Hace dos años que me veo con América Pardo. Sé que no hay ningún otro hombre en su vida.

—¡Tú! Joder, tío. ¿Y qué haces que no vas a buscarla? Debe estar pasándola fatal.

—No lo creo.

—No soportas que se lo haya montado sola, sin ti. Eso es lo que siempre te ha jodido, que haya gente que puede pasar de todo. Y en particular de ti.

—Déjalo ya. ¿Y ahora, que sabes el final, en qué te cambia la vida?

—Pues no lo sé —contestó Gonzalo completamente sincero—. Quieres que te diga una cosa...

—Dime —le contestó Mateo, y en su voz no detectaba ninguna emoción.

—Ahora que sé que has sido tú, para mí la historia recién empieza.

—Esto no es un cuento, macho. Es la vida. No está tan claro dónde está el comienzo y dónde, el final. Es un puto rollo. Feo, absurdo, inútil.

—Ya lo sé.

Se produjo entre los dos un silencio incómodo. El aire tenso que respiraban delataba que ninguno de ellos tenía claro cómo continuar con sus vidas. Ya no era una cuestión de finales, sino simplemente de cómo seguir, de encontrar un sentido.

—Venga, Mateo. Salgamos —dijo por fin Gonzalo—. Quiero llevarte a un sitio. Estoy con la moto.

Mateo cogió su chaqueta y deseó profundamente que Gonzalo lo llevara a donde él imaginaba. Allí donde podrían encontrar aquello que no les hiciera preocupar ni de principios ni de finales, aquello que ambos intentaban abandonar —a veces convencidos, a veces, no— pero todavía no lo conseguían.

En la moto el viento les golpeaba el cuerpo y las venas les latían con una intensidad que se delataba en la cara.

10

Amanda Rosales tomaba su tercer gin tonic de Bombay Sapphire en el bar del Dorchester Hotel mientras esperaba que América Pardo apareciera. Una melodía proveniente de la FM inglesa sintonizada en el lugar le resultó dolorosamente familiar. No había dudas. Era la voz de Roque Luna que modulaba una de sus más famosas baladas. Su voz en español, con el inconfundible acento porteño; su corte seco, casi ahogado pero armónico e infinitamente dulce y suave, ejercieron sobre Amanda un efecto hipnótico. Una superposición de imágenes armó un cóctel potente y devastador en su cabeza: su adolescencia en La Habana, el orgasmo inconcluso entrelazada en el cuerpo ausente de Roque, las peleas de sus padres, la foto tomada en Barajas, la entropiada de Roque, la voz aireada de Bartolomé Pardo, el comunicado traidor de América y el rostro de Roque saludándola con una vaga promesa en Victoria Station. Ese último gesto volvía una y otra vez en ese remolino insensato de imágenes, como invitándola a averiguar definitivamente si había algo más detrás de él que la desdibujada promesa de un encuentro futuro.

Amanda pagó su consumición y se levantó co-

mo una autómatas. Sabía que Roque estaba en los míticos estudios Abbey Road en la primera sesión de la grabación de su disco solidario. Podía redactar su reportaje sobre América sin entrevistarla. Sabía palabra por palabra lo que tenía que escribir. Si se quedaba allí, esperándola, era más para molestarla que para sacarle información.

Pero no podía estar segura de qué le sucedía a Roque Luna con ella —si es que le sucedía algo— si no intentaba averiguarlo directamente. Iba a hacer lo que tenía que hacer. Por eso dejó el bar del Dorchester Hotel y encaró la calle sin sombra de dudas sobre su próxima parada. La certeza se mezcló con el agobio y el temor sobre lo que sus próximos pasos podrían revelarles. Fascinada por un póster de su adolescencia que había cobrado vida en el vagón de un tren, se sintió por primera vez enamorada y actuó con la insensatez y desmesura propia del arrebatado palpitar de un sentimiento sin el cual, en ese instante lo supo, todo carecía de sentido.

Casi lo pierde. Es decir, cuando Amanda Rosales llegó a los estudios Abbey Road montada en un taxi, Roque Luna estaba prácticamente doblando la esquina. O había terminado la grabación o la había abandonado.

En un primer momento Amanda no lo vio pero el estrépito que provocó un niño que andaba en patineta al caerse a pocos metros de Roque, hizo

que Amanda mirara hacia allí y lo descubriera justo cuando desaparecía por la calle transversal.

No tuvo más remedio que echarse a correr pero al segundo se sintió patética. Entonces se detuvo y apuró el paso con discreción. Su velocidad, sin embargo, no era suficiente para alcanzar a Roque. Se le escabullía. Sin que se diera cuenta la boca se le abrió.

—Roque —gritó, para enseguida volver a repetir su nombre, esta vez con más fuerza y urgencia en el tono.

Roque se detuvo en seco y se dio vuelta, sonriéndole. Había reconocido su voz en esas únicas dos sílabas que delataban su inconfundible acento caribeño. Corrió hacia ella y la abrazó. Amanda le respondió, abrazándolo a su vez, sin saber a qué se debía esa demostración de cariño. Pero no era cariño, era euforia. Una alegría desbordante basada en la vanidad pero también en el desconcierto.

—¿No sabés lo que me está pasando? Es alucinante.

Amanda no tenía la menor idea. Sus cuerpos se separaron y quedaron frente a frente. Ella pudo ver la alegría pegada a su mirada y se olvidó de todo lo que tenía que preguntarle. Ejerció el derroche generoso que suele provocar el amor y se interesó por lo que le sucedía a él, olvidándose de ella.

Roque no tuvo ningún inconveniente en contárselo todo. Igual pensaba hacerlo aunque Amanda no se lo hubiese preguntado. Lo que ocurría, según Roque, tenía las características de un milagro

y la causante no había sido otra que la torera América Pardo.

—Todo es por la *mother fucker* de la Pardo. La muy turra ni se lo imagina —empezó a contarle.

Desde que se había conocido el comunicado en el que involucró a Roque Luna en una oscura operación de chantaje, en el que se mezclaba una intriga de amor, aborto y mentiras, el despliegue de los medios globales consiguió que la noticia se difundiera incluso en la Argentina. El resultado fue que, en pocas horas, todas las disquerías del país agotaron las reservas de sus compactos, aun las de las primeras grabaciones, que habían pasado totalmente inadvertidas en su momento. Su agente lo había llamado exultante, diciéndole que había cancelado su contrato para el disco a favor de la despenalización de las drogas, que los medios estaban locos por entrevistarle y que su viejo sello le hacía una oferta millonaria para que en seis meses editara un nuevo disco con los temas que él quisiera. La única condición que ponían era que hubiese uno dedicado claramente a la torera.

—Y ese tema ya lo tengo. Yeahh... Se me ocurrió apenas la vi. Se llama *Terrorífica y bella*.

Amanda lo escuchaba mientras su cabeza procesaba a una velocidad inusitada las palabras que escuchaba. Esa suerte inesperada haría que se fuera de Londres, que volviera a Buenos Aires, que se alejara de ella, interrumpiendo así, cualquier posibilidad de relacionarse. Se sentía una imbécil parada en la calle, clavada junto a Roque mientras los esquivaban transeúntes y él le con-

taba la mejor noticia de su vida, la causa que lo alegraría de ella.

Roque no paraba de darle detalles. Que la canción sobre la torera, que la grabación en los mejores estudios de Miami, que él prefería hacerlo todo en Buenos Aires, que ya verían los que lo daban por arruinado, viejo y vencido, etcétera, etcétera. Pero en un momento se dio cuenta de que no debía ser ninguna casualidad que la cubana se encontrara a cinco centímetros de distancia. Entonces dejó de hablar de él y le preguntó por ella.

—¿Y vos qué hacés acá?

—Tenía muchas preguntas que hacerte pero ahora me parecen tremendas tonterías.

Roque conocía esa mirada. Había tenido la suerte de ser deseado y amado muchas veces a lo largo de su vida, tantas que no podía contarlas. No necesitó conocer las preguntas de Amanda para saber cuáles eran las respuestas que ella esperaba escuchar. ¿Y por qué no? Pensó de inmediato y casi a la vez le preguntó.

—¿Por qué no venís conmigo?

Amanda creyó desfallecer. No estaba preparada para semejante propuesta y no supo qué contestarle.

Le pedí que viniera conmigo y posiblemente en un primer momento, no me creyó. Amanda parecía esa clase de mujer intrépida que detrás de su valor guarda kilos de miedo e inseguridad. Tuve que

volver a repetírselo para sacarla de inmediato de esa especie de estado de parálisis en el que había entrado y por el que se preguntaba como una zombi *por qué, por qué, por qué*.

Aunque no le di una respuesta puntual y simplemente me limité a tomarla del brazo para llevarla conmigo, debo decir que la suya era una pregunta realmente atinada. Mientras caminábamos en silencio por la calle medio sin rumbo, rumiando en qué podrían convertirse nuestras vidas a partir de ahora, yo traté de explicarme a mí mismo mis propias razones. Desde hacía tiempo que venía sosteniendo una teoría y, si bien en su enunciación me parecía casi perfecta, nunca me había atrevido a experimentar con ella. Estaba convencido de que el amor era estrictamente una cuestión ideológica, que tenía que ver más con decisiones racionales que con arrebatos apasionados. Uno elige de quien enamorarse y seguro que eso sucede. En ese cruce de calles londinenses, súbitamente, decidí poner a prueba mi teoría y dedicarme a amar a Amanda en la nueva etapa de vida que se abría ante mí. Me gustaba la redondez imperfecta de su cuerpo, su sinuosidad al hacer el amor, la transparencia de sus pensamientos turbulentos y especialmente esa suerte de candidez romántica que parecía despertársele ante mí. Me sorprendía ese romanticismo que se le escapaba cada vez que se cruzaba conmigo aunque pretendiera mantener unos imperturbables rasgos de dureza. Y, básicamente, estaba convencido de que se habían acabado tanto mis días solitarios como aquéllos de desbordantes y efímeras pasiones.

Con Amanda, quizá, podríamos construir una relación a nuestra medida, hacer un pacto o una alianza estratégica en lugar de entregarnos a la deriva de los sentimientos impulsivos, que nos van destruyendo al ritmo de sus desbordes. Ella ya me había elegido, seguramente por otras razones diferentes de las mías. Ahora yo decidía corresponderla por mis propias razones. Me detuve y ella me imitó, nos miramos largamente, estudiándonos mutuamente las caras. Nos sonreímos con tibieza y en esas risas sobrias creí que empezábamos a sellar nuestro pacto de amor.

Día 4, 5.15 am

Esperaba encontrarse con cualquier cosa, menos con lo que se encontró. Ejércitos de periodistas montando guardia en cada rincón en el que pudiera aparecer. Hombres y mujeres acusándola por el descaro de sus dichos y de sus acciones, fans defendiéndola a muerte. Voces de todo tipo y grosor opinando como en un rumiante sinfín sobre sus derechos y deberes. Todo menos eso. Su padre a punto de morir, en un coma agudo e irreversible.

América Pardo llegó a Madrid desde Londres en una avioneta privada que aterrizó en Barajas pilotada por un inglés que no tenía ni idea de quién era la mujer a la que trasladaba. América se bajó y se despidió del piloto con amabilidad, estrechándole la mano con una fuerza tal que el hombre tuvo que reprimir un respingo. Le pareció que le había quebrado algún dedo.

América siguió su camino y, con su pequeño bolso a cuestas, atravesó la pista a pie y en grandes pasos, cuando todavía no había amanecido, en el momento preciso en el que el cielo tiene ese extraño color de la noche que comienza a convertirse en día. Nadie reparó en ella ni parecía estar pendiente de su aparición.

Cuando por fin se subió a su Rover, encendió la radio y, mientras elegía un CD para que la acompañara en su trayecto por la M-30, un noticiero trasnochado la puso al tanto de la precaria salud de su padre. Ahora entendía el vacío y el silencio del aeropuerto. Cualquiera que la conociese podía suponer que, luego de enterarse de lo que sucedía, su cuerpo no podía tener ningún otro destino que el de ir en busca de su padre.

No se equivocaban porque así lo hizo.

Puso primera y luego levantó su auto por la autopista, todavía desierta, a más de doscientos. No pudo llorar. Una única idea machacaba su cabeza: llegar al hospital antes de que su padre muriera. Estaba convencida de que había comenzado ya la cuenta regresiva pero ella no sabía por qué número iba. No estaba segura de que él quisiera esperarla para morir. A lo mejor elegía dejar este mundo sin mirarla, como había hecho el resto de su vida. Le temblaban las manos y tiritaba entera ante la simple idea de encontrar muerto a ese hombre querido. Sin ojos, sin mirada, sin aliento. Tuvo que hacer esfuerzos para no desvanecerse. La idea de quedar nuevamente huérfana le resultaba insoportable. Quería salirse de su cuerpo y dejar de sentir ese dolor todavía prematuro. Nunca antes se había dado cuenta de lo sola que podía sentirse si volteaba hacia atrás y no había nadie. Sólo la historia mal contada de su vida que, en ese marco, perdía todo su valor. Ni la bravura ante los toros, ni su carrera impecable, ni los vómitos contestatarios, ni lo que acababa de hacer, ni su frágil amor por Mateo.

Apuró más su Rover.

No podía detener la muerte, pero sí podía intentar llegar antes que ella.

—Papá.

América se sentó sobre la cama y le acarició la cabeza. No parecía el mismo hombre que siempre había conocido. Ni en sus más comprometidos ataques lo había visto tan pequeño, indefenso y capaz de despertar compasión.

Deslizó su mano por la mejilla húmeda de su padre que transpiraba a causa de la energía que tenía que emplear para respirar. América le secó la piel con la palma de la mano y luego la refregó sobre su pantalón.

Había pedido que la dejaran sola. Los médicos y las enfermeras respetaron su voluntad y no lo hicieron porque ella fuese la famosa torera. Sabían de la inminencia de la muerte de Bartolomé Pardo. Dejar a sus pacientes con sus más queridos era lo que acostumbraban cuando eso ocurría. Y estaba sucediendo.

—Papá —volvió a decir América en vano. Su padre ya no podía escucharla. América apoyó con suavidad su cabeza sobre el pecho de Bartolomé. Necesitaba escuchar los latidos de su corazón, por más débiles que fueran, reconocer su pobre conexión con la vida.

Ahora sólo quería acurrucarse y volver a ser una nena, tener toda la vida por delante y que él tam-

bién la tuviera. A lo mejor si hubiesen empezado todo de otro modo, podrían haberse evitado tanta infelicidad. De todas maneras, América no tenía idea de qué otra cosa podría haber hecho para complacer a su padre.

En el medio del pecho de Bartolomé se hizo silencio y América se incorporó, aterrada ante lo que esa falta de sonido podía significar. Los ojos abiertos de su padre la miraron como nunca, con un brillo que mezclaba amor y aprobación y despedida. América sonrió a esa mirada deseada durante tantos años y esperó que se sostuviera. Un bienestar repentino y breve se apoderó de ella. Desde el pasillo, una enfermera que nunca había dejado de prestar atención, se acercó a la cama.

—Ya está —le dijo a América, mientras con el pulgar y el índice derechos cerraba los ojos de Don Bartolomé Pardo.

No fue a ninguna parte con él. Sabía que no podía haberlo seducido con su grito desesperado, llamándolo en el medio de la calle ni con el polvo triste y temeroso del tren. Su propuesta era descabellada, absurda, rastrera. Pero verlo y escucharlo pedirle que la acompañara a su ciudad en el fin del mundo le hicieron ver las cosas con una claridad de la que nunca antes había disfrutado. Le pareció patético su entusiasmo, esa alegría mezquina por la grabación de un disco. Como si a esa altura de su vida creyese que esas cosas pueden, realmente,

cambiarle el rumbo a alguien y hacerlo feliz. Como si la vida fuese un disco.

Roque Luna era un imbécil. Seguía enamorada del póster. El modelo en vivo era un invento suyo, al que había dotado de todas las cualidades que necesitaba para amar.

Amanda Rosales pudo ver en Roque Luna la fotografía imperfecta de un vencido sin agallas, moviéndose como una boya al compás de una brisa ajena. Ni él sabía lo que quería. Y peor aún, le parecía que quería lo primero que se presentaba, sin ser capaz de llevar adelante por sí mismo aquellas cosas en las que alguna vez había creído y en las que seguramente creía, pero consideraba muy por encima de sus posibilidades. Una mezcla de vencido con haragán carente de astucia.

Si no hubiese sido por el extraño golpe de suerte que implicaron las traidoras declaraciones de América Pardo, Roque Luna ahora estaría grabando sin la menor convicción un disquito sospechoso contra la despenalización de las drogas, cuando en realidad lo que hacía era cubrir con su voz el acuerdo entre la discográfica y el cartel caribeño.

Amanda Rosales también sabía que estaba a segundos de convertirse en una mujer sin agallas, arrastrada por los vientos del destino, sin capacidad para timonear su vida. La versión femenina de todo lo que la alejaba ahora de ese hombre. Entonces fue cuando le dijo que no a Roque Luna, que de ninguna manera se iría con él y esa fue la única respuesta que le dio. A él pareció no importarle. Lo vio andar unos pasos por la calle y detener a una rubia,

joven y llamativa, con la que luego se subió a un taxi. Quizás ella sí había aceptado la invitación a Buenos Aires.

Sin embargo, Amanda estaba agradecida porque ahora haría exactamente lo que quería, lo que había postergado durante años en nombre del miedo, la falta de dinero, la carencia de coraje, el empuje irresistible de una voraz iniciativa.

Gracias a esos segundos clave en las calles de Londres ahora se encontraba con una pequeña maleta caminando, finalmente, por el malecón habanero. Veía con gusto las casas desmanteladas de pintura, algunas en pleno proceso de restauración. La ciudad inundada de bicicletas y de compatriotas que pegaban alaridos para comunicarse. Fue tocar la calle, acercarse al mar, escuchar rugir las olas golpeando contra las piedras y sentirse, por fin, en casa.

Había mandado por correo electrónico desde Londres al *Miami Sun*, una larga nota sobre América Pardo contando toda la verdad. Desde el exacto momento en que la conoció. Su oferta a Roque, el embaucamiento del que fue víctima, cómo leyéndole los labios conoció su plan, su deseo solidario de protegerla y, finalmente, la traición. Terminaba la nota con una reflexión sobre el perdón. A pesar de todo, Amanda perdonaba a la torera. Sin las sinuosidades de su vida ni las perturbaciones de su cerebro, probablemente ella hubiese demorado más en volver al lugar del que nunca debió haberse ido.

Ahora se dirigía al Hotel Nacional, en cuya

puerta se amontonaban una cantidad de coches particulares en busca de turistas con dólares o de cubanos con plata. Contrataría a uno para que la llevase a La Víbora, a su barrio de la infancia, al encuentro tan postergado con el único hombre de su vida, su padre.

Lloraba sobre el mantel de hule de la mesa en el precario comedor en el que reconocía cada mueble pero no a las personas que la rodeaban. Estaba en la casa de su padre. Acababan de entregarle una carta, un texto escrito ya hacía muchos años, más de quince, exactamente dos días antes de que su padre muriera. Porque el padre de Amanda había muerto de pena por la partida de su hija y había dejado encargado a un viejo amigo de la cuadra, tanto su casa como la respuesta a los llamados periódicos que seguramente haría su Amanda a medida que fuera creciendo. Por eso el laconismo en las respuestas. El viejo vecino temía ser descubierto pero no quería faltar a la palabra que había dado al padre de Amanda antes de morir.

En esa carta póstuma, le declaró todo el amor que sentía por ella, la imposibilidad de congeniar con su madre y su férrea creencia en la revolución. Todo eso le impedía cruzar el mar para buscarla. Había sido abandonado por la mujer que quería, le habían arrebatado su adorado retoño y no podía remontar el océano porque eso era traicionar a la revolución por la que también había luchado. Cómo buscarla y en-

contrarla eran la verdadera razón de su existencia, la vida le duró poco luego de su que su hija lo dejara. Su ausencia fue la verdadera revolución, la causa por la que entregó hasta su último pensamiento. Estaba atrapado por dos amores y por dos deberes. Y en esa pinza mortal se quedó paralizado hasta que se fue apagando y se sintió morir. No quería que su hija lo supiese, no pretendía agregar dolor al dolor de su destierro, porque él sabía que la carne de su carne sufriría. Si alguna vez esa carta llegaba a sus manos, era porque no se había equivocado, porque ella había decidido volver. La carta estaría allí para recibirla y para decirle todo lo que no había podido cuando Amanda todavía era una nena. Confiaba que la adulta en la que iba a convertirse tendría el valor para afrontar la realidad y quedarse en la ciudad de la que nunca debieron haberla arrebatado.

Amanda apoyó un crisantemo blanco sobre la tumba de su padre, enterrado en el cementerio del Vedado. Sabía que a él le gustaban las margaritas amarillas pero esas flores fueron las únicas que encontró a la venta ese mediodía. Una foto algo ajada se posaba, torcida, sobre la parte superior de la lápida, enmarcando en un metal que parecía plata, el rostro de su padre joven, tal como ella lo recordaba. Esa visita, lo sabía, iba a convertirse en un ritual. Una vez a la semana visitaría su tumba, la limpiaría, depositaría una flor y hablaría con él, se pondría al día de todos esos años.

Su padre no se había equivocado. Amanda había llegado para quedarse.

Antes de volver a su casa de La Víbora, decidió dar unas vueltas por su ciudad que ahora le parecía una sombra de aquella que había dejado. Tomó recto por Veintitrés hasta el Malecón, giró a la derecha y subió caminando despacio por entre las recovas, hasta Centro Habana. Volvió a torcer a la derecha, esta vez completamente desatenta al rugido del mar, a las bicicletas, a las exóticas motos con sidecards, a los transeúntes que se protegían del sol con el periódico *Granma*. En cambio descubrió con sorpresa un graffiti que decía “hasta la victoria siempre” y pensó que en todas partes hay cosas que nunca cambian. El cruce con estas palabras la envolvió en su querido mantra y las repitió mientras se iba internando en las calles del barrio que, en su recuerdo de niña, habían sido el refugio pendenciero de la ciudad. Lo seguía siendo, pero Amanda no le tenía miedo a nada. Caminó entre muchachos que la miraban atravesados, entre jóvenes que se le acercaban para venderle desde drogas hasta habanos falsos, entre viejas que le gritaban *puta*, entre cuadras de hostilidad y mugre. Su propia ciudad le pareció pintoresca y el peligro se transformó en gracia. Pero en una gracia triste. Tuvo curiosidad por volver a recorrer el barrio chino y hacia allí se dirigió. Cuando llegó al cruce de Zanja y Cuchillo, ya empezó a divisar los rostros inconfundibles de los chinos. No había ni un solo joven. Todos tenían más de sesenta años. El barrio parecía en extinción. Sin em-

bargo, la puerta abierta de una casa llamó su atención. No pudo evitar entrar. Tras un largo y sinuoso pasillo dio con una habitación donde dos ancianos fumaban una pipa compartida, tendidos sobre unos catres medio desvencijados. No repararon en ella más que para convidarle una calada. Amanda no lo dudó, se recostó junto a uno de los viejos y se quedó allí hasta que perdió la conciencia y se sintió leve y feliz por primera vez en muchos días.

Cuando volvió a la vieja casa de La Víbora el efecto del opio todavía le flotaba en la cabeza. Recorrió la casa pausadamente: los dos cuartos, el pequeño jardín, el porche con los sillones de mimbre, los jazmines, la cocina y el baño mustios. Había mucho por hacer. No le importaba. Tenía mucho tiempo. Paradójicamente el dinero del *Miami Sun* la ayudaría a montarse un pasar agradable en La Habana. Su pasado había venido a buscarla de tanto que lo había hostigado. Ahora estaba allí para convertirlo en puro presente, en puro futuro. Pasara lo que pasase en su país no se creía capaz de soportar los continuos desgarros del exilio. Había llegado a su sitio y de allí nada la movería.

Se sentó en uno de los sillones de mimbre. La calle estaba vacía. Encendió el último cigarrillo negro que le quedaba, era un Ducados que había comprado en Madrid. A partir de mañana, fumaría habanos comprados en la calle. Había llegado. Estaba

cumpliendo su sueño y se sintió excesivamente intranquila. Pero entendió que de eso se trataba la vida. De alcanzar los sueños y volar luego a su diáfana y perturbadora altura.

Leslie resultó ser una chica agradable y despierta. Yo no podía llegar solo a Buenos Aires. Es decir, sin mujer. Leslie, inglesa de Brighton, rubia verdadera, pero sobre todo rubia; joven —creo que me dijo que tenía veintidós—, desocupada, bastante inculta, autoproclamada laborista, libre e inconsciente, era lo mejor que podía pasarme. *Blonde and beautiful*.

El intento con la cubana no había estado a mi altura y por suerte se negó a acompañarme. ¿Qué hubiese podido hacer con una mina como ésa? *No way*. Tan complicada, romántica e inestable. Por más que siguiera con mi apuesta al amor ideológico, no quería rollos con una mujer que en un segundo parecía amarme y que, al siguiente me despreciaba. No estaba en condiciones de trabajar mucho ni de convencer a nadie de nada. Necesitaba alguien que no me complicara la vida, que me respetara, que siguiese mi tren sin muchas vueltas. Sabía que me estaba poniendo viejo y quería elegir para esa parte de mi vida —al menos para el primer tramo, probablemente el más difícil— una buena compañía: un adorno adecuado con quien moverme por el mundo, compartir las trastiendas

de mi nueva tanda de conciertos, alguien que me organizara la casa y que me acompañara cada noche fuera a donde fuese y me metiera lo que me metiese, sin protestar ni criticarme, ni mucho menos pretender cambiarme. Francamente, me sentía muy contento con la persona que era. Estaba feliz por haber conseguido abandonar el mamarracho ese del disco a beneficio y poder retomar mi carrera como autor, escribiendo exactamente lo que quería.

La verdad es que no me preocupaban los motivos por los que habían vuelto a confiar en mí. A mi edad, sabía apreciar un golpe de suerte y también sabía aprovecharlo. No tenía sentido que me pusiera a analizarlo demasiado ni a considerarlo éticamente. Después de todo, la torera había pretendido alquilarme como adorno y yo me había prestado por muy nobles motivos que no tenían que ver con el dinero. Estaba claro que la nobleza no podía traer nada bueno a cambio. Al menos, nada de lo que se considera bueno en estos tiempos: fama, dinero, cierto nivel de vida, inserción en los medios y en el mercado, reconocimiento público. Ni la bondad, ni el talento, ni la necesidad de redención, podrían llevarme a las cúspides de las olas contemporáneas. *Disgusting*. La prueba más contundente era que yo volvía a ser considerado como alguien valioso y respetable luego de haber sido víctima de una traición y de haber estado aparentemente involucrado en ella. La *mother fucker* de América Pardo me había demostrado definitivamente dónde estaban puestos los valores y la vida insistía en confirmarme que

era verdad. *Oh, yeahh*. En efecto, era una mujer terrorífica y bella.

Nunca estaré lo suficientemente agradecido a la torera y jamás olvidaré su beso húmedo ni su mano en mi pierna, tampoco el polvo triste y la paja de emergencia. Esos gestos impúdicos dieron vuelta mi vida y me pusieron otra vez en el camino. Al menos, en una pista. Si ahora estuviera en su ruedo y pudiera verla enfrentándose a sus toros, aunque se equivocara en cada movimiento, yo le gritaría *ole*. Y con esa palabra cerraría mi eterno agradecimiento a su desconcertante vileza.

Le sugirieron que cancelase la corrida. Después de todo tenía que ser un gran día para ella y luego de lo que había sucedido, no parecía un momento oportuno para tomar la alternativa. América Pardo se negó y por eso estaba ahora terminando de vestirse con su traje de luces para el segundo toro de la tarde.

El tendido estaba prácticamente vacío. Si bien las entradas estaban agotadas desde hacía varias semanas, sólo unos cincuenta aficionados habían concurrido a la cita. Era el silencioso castigo que le dedicaban por lo que había hecho y por atreverse a torear cuando debería estar de duelo.

Pero América sabía que si no lo encaraba ese mismo día ya lo dejaría para siempre.

Cuando tomó la decisión, primero pensó que

se lo debía a su padre. Él había vivido para presenciar ese momento. Error. Sobre el final pareció abandonarse a sus escasas fuerzas. Luego quiso convenirse de que se lo debía a sus fans. Nuevo error. Estaba claro que ellos no se lo merecían, que la habían abandonado cuando más necesitaba el fragor de sus gritos, sus hombros para llevarla en andas, sus pañuelos para cortar orejas, su aprobación para convertirla en la matadora que cada vez le reclamaban que fuera. De tanto equivocarse, pudo llegar a una conclusión probablemente más próxima a la verdad. Se lo debía a ella misma. A nadie más. No había sido otro sino su cuerpo el que se había prestado al fatigoso emprendimiento de esa difícil carrera. Doblemente dura porque con ella esperaba conquistar la mirada de su padre y seducir a los aficionados por alguna otra razón que trascendiese la curiosidad que despertaba que ella fuese una mujer. Guapa, joven, brava y valiente, por si el hecho de querer enfrentarse a los toros resultase ya poco.

De modo que sí merecía tomar la alternativa. Y ese día, el que ella había elegido. Ningún otro. Era su recompensa por el trayecto que había recorrido, por el casi niño que se había quitado, por el padre que horas antes había muerto entregándole esa mirada que, junto con su vientre ahora sin rastros de fecundidad, ya la liberaban y le permitían pensar simplemente en lo que ella, y nadie más que ella, deseaba. Y América deseaba esto: matar a su segundo toro sin vomitar y sin que, por esa vez —aunque más no fuere—, no le temblase la espa-

da a causa de su mano vacilante y trémula. No lo había logrado con el primer toro que le tocó en suerte. Sin embargo, el vómito se le soltó sobre el animal mismo, cuando le estaba dando la última estocada. Estaba segura de que nadie lo había notado y que cuando el toro fue arrastrado por los bueyes, su vómito se confundió con los finos granos de arena. Así debía ser. Así debió haber sido siempre. Soltarlo como un escupitajo en vez de ocultarlo como una vergüenza.

Ahora Amparo Ugás, la veterana torera del Perú que había despertado ovaciones desde México hasta Madrid pasando por Nimes y de quien tomaría la alternativa, era su única y silenciosa aliada. América Pardo ya estaba lista para encarar a su último toro y convertirse, por fin, en matadora.

Le brillaba todo. El traje, la ambición, los ojos, el dolor de su padre muerto, la añoranza de su amor no correspondido. Le brillaba el pelo y la ansiedad. Iba a entrar a matar. Tenía que concentrarse. Le pesó el silencio de la plaza y ver el tendido casi vacío. Mucho más que la primera vez. La angustia comenzó, inoportuna, a golpearla en el pecho y sólo su orgullo la mantuvo en pie.

Ya tenía la espada en la mano y las banderillas estaban clavadas en el lomo del animal que cabeceaba pero que parecía mantener su vigor.

América Pardo hizo una de sus clásicas suertes con la muleta en el mismo instante que la sangre

manchó la arena. Retrocedió dos pasos y agachó la cabeza. El toro no la había tocado. Era su propio cuerpo el que había decidido estallar por sí solo. Sus ojos vieron la sangre chorrearle entre las piernas y llegar, gota a gota, al suelo.

Ahora sí, el toro se le venía encima y cuando levantó la vista, abrumada por su propia sangre, parecía que ya era tarde, que el animal se la iba a montar por el hombro. Pero allí estaba Amparo Ugás para protegerla. Con la ayuda de los banderilleros, dominó al animal e hizo sacar a América de la arena.

Dos enfermeros la pusieron en una camilla y en ese momento escuchó el primer rumor de la tarde. Un rugido que clamaba muerte. No se lo merecían. Apenas perdió de vista al público, ordenó que la bajasen.

—Déjenme. Estoy bien —bramó y nadie se atrevió a contradecirla.

La sangre, ahora, le manchaba, completo, el pantalón. No le dio importancia, a pesar del desgarrro que sentía en su vientre y que le subía, impotente, al pecho y a la garganta.

Se puso un abrigo y salió de la plaza dejando un hilo de sangre tras su paso firme e inequívoco.

Afuera, entre asustado y eufórico, la esperaba Mateo, secundado por Gonzalo, con una canasta de claveles blancos. Gonzalo lo había convencido de buscar flores en vez de agujas. Quiso alzarla, hacerse cargo de ese cuerpo que se desangraba. Él sabía que también era por su causa.

América Pardo lo apartó con decisión y ni si-

quiera recogió una de las flores que, estúpida-mente, Mateo le ofrecía. Se subió a su auto y se fundió en el tráfico de esa soleada y sangrienta tarde madrileña.

Adiós,
9 maneras de decirlo

Para Alessandro

*Pero ellos y yo sabemos
que el cielo tiene el color de la infancia muerta.*

ALEJANDRA PIZARNIK

Uno

"Es ahora que empezamos a quererte."

Eso fue. La pesadez de la separación. La sensación de rechazo que volvía. Una escena dolorosa y repetida. Otra vez expulsada. Allí estaban los dos, los mismos del principio. Mi madre y mi padre. Esta vez treinta y un años después. Después del grito que dio cuenta de mi vida. Después que rechazaran la evidencia de una hija.

Ellos, ancianos, yo aferrada a una juventud que me estaba abandonando y que pretendía esconder a través de una peluca rubia, lacia y larga hasta más allá de la mitad de la espalda, completamente inadecuada. A eso sumé una base espesa y oscura sobre el rostro que no hacía más que enfatizar lo que ya no había: ni frescura ni ingenuidad.

Estábamos sentados frente a frente —ellos uno junto al otro, claro— a la mesa del bar del aeropuerto Cristóforo Colombo. Entre nosotros, testigo de los gestos y sonidos de toda esa intimidad —que su presencia transformaba en impúdica—, más exactamente sentado junto a mí pero un poco distanciado del triángulo, se encontraba mi marido, un hombre que conocía poco y con quien me había casado el día anterior en una ceremonia íntima junto al mar Tirreno.

El colmo de mi vanidad se desmoronaba en esa mesa. Mis padres insistían con que me fuera antes de que atravesaran la última puerta de embarque a la vez que rechazaban toda propuesta de venir a vivir cerca de mí. Yo, esa cosa molesta.

—Nunca le impedí que se fuera de Buenos Aires —le dijo mi padre, que acababa de festejar los setenta, a él—. Jamás le pedí nada, faltaba más. Son tantos años de estar separados.

Y fue aún más preciso.

—Ahora no puede decirme “vení” y llorar así, haciéndose la desgraciada. No es lógico. Toda una vida —afirmó y enseguida hizo un chasquido con la lengua.

Mi marido asintió con la cabeza. Quizá lo escuchaba.

Mi madre guardó silencio y con un gesto le pidió al mozo su cuarto Martini —mientras yo seguía el cuadro con la vista clavada en el mar que asomaba tras los ventanales que también nos reflejaban— y se puso a escribirme una especie de carta en una servilleta del bar, pequeña y blanca. Lo hizo con una birome que manoteó de su bolso. Escribió hasta donde le alcanzó el papel. Dudé de la sinceridad de unas palabras escritas con la medida miserable de ese espacio cuadrado y chiquito y no con el pulso borracho de los sentimientos, quizá más breves, quizá más largos. ¿Pero cómo saberlo en esa situación? La carta decía algo así como que no creyese que ahora que yo me había casado ellos se iban a desentender de mí, enfatizaba que sucedería todo lo contrario. Como si quisiese decirme: “es ahora que

empezamos a quererte”. La idea me espantaba con una violencia que no llegué a manifestar. En ese instante me sentí una verdadera desgraciada. Parecía evidente que, al menos para mi madre, había que llenar algún papel, como si todo se tratase de un trámite improvisado, una especie de readopción, pero de un trámite, falaz —sin duda—, al fin.

Cuando mi padre terminó de hablar, mi marido volvió a asentir con la cabeza —ahora sí parecía bastante interesado— en un gesto que interpreté, creo que sin ningún margen de error, como el sello de una alianza que sería muy difícil de sobrellevar. Para mí, por supuesto.

Pactaron mirándose entre sí y cuidando de no apoyar sus ojos sobre mí ni una sola vez. Era evidente. También insólito y despiadado. Tantos años dedicados a complacerlos no habían alcanzado y además, habían logrado poner de su parte a quien yo había elegido para mi rescate. La redención de esa ausencia continuada, el intento de un simulacro de cariño. Él, entonces y allí mismo, se convirtió en un verdadero traidor, el de mis ilusiones más urgentes, ahora secuestradas en esos tres cuerpos. Recién entonces me di cuenta de que ese hombre también podría llegar a ser tan cruel como los padres que una vez me dejaron. Mi madre pidió otro Martini —me sorprendió con qué velocidad los liquidaba.

Cuando llegó el mozo con el trago, el nuevo clan ya se intercambiaba señas ojo contra ojo, dejándome dolorosamente afuera de su campo de visión. Afuera de todo y nuevamente sola.

Cuando nací, me arrumbaron en el cuarto de mi abuela, la madre de mi madre. Mi abuela vivía en un departamentito con una especie de living con kitchennette y un único cuarto donde compartíamos una cama de plaza y media. Allí crecí con la incomodidad de vivir con una mujer ya madura que detestaba compartir su pieza y ni qué decir de la cama, aunque yo notaba sus esfuerzos por disimularlo y por querirme. Despejó dos paredes de la habitación en las que mientras fui chiquita, fue clavando primero estantes llenos de muñecos, cuentos de brujas, magos y hadas y, más tarde, juegos de mesa. Cuando fui creciendo arranqué los estantes dejando las marcas de los clavos en la pared y las tapé con posters. Me acuerdo de dos: uno gigante con el símbolo de la paz y otro más pequeño de Kurt Cobain.

Más o menos por aquella época me regaló una bicicleta con la que yo empecé a rodar por las calles del barrio a toda velocidad. Mi abuela se preocupaba por mis escapadas de modo que muchas veces la encontraba dando vueltas por el barrio tratando de encontrarme. Me pegaba cuatro gritos y después, siempre pero siempre, me abrazaba y me invitaba a tomar una Coca a un bar de borrachos que quedaba a unas cuadras de la casa. Nunca me quedó del todo claro por qué ese tugurio se llamaba “El sapo de oro”, los eructos de los clientes, verdaderos batracios, no parecían dorados.

No tenía amigas. Las primeras que hice en el colegio se burlaban de mí porque no tenía padres.

—Si no fuese por tu abuela... —me decían sin atreverse a completar la frase. Yo no sabía qué contestar pero cada vez me venían unas ganas tremendas de llorar. Y ellas se reían por mi llanto apretado. Entonces decidí no tener amigas. Me pasaba las tardes con mi abuela que, con el tiempo, empezó a aceptar mi presencia con más agrado, casi con alegría. Hasta me llevó dos veces de vacaciones. Una a Villa Giardino, en Córdoba, y otra a Merlo, en San Luis, donde había recreos para jubilados. Allí podía nadar en las piletas siempre atestadas de ancianos que sólo se atrevían a mojar los pies, chapoteando, sentados en el borde y haciendo unas olas inofensivas. A veces conseguía algún caballo y salía a dar una vuelta a toda carrera por los caminos de tierra a pesar de la protesta de mi abuela que se asustaba ante lo que parecía ser una incipiente intrepidez.

En alguno de esos viajes, conocí a un muchacho, el primero que me besó en la boca. Después del beso nunca más volví a verlo.

Sufrí unos días por su inexplicable ausencia, deseando volver a encontrarlo para repetir lo del beso, pero no apareció. Empecé a entender que a veces las personas tienen inexplicables comportamientos intermitentes.

Mi abuela vivía —y me mantenía— con la pensión que había heredado de su marido. Pero no solamente.

Desde que tuve uso de razón, recuerdo haber

recibido de mis padres un cheque por mes que alcanzaba para comida, ropa y escuela, y una tarjeta anual para Navidad deseándome buena suerte para el próximo año. Siempre se ocupaban de añadir a la tarjeta con los buenos augurios una foto actualizada de ellos. Se ve que les importaba mucho que recordara sus caras. Algo incomprensible. Nunca tuve noticias de que en cambio solicitasen alguna imagen mía. Siempre quise saber qué había sido de ellos, dónde se encontraban, pero tenía miedo de que en su ausencia se ocultase alguna verdad insoportable. Cuando cumplí los doce junté coraje y le pedí explicaciones a mi abuela que no me dio ninguna. Me dijo que no las tenía, que nada justificaba lo que habían hecho. Y me pidió que no volviera a preguntarle. Pero las cosas cambiaron cuando empecé la secundaria, había otras dos chicas que tampoco tenían padres y cuyos abuelos no les decían nada. Yo les contaba lo de los cheques y lo de las fotos pero ellas no recibían nada parecido. Un buen día una llegó con la noticia de que su padre había sido encontrado muerto. “Desaparecido”, dijo. Ese día las dos dejaron de hablarme. Empecé a acostumbrarme a que la gente se fuese de mi vida sin que yo entendiese por qué.

Lo de los cheques y las tarjetas duró hasta que mi abuela murió de un infarto cuando yo tenía diecinueve años.

Era un domingo de verano. Me había levantado temprano, me molestaba el calor y esa mañana corría un poco de fresco que yo había aprovechado para salir a andar en bicicleta. Cuando volví, ella toda-

vía no se había levantado, entonces entré en nuestra habitación y la encontré atravesada a lo largo de la cama, con los ojos abiertos clavados en la pared de mis pósters y las manos apretadas contra el pecho.

—Ayúdame, pichoncita —me pidió con una voz aguda que apenas pude reconocer como suya. Enseguida llamé a la ambulancia pública que tardó veinte minutos y la llevó a la mutual. Allí la ingresaron en terapia intensiva y a mí me hicieron esperar en un pasillo. Pasaron algo más de cuarenta minutos cuando un médico se acercó para decirme que había muerto.

Fue entonces cuando dejé Buenos Aires, después de enterrarla y de encontrar sus ahorros escondidos entre las tarjetas de navidad y las fotos que mis padres me enviaban. Jamás había pensado que podría guardarlas. Me llevé las tarjetas, las fotografías y la plata.

No sabía todavía que con mi abuela había partido quien sería mi único amor.

Viajé a Francia en un vuelo barato, con el proyecto de buscar a un pariente lejano del que la abuela me había hablado mucho. Era el nieto de su hermana mayor que había hecho una brillante carrera financiera en Clermont Ferrand.

Yo quería una familia, estaba claro. Aunque fuese lejana y desconocida. Esta suerte de primo me consiguió un trabajo algo prostibulario en una escuela de motocross, como chica linda que acompañaba a los corredores. Lo que nunca imaginó fue que yo misma me iba a convertir en una corredora y de las mejores.

Al año me coronaban en las pistas del circuito de Catalunya que se inauguró el día de mi primer triunfo. Corrí en baja cilindrada y mi carrera no se detuvo ni un segundo en un camino cada vez más ascendente y vertiginoso. La velocidad frenética se había convertido en mi única familia. Ella nacía de mí y yo vivía para ella. Me encantaban los trajes que tenía que usar. Primero me parecieron como de astronauta pero luego sentí que esa ropa estaba hecha para alguien como yo. Para aislarme del calor, del frío, del dolor. Nunca tuve una caída pero iba segura dentro de mis trajes. Fue entonces cuando me rapé y empecé a comprar pelucas.

Mi primo se convirtió primero en mi manager y luego en mi amante. Empecé a ganar dinero y, fuera de las pistas, a adorar la velocidad de girar de cama en cama. A mi primo no le importaba. Estaba muy concentrado en mis finanzas y en sus porcentajes. A mí tampoco: lo dejaba que me robase. Era una buena compañía, un gran entrenador, un cuerpo seguro al que volver después de otros cuerpos.

Mis padres no tardaron en saber de mí ya que mis logros comenzaron a aparecer en los diarios. Me enviaron una carta —ni fotos ni cheques— diciéndome que querían encontrarse conmigo. Sin rencores, les contesté que podían venir cuando quisieran. Lo cierto es que no lo hicieron. Quizá mi sí fácil los decepcionó. Pero siguieron mandando car-

tas y prometiendo que de un momento a otro viajarían, por fin, a encontrarse conmigo. Desde ese día, cada minuto lo pasé esperando verlos aparecer, soñando con el abrazo del encuentro.

Así transcurrieron días, meses y años y yo trataba de no equivocarme en ningún giro, en hacer las mejores marcas, en llevar los trajes y los cascos más nuevos y exóticos, quería que me distinguiesen entre la multitud que forman los corredores uniformados. Me esforcé por llegar siempre primera porque sabía que me estaban mirando. Cambié tres veces de manager y otras tantas de amante hasta que lo conocí a él, el que iba a ser mi marido.

Mis padres se enteraron de mi matrimonio por las revistas del corazón que se ocupaban más de mis amoríos que de mis logros en las carreras. Cubrían con puntualidad escándalos verdaderos o falsos donde me involucraban en fiestas que duraban días, en encuentros furtivos con mujeres esquivas, en pasiones de gritos y sopapos con hombres que siempre me dejaban. Una vez me siguieron durante meses para acusarme de doping. Pero mi médico y yo éramos más listos que todos los comités de salud y que toda la prensa. Jamás me encontraron nada en la sangre que, sin embargo, estaba cada vez más mezclada de sustancias impronunciables que aumentaban mi rendimiento.

Mis padres, por fin, se presentaron en la boda sin anunciarlo. Me casaba con el nuevo encargado de marketing del banco que había auspiciado toda mi carrera. Hacía cuatro meses que lo conocía y como estaba decidida a abandonar las pistas, creí que

un casamiento adecuado era más que oportuno. Él me caía bien. Le tenía cariño y respeto. Incluso una vez le aseguré que lo amaba y no pareció sorprenderse. Él me quería de una manera inquietantemente silenciosa. Eso representaba mucho más de todo lo que había tenido en mi vida. Se había convertido en la primera persona que hablaba de amor y se dirigía a mí, sin contar a mi abuela, claro, a quien él me recordaba por su manera de preparar la comida y también por su modo de abrazarme a la hora de dormir.

Me dio mucha alegría, y a mi marido también pareció alegrarle, que mis padres se hubiesen presentado en nuestra boda. Él sabía muy bien cuánto había sufrido su ausencia. No había tenido reparos en contárselo todo.

A mis padres los encontré muy distintos —más viejos y más débiles— con respecto a las fotos que me habían seguido mandando y les pedí —no pude evitarlo— que se quedaran a vivir conmigo. Por sus ropas, por sus dientes y por su piel pude adivinar que no estaban pasando un momento económico esplendoroso ni mucho menos. Yo podría ayudarlos. Comprarles una casa, cuidarlos y tenerlos cerca.

La idea no les produjo ningún entusiasmo. Querían volver a sus muros porteños, solos. Internamente me desmoroné y supe que, aunque estuviesen vivos, siempre sería huérfana.

Finalmente hice lo que mis padres me pidieron. Me fui con mi marido antes de que embarcasen. No los vi nunca más y tampoco volvimos a cruzar conversación alguna. La de no volver a verlos ni hablarles fue una decisión que tomé allí mismo. Me negaba a seguir jugando el papel de la abandonada.

A mi marido también quise dejarlo esa tarde y se lo dije mientras volvíamos del aeropuerto a la casa donde vivíamos. Su traición me resultaba imperdonable.

—Mañana vuelvo sola al aeropuerto. Te dejo.

Él, sin mirarme, señaló hacia delante con su mano derecha. Con la otra seguía sosteniendo el volante y me indicó mediante un gesto suave que había comenzado a nevar. Se concentró exclusivamente en los copos de nieve que empezaban a atascar la autopista, como si su mundo empezase y terminase en el mismo lugar en el que se desvanecía la nieve. No hizo mención a lo que acababa de decirle, parecía no haberme escuchado. Se lo repetí. Necesitaba que entendiese, que le quedaran claras mis intenciones.

—No empieces —me contestó como si más de una vez lo hubiese inquietado con un planteo parecido.

No hice ningún otro intento por hacerlo entender —de repente me sentí cansada— y cuando llegamos a la casa me puse a armar una valija. No le resultó extraño. Se sentó en el living frente al televisor con una caja de maníes que comía con desinterés. En tanto, alternaba su mirada entre la pantalla del televisor y el espejo que reflejaba có-

mo sucedía lo de la valija. Yo, en cambio, empacaba prácticamente con la vista clavada en él que me parecía totalmente indiferente. Sólo podía mirarme a través del espejo. Cargué el primer traje con el que corrí, cuatro faldas que me había comprado hacía poco, dos camisas blancas y todas las fotos que había recibido de mis padres, organizadas por año. Elegí dos pares de zapatillas, una crema tanto para el día como para la noche y tres pares de medias. Saqué todas las bombachas del canasto donde suelo tirarlas limpias o sucias. Puse en un sobre un CD con las tomas digitales que un amigo había hecho de nuestra boda. Con lo del sobre, di por terminada la tarea.

Dejé la valija al lado de la cama en la que me metí con la misma ropa que llevaba puesta desde la mañana. Me saqué la peluca rubia con la idea de no volver a usarla nunca más. Me iba a dejar crecer el pelo. Al día siguiente me iría. Sin embargo, no lo hice.

Dos

“Por esa bisagra de honor fue por donde entró ella.”

Tardó casi tres meses en atravesar definitivamente el umbral de nuestra casa. Fue cuando se enteró de que sus padres habían muerto carbonizados en un incendio que arrasó la residencia de ancianos donde vivían. El día que lo supo regresó a Buenos Aires.

—Adiós —me dijo con la valija en la mano, la misma que había armado en una lenta ceremonia el día que despedimos a sus padres en el aeropuerto.

Esta vez yo fingía dormir frente al televisor que estaba clavado en un canal de noticias. Me pasó la mano por la cabeza con la intención, seguramente, de intentar despertarme. Hacía tiempo que yo venía esperando ese momento y no quería interrumpir su partida por ningún motivo. Por eso decidí que sería prudente hacerme el dormido y no decirle nada. Insistió con el manoseo de mi cabeza. Me fastidiaba pero también me daba un poco de pena. Sin abrir los ojos, como para conformarla, hice un ruido con la garganta. Algo impreciso, podría haberse tomado como un ronquido o como una palabra que no terminaba de salirme, atascada en la profundidad de mi sueño.

Con el ruido ella se cargó de un entusiasmo invencible y estuvo acariciándome durante intermi-

nables minutos. No quería convencerse de que lo que había escuchado, sólo se había tratado de un simple ruido. Nada que decodificar, ninguna señal de esperanza posible. Ninguna réplica.

—Adiós —escuché que volvía a decirme, con cierta resignación.

Hizo un silencio y la imaginé de pie frente a mí, con su insoportable cara de súplica, como si esperara que la retuviese. Pero esta vez cambió pronto el mohín —yo mantenía el ojo izquierdo ligeramente entreabierto— y enseguida su rostro adoptó un gesto adusto y, entonces sí, se encaminó hacia la puerta y se fue.

Recién cuando escuché el ruido del taxi que partía me acerqué a la ventana desde donde alcancé a ver su nuca difusa tras los vidrios empañados, el de mi ventana y el del auto. El efecto duplicado la hacía más etérea, definitivamente distante.

Afuera comenzaba a nevar. Era raro que sucediera en Alassio, la ciudad donde habíamos elegido vivir, en la que le había hecho gastar a ella tres millones de sus abultados ahorros para saciar mi capricho de una casa inmensa junto al mar.

Deseé con todas mis fuerzas que su vuelo no se cancelase por el mal tiempo. Desde mucho antes que ella lo decidiera, al menos de que me lo dijese en voz alta, yo deseaba que me abandonase. No era que no la quisiese. Estaba encantado por la idea de ella y no por ella misma, que estaba muy lejos de

ser lo que había mostrado al mundo con dedicada minuciosidad. Una máquina intrépida, avasallante y confiada.

La mujer frágil e inesperada que comenzó a aparecer en los roces desvergonzados de nuestra cotidianidad no le daba tregua a mi desilusión. Lloraba todas las noches cuando creía que yo ya me había dormido. Gimoteaba con una pesadez insoportable. Sus ruidos lagrimosos me enervaban.

Nunca imaginé que pudiese llegar a esa situación porque la primera vez que la vi quedé atrapado por la fuerza animal que destilaba su carácter impetuoso. Pero también en ese momento —lo supe después— empezó a rodar con voracidad el engranaje de mi desencanto. Un sentimiento fulminante que me hacía despreciarla en nombre de la idea de mujer que iba traicionando segundo a segundo. Cuanto más honesta y perdida se mostraba ante mí, cuanto más amor me dispensaba, más se agotaba el mío, diluido por la debilidad que devoraba su fuerza maquillada. Quería que la salvase de algo imposible. Y aunque hubiese sido posible, yo no estaba dispuesto a tanto. En el momento en que llegué a ese punto ya sólo me importaba su dinero. El resto fue dedicarle cansinos gestos amables y esperar.

Cuando la conocí, yo acababa de aceptar el cargo de asesor financiero de productos especiales para un poderoso grupo de inversores, una delicada red de negocios no muy limpios que tenía como fa-

chada una banca histórica de Génova. Venía haciendo el mismo trabajo para grupos más pequeños pero esperaba de un momento a otro que se produjese el llamado que podría cambiar mi vida. Y sucedió.

Gracias a mi nuevo trabajo la conocí a ella. Para el grupo era un producto más. Una corredora de punta, audaz y mediática, adorada por el público y seguida por un insólito grupo de fans que la arrullaba pista tras pista como si fuese una estrella de rock.

Yo sólo había visto una fotografía suya en la tapa de una *Sport Illustrated* y me había parecido una mujer bastante común. La foto no destilaba la fuerza que emanaba sólo cuando se estaba en su presencia.

Cuando me enteré de que iba a tener que ocuparme de ella no tuve ninguna sensación especial. Tomé la noticia con la misma frialdad con la que recibo la llegada de cada nuevo cliente. Sólo trato de concentrarme en ser eficiente y en analizar muy bien su perfil para estudiar si puedo urdir alguna de mis estafas redondas, esas que fui perfeccionando con el tiempo, precisamente las que me enriquecen con facilidad pasmosa, permitiéndome sacar buenas tajadas de las inversiones de los otros.

Pero la foto y su nombre no se presentaron como datos que me indicasen que con ella iba a poder montar la estafa de mi vida. Lo que casi sucedió. Una sutil mezcla de sexo cariñoso, dinero y ambición que jamás había experimentado y que me llenó de morbo y calentura —y de dinero, claro— por un breve tiempo. Esa mezcla lo arruinó todo. Pero

debo reconocer que el dinero duró un poco más que lo otro, me refiero puntualmente a eso extraño que me apegaba a ella.

Quizás el maltrato que habían recibido mis padres ocupándose de casas ajenas, mi madre fregando pisos millonarios y mi padre embelleciendo jardines fatuos, me marcó muy claro el objetivo de continuar sirviendo a los ricos para que siguiesen juntando dinero. Pero esta vez no sólo para ellos. Desde mi adolescencia me ocupé de cultivar el sentimiento de confianza que los otros podrían desarrollar sobre mí y a eso sumé mi talento natural para los negocios y una formación estricta en las mejores universidades que pude pagarme con becas y trabajo duro. No tuve miedo de vestirme de croupier y estafar para los casinos de Montecarlo y San Remo, ni me dio vergüenza pasarme temporadas enteras entrenando mujeres aburridas en las pistas de sky. Haber nacido en un pueblo montañoso de Piemonte y crecer luego en el barrio más antiguo y marginal de Génova, pasando los fines de semana entre el mar y la montaña, en las lujosas casas de los patrones de mis padres, me cargaron de una impunidad que con el tiempo se convirtió en mi primer motivo de orgullo. Y por esa bisagra de honor todavía no satisfecha fue por donde entró ella.

Siempre me gustó acostarme con millonarias. Casarme con alguna de ellas aparecía como un sueño que no me atrevía ni a insinuarle a mi concien-

cia, probablemente por un eterno complejo de pobre y por un escondido resentimiento que, debo reconocer, me acompañó durante muchos años de mi vida. Me acosté con una cantidad considerable de mujeres ricas —ocho o nueve, más o menos— pero ellas tienen ese instinto especial para casarse o con hombres ultramillonarios o con lúmpenes que derrochan una belleza que ellas adoran pagar. Yo no era ni una cosa ni la otra por lo que sólo podía esperar una revolcada, maravillosa o regular, pero sólo una. El amor nunca cuadraba mucho en mis relaciones en general. Trabajo, logros, triunfos, dinero sumaban entre mis intereses.

A ella la conocí en un almuerzo que organizó el banco. Sin que hubiese motivo comenzó a hablar de su sentimiento de orfandad y de cómo la velocidad le hacía olvidar esa ausencia de la que creía que nunca podría recuperarse. Fue más bien una comida un tanto melodramática pero debo decir que logró conmoverme y yo suelo ser muy caballero y comprensivo. Tengo un porte sólido y siempre me adoraron las mujeres vulgares o las más pobres, a las que pocas veces les hice conocer el beneficio de mis brazos. Luego del almuerzo hizo todo lo que pudo para quedarse a solas conmigo lo antes posible. No tuvo vergüenza de despedirse de mi jefe con un buen apretón de manos y llevarme tomado del brazo hasta su moto. En el medio de una carrera que no sabía a donde terminaría, me aclaró sus precisas intenciones.

—Vamos a dormir la siesta.

Y fuimos.

Hicimos varias siestas en su ostentoso cuarto de hotel en una ciudad marina vecina a Génova, Rapallo, la más presuntuosa de la costa. Dijo que había elegido ese lugar porque le hacía acordar a Grasse, el fantasmagórico pueblo francés en los alpes marinos donde tenía su mansión, con vistas a la costa azul.

Lo poco que iba conociendo de ella me gustaba. Más allá de su compacto estado físico, me resultaba inteligente y divertida, con un humor que cubría una tristeza permanente que destilaba su mirada. Su vulgaridad y su pobreza me hacían sentir enorme. Era vulgar en su vestimenta, cara y de dudoso gusto. Le importaba más mostrar las etiquetas y comentar los precios que combinar los colores. Yo la estilicé e intenté sugerirle un estilo: jeans con camisetitas claras, nada de bijouterie y trajes de corte ceñido y clásico en negro y beige con rigurosas camisas blancas. La mayor parte de las veces me hacía caso, aunque de vez en cuando se dejaba seducir por los accesorios de plástico. No pude contra las pelucas rubias sintéticas a las que tuve que acostumbrarme.

Su pobreza radicaba exclusivamente en su falta de cultura: sólo podía hablar de motos, marcas, carreras y corredores. En su casa había únicamente revistas de deportes en el baño. Tenía un diccionario de español y una colección de clásicos comprada para hacer juego con los muebles. Me cuidé de que continuase sin saber nada de números. Traté de que leyera alguno de los libros que yo tenía —estoy seguro de que fingió entusiasmo ante *La Divina*

Comedia y El Quijote, pero a ambos los dejó mucho antes de la mitad— y logré que se suscribiera a un club de lectores que empezó a ordenarle sus lecturas más contemporáneas: olfateó a Calvino, Puig, Proust y Ferrante. Estas pequeñas modificaciones que fui consiguiendo en sus hábitos me sedujeron más que ella misma. Seguía siendo para mis ojos pobre y vulgar pero ahora con una inquietante mezcla de sofisticación y velocidad. Hablaba de literatura como si se hubiese laureado en la Escuela de Altos Estudios de Pisa y ese desparpajo sí era propio de ella.

Pero lo que mejor conocí durante esos primeros días de siestas ininterrumpidas, de seducción y sutiles lecciones, fue su estado financiero. En verdad, virtuosísimo. Y debo confesar que desde que me invitó a su hotel pensé que ella podría ser la primera millonaria con la que quizá me acostase más de una vez. Y así fue y mucho más porque en la tercera o cuarta siesta me animé con una mentirita.

—Creo que te amo —le solté.

—Yo no lo creo —me contestó—. Estoy segura. Te amo.

Y así fue como empezó todo y debí asustarme cuando me dijo que quería casarse conmigo porque mis abrazos le hacían imaginar los brazos de su madre de la que tenía un vago recuerdo. ¿O me dijo que le recordaba a su abuela? Es lo mismo.

Ante semejante comparación, no me asusté. Lo tomé como un elogio y una excentricidad. Le dije que sí, por supuesto.

Pero sentí un poco de curiosidad por tanta re-

currencia a hablar de esos padres que casi no había visto. De modo que me puse a investigar un poco sobre su pasado.

Cuando averigüé quiénes eran sus padres —y comprobé que ella francamente no lo sabía— estuve seguro de que su insondable tristeza no tenía remedio y que, en su ahogo, también arrasaría con nuestra historia. De ahí, y de ninguna otra parte, venían esos gemidos, saldos ultrajantes de un dolor que jamás tendría sosiego. Entonces dejé de mirarla y de tocarla. Temía que su dolor pudiese contagiarme. Dejé de escucharla y reduje nuestras conversaciones a charlas banales, estúpidas, casi frívolas. Terminé hablándole sólo de recetas y marcas de vinos. Me gustaba desconcertarla haciendo monólogos sobre la *slow food*, el gran invento italiano contra la comida chatarra. Pobrecita.

El alivio que sentí cuando la vi partir por fin, me dio una razón que hubiese preferido no adjudicarme. Caminaba con ingenuidad hacia el infierno oculto de su pasado. Sólo un golpe de suerte podría salvarla. Y yo sabía que la suerte era un bien que se mostraba arisco para quienes habían nacido con un sino tan desgraciado.

Tres

"No te hablo de un beso en la boca."

Me crucé a la sucia cuando salió de la casa montada en un taxi. Las dos motos y los tres autos estaban en el garage. Raro. Vi cómo él la espiaba mientras se iba. Me pareció que se sonreía o a lo mejor me gustaba la idea de imaginarlo riéndose de ella. A pesar de que la sucia me trataba como una amiga —y yo no era más que la chica de la limpieza— no tardé mucho en tenerle fastidio.

Me contrató apenas se mudó a esta casa, cuyos rincones y secretos conozco yo mucho mejor que ella que nunca se dignó a lavarse ni una bombacha. Las dejaba en una canasta de ratán junto a corpiños sudados y camisetas percutidas y me pedía que se las lavase a mano con un jabón que olía a gardenias. Me tenía prohibido los guantes. Así que durante todo este tiempo le vengo limpiando la mierda a la sucia, literalmente, porque no sé cómo hace, pero siempre deja lamparones marrones que dan asco. Cuando me ofreció trabajo no me imaginé que pudiese ser así, una tipa tan poco pudorosa, con ese olor eterno a colonia de lavanda comprada en frascos de litro y con toda la plata que tenía. A mí me darían vergüenza, su miseria y su avaricia, pero a ella evidentemente no.

Me dijo que me contrataba porque yo era argentina, como ella, y porque le estaba tan agradecida a la vida que quería devolver lo que había recibido. Era supermillonaria, eso era evidente.

Hacía ya cinco meses que yo había llegado de Buenos Aires y estaba sin papeles y ella me hizo un contrato, me pagó el abogado y ahora tengo un permiso de residencia por cinco años. Estudié tres años de diseño industrial y me vine a Italia con la idea de trabajar en el taller de algún diseñador en Milán, de cualquiera, así de regalada me vine, porque allá no daba para más. Pero no conseguí nada hasta que conocí a la sucia en la playa, una que adoran los franceses y alemanes, cerca de la casa de ella. Yo había llegado en un tren desde Milán que le puso tres horas para llegar a la playa. Exhausta, me tendí a dormir sobre la arena. Con total descuido, dando muestras de la prepotencia que luego le conocería, me despertó para pedirme fuego y no me pidió disculpas por haberlo hecho. Ya despierta se lo proporcioné. Despabilada, no tuve más remedio que aceptar su conversación. Parecía ávida por hablar. Palabra va palabra viene, ella terminó ofreciéndome lo de ser su asistente personal y a mí me pareció que no tenía ni idea de qué podría tratarse pero que me vendría bien.

Así llegué a su casa al día siguiente del casamiento y me mandó a hacerle una compra grande al supermercado, lo que me desconcertó un poco. También me desconcertó verla pelada, con el tiempo supe que cuando no estaba en la casa o subida a una moto usaba pelucas rubias. Cuando llegué con

la lengua afuera con todas las bolsas cargadas con sus pedidos ya me mostró el jabón de gardenias y el cesto de ratán y me puso a lavar bombachas. Enseguida me di cuenta de cuál era su idea de asistente personal. “Sirvienta” había querido decir. Estuve a punto de tirarle en la cara la primera bombacha salpicada de caca que encontré pero la verdad sea dicha, ése era un trabajo, el único que había conseguido, el único que venía con un contrato que legalizaba mi situación en Italia. No tenía dónde caerme muerta. No podía hacerme la lista y me tragué mi dignidad. Igual la maldije para mis adentros “sucia de mierda”. Sin embargo, era mejor limpiarle la mugre a ella que vagar sin sentido con mi currículum por los talleres de Buenos Aires. Así que decidí que le haría de chica de la limpieza por un tiempo y luego vería.

En eso estaba pensando cuando me la crucé subida a un taxi en el portón de su megacasa.

Crucé el parque y cuando él me vio entrar se fue de la ventana. Yo tenía llave pero como él estaba solo y se metió adentro cuando me vio, toqué el timbre. Me daba no sé qué. Enseguida me abrió la puerta y me dijo que hiciera lo de siempre. Me fui directo a la habitación a buscar el canasto y a acomodar, como era mi rutina diaria y me di cuenta al toque. La sucia se había ido. Habían desaparecido dos valijas y el canasto de las bombachas estaba vacío y se había llevado su colección de pelucas. No sé si se las habrá llevado con las bombachas sucias. Entonces terminé de entenderlo todo. La sucia lo había dejado. Y... era de esperar. Desde que llegué

a trabajar a esa casa no la vi más que moverse de un lado a otro en bata lloriqueando, con la peluca de turno mal encajada. De repente, luego de pavonear su tristeza por la casa, salía con cualquier cosa puesta encima del pijama, agarraba una moto y se iba a dar vueltas, siempre a una velocidad que me perturbaba. Yo la veía alejarse desde la ventana y me daba pena a pesar del fastidio que le tenía. Cuando volvía, se preparaba un té verde —a veces me convidaba— y me soltaba la misma cantilena con escasos matices.

Siempre me hablaba de él. Que la última vez que hicieron el amor fue en su noche de bodas, la noche anterior a que llegara yo, cuando se fueron sus padres, a los que me contó que había visto una sola vez en su vida. Yo no quise preguntarle más aunque estoy segura de que ella me hubiese contado con mucho gusto toda la historia. Entonces como veía que yo no agarraba viaje con lo de los padres volvía a él. Insistía en que desde aquel día jamás había vuelto a besarla.

—No te hablo de un beso en la boca —me decía—. Ya ni siquiera me roza las mejillas y cada vez que intento preguntarle por qué, mira para otro lado y no me habla por días. No sé qué hacer con su silencio.

Esta parte del cuento, aunque a ella evidentemente la hacía sufrir, a mí me divertía. Y entonces le pedía detalles.

—¿Cómo que no te habla?

—Así de brutal. Se pone como un chico caprichoso y deja de dirigirme la palabra.

—¿Y cómo es que vuelve a hablarte?

—Tengo que decidirme a sacudirlo hasta que por lo menos grite.

—¿Lo sacudís?

—Sí, lo sacudo.

—Qué feo.

—Es horrible. Te imaginarás cómo me pone.

—No.

—Me da una vergüenza horrible y cuando me vuelve a hablar siento que le robé las palabras y es peor.

—¿Y por qué te quedás con él? ¿Qué te da?

Cuando llegaba a esa pregunta, se le llenaban los ojos de lágrimas y enseguida bajaba la mirada y cada vez me decía lo mismo.

—A lo mejor son todas ideas mías. Pero te juro que mañana me voy.

Entonces yo me callaba y seguía haciendo lo que había dejado de hacer para conversarle.

Al día siguiente cuando volvía la encontraba ahí. Pensaba que nunca se atrevería a dejarlo.

Los vagabundeos por la casa eran cada vez más erráticos y ella parecía terriblemente agotada, como si no pudiese más con su cuerpo.

—No me habla, no me mira. Ya ni siquiera me atrevo a preguntarle por qué. Tampoco lo sacudo —me confesó—. Cuando nos conocimos no era así. Ahora es como si le diese asco, como si pudiese contagiarle una enfermedad incurable. No sé qué pasó, por más que doy vueltas tratando de encontrar un motivo, no lo consigo.

Cuando se ponía a circular como ida por la casa

y a desvariar sobre esa idea y a preguntarme, yo no le decía nada. Creo que no esperaba ninguna respuesta, sólo necesitaba que la escuchara y yo lo hacía. Me costaba poco, ya que estaba ahí, no me iba a tapar las orejas.

—Sé que tengo que dejarlo —me repetía cada vez más o menos con las mismas palabras—, pero todos los días espero que algo pase. Una palabra suya me bastaría... Si me abrazase... No sabés cuánto lo necesito.

A mí me resultaba raro que se pasaran los días de ese modo, sin relacionarse en lo más mínimo y así se lo dije pero ella me contó que él sólo le hablaba de comida y de marcas de vino caras que se dedicaba a descubrir cada día. Y siempre decía “esloufud” y ella no le entendía. Yo tampoco. Me aseguraba que no sostenían conversaciones personales, él no las permitía. Yo no entendía cómo no le partía por la cabeza alguna de las botellas que él le mencionaba, pero eso no se lo dije. La veía tan débil que también la sentía capaz de hacer caso a cualquier tipo de consejo. Entonces la dejaba hablar.

La última vez que la vi la noté más tranquila pero no le presté atención. Ahora, analizando lo que pasó, me doy cuenta. Se ve que ya tenía en la cabeza lo que iba a hacer y, a lo mejor, la perspectiva de dejarlo la había sedado. Aunque no la quisiese mucho por el asunto de las bombachas tengo que reconocer que la sucia había sido una mina buena conmigo. Se merecía que la trataran mejor. Me pone contenta que por fin se haya animado a

dejarlo, aunque no sé, ahora que ella no está, cuál será mi destino en esta casa.

Cuando terminé de limpiar el dormitorio me fui para el baño sin darme cuenta de que estaba él. Acababa de salir de la ducha y todavía no se había envuelto con la toalla ni con nada. La verdad es que me chocó verlo en bolas —no era nada atractivo, le colgaba un poco de barriga y lo pesqué rasándose los testículos— pero él parecía tenerlo calculado. Yo le pedí disculpas y creo que las mejillas se me pusieron coloradas, podía sentir mi propio calor.

—Perdón —le dije bajito, muerta de vergüenza y me fui para la sala donde me puse a conectar maníacamente la aspiradora. Él vino detrás de mí, me sacó el cable de la mano con mucha suavidad y casi sin darme lugar para moverme me metió la mano, la misma que había usado para desconectar el cable, en la vagina. ¡Epa! La verdad me gustó y no dije nada y lo dejé hacer. A lo mejor me podía quedar trabajando para él y hacerle este tipo de favoritos de vez en cuando. Fue un polvo rápido. Él se corrió. Yo no. No le importó. A mí tampoco. Sentí que había como algo sagrado en darle satisfacción. Por un segundo quise atrapar su mirada pero él en ningún momento me miró y fue entonces cuando entendí la desolación de la sucia. Ahora yo también me sentía cómo ella tantas veces me había contado. Parece que él tenía muy claro cómo hacer sentir mal

a una mujer. Pero yo no podía salir corriendo y agarrar una moto. Yo era la sirvienta. Y básicamente no sabía ni guiar una bicicleta. Así que le sonreí con timidez y me subí mi bombacha que ahora estaba sucia e intenté seguir con mi trabajo. Él no me lo permitió y fue ahí cuando me atravesó con la mirada de un modo extraño. Sus ojos estaban clavados en mí pero no me veía, era la mirada perdida de un ciego. Pero yo sabía perfectamente que no era su caso.

Entonces tuvo lugar la siguiente conversación.

—Ella no me dejó —se apuró a aclararme con una voz anodina—. No es lo que pensás. Se fue a Buenos Aires porque sus padres acaban de morir-se quemados en la casa donde vivían.

Me quedé como petrificada y apenas pude balbucear.

—Pobre sucia.

—¿Cómo dijiste? —me preguntó él, al que la palabra “sucia” le había transformado la cara, como si le hubiese descubierto un delito, como si él fuese el responsable de tanta mugre.

—Pobre, sólo dije pobre —le contesté asustada, recortando mi intervención anterior.

—Estás despedida —Y entonces sí me miró con los ojos clavados en los míos y pude percibir un destello de satisfacción.

Intenté pedirle una explicación pero él ya me había abierto la puerta y se había plantado ante ella esperando a que me fuera. Sostenía un cheque que estaba terminando de escribir en la mano derecha.

No lo pensé dos veces. Me dirigí a la puerta y agarré el cheque. La cifra no estaba nada mal. Me

iba a alcanzar para instalarme en Milán y aguantar un tiempo hasta conseguir el trabajo por el que había venido.

Cuando ya nadie podía oírme murmuré “qué porquería de vida la de la sucia”. Sí, así de desgraciada, así, huérfana de un saque. Y por primera vez mi compasión le ganó al fastidio.

Cuatro

"Ya estás borracha, me dijo."

Debe ser cierto lo que dicen porque me está pasando en este momento. La vida, al menos una parte, pasando veloz delante de mis ojos como el flash informativo de un noticiero amarillo que me espanta. O sea, la confirmación de que me voy a morir muy pronto. Cuestión de segundos, con suerte, minutos. Lo que me faltaba.

El hijo de puta hace dos horas que se fue a una de las salas donde podemos ver televisión acompañados, la de la planta baja. Allí se produjo un cortocircuito cuando un viejo —bah, otro muerto inminente como yo— se quedó pegado a un cable al intentar hacer no sé qué con la conexión de la parabólica —cuyo cable confundió con el portador central de energía—. Saltaron chispas tan divertidas como las de los juegos de artificio pero, claro está, definitivamente mortales. De la nada empezó a quemarse todo. Yo no escuché ningún ruido extraño, ni siquiera me llamó la atención el olor a carne humana quemada, que confundí con los propios de los preparativos de la cena. Hmmm, pensándolo bien podría haber sido el olor del hijo de puta calcinado. O sea que me quedé viuda. Era de esperar. Siempre dije que ya estábamos cerca del arpa.

Lo que pasó allá abajo me lo contó una enfermera que salió corriendo hacia los pisos de arriba —eran sólo tres— para amortiguar el escándalo que se le venía encima. Decenas de viejos como yo en estado de pánico, ancianos que tenían el sentido del olfato intacto, exento de confusiones. Así que el hijo de puta me dejó, por fin.

Yo creo que salió rajando —hablo de la enfermera— porque se cagaba de miedo ante la idea de morir quemada. Tenía razón porque el humo está llegando también acá, al segundo piso, donde se encuentra mi habitación. La mía y la del hijo de puta, es decir, la nuestra. Ahora sólo mía, mía nada más, aunque sea por un rato. Nunca tuve nada sólo mío. Podría haberlo tenido. Dejarlo a él y quedarme con la nena. Pero no quise, la parí y a los dos días se la di a mi vieja. No quería tener recuerdos ni que ella los tuviera. Además, el hijo de puta y yo íbamos a dejar Buenos Aires. Teníamos otros planes.

La enfermera me pareció muy desesperada, ahora seguramente debe estar en la terraza o ya se debe haber tirado por una ventana. Es lo que hacen en la tele y ella miraba siempre la tele. Y es lo que debería hacer yo aunque la tele siempre mienta. Me tendría que tirar. Antes me voy a echar un traguito de este cognac que tengo acá escondido. Faltaba más, un último deseo. Bah, me tomo otro. Ajjj, cómo caliente. No fue una buena idea. Ahí viene. No, el fuego no. Pero estoy muy cansada, no tengo coraje suficiente y, digamos, que esta eventualidad me viene como anillo al dedo. Mi salud de hierro diagnosticaba una sobrevida poco estimulante.

Ya estamos. A pesar de que puse una toalla húmeda debajo de la puerta como me dijo la enfermera, parece que vamos a ahogarnos y todo lo demás o quizás algo mucho peor. Achicharrarnos aún más achicharrados de lo que nuestras pieles secas y vencidas ya lo están por sí solas. Bueno, no quiero pensar lo peor pero parece que se viene. Lo peor es el fuego quemándome lentamente sin ahogarme la conciencia, haciéndome sentir segundo a segundo el olor y la irreverencia de mi derrumbe. Yo quería morirme pronto, la verdad, pero no de esta manera. Estoy un poquitito aterrorizada. Aunque esto arde yo me quedo con la botella y tomo del pico.

Quizá sea por este pavor que viene a mi mente, sin que yo vaya a buscarlo, el recuerdo vivo de mi niña, mi hijita querida, abandonada por mí, abandonada por su bien. Aunque ahora no estoy muy segura de haber hecho lo correcto. Debe ser el humo que lo confunde todo, porque hasta antes de las chispas nunca, jamás, había tenido ningún tipo de remordimiento. Claro cómo no me voy a replantear todo si voy a morirme casi ya y hasta creo que estoy llorando de la pena que me da. Aunque uno lo desee, cuando llega es penoso. Mentira que es liberador. Tengo que ser sincera, me apeña más mi propia muerte que el haber abandonado a mi hija pero por nada del mundo quería que lo supiera, que creciera con esa vergüenza y con esa culpa. Preferí cargarlas yo sola durante lo que me quedara de vida y debo admitirlo, si me hubiese quedado con ella, tendría que haberlo dejado a él, al hijo de puta, como lo llamo hoy. Pero en ese mo-

mento no era así. Diga lo que diga ahora, dejarlo a él me resultaba imposible. Estaba muy enamorada, o muy muy acostumbrada o muy muy pegoteada. Lo que seguro resultó mucho peor para mí. Pero no, no puedo perder tiempo, tengo que volver a verlo todo ahora y quizá pueda perdonarme por haber dado vida sin haber tenido el valor de sumarla a la mía, de cuidarla como Dios manda. Hijita querida, cómo te cagué.

Me veo. Estaba linda yo. Una túnica verde agua larga hasta los pies, que llevaba descalzos. Lo estaba esperando en nuestra casa chiquita de Vicente López. Hasta puedo oler el olor a vainilla de las velas con las que iluminé todos los ambientes, incluso el jardín que daba al río. Ajj, el olor de antes se mezcla con el de ahora, pero quiero quedarme con la vainilla. Es difícil dominar ahora las sensaciones, en fin. Sí, es verdad, me veo sorbiendo un poco del vinito blanco que me había servido en un vaso así nomás, todavía no conocíamos el detalle de las copas. Lo estoy esperando en el muelle donde amarrábamos nuestro primer barco, nuestro primer lujo. Llegó y lo veo soplar todas las velas. Como una premonición, pienso ahora, siempre le tuvo miedo al fuego y el fuego terminó con él. Bue, todo se mezcla.

Entonces se acercó a mí en la oscuridad y me quitó la copa de las manos. “Ya estás borracha”, me dijo. Y yo me sonreí por su ocurrencia. Sólo estaba

un poco mareada. Entonces fue la primera vez que lo hizo, después ya sería una costumbre. Me pegó un par de bifes, dejándome la huella de sus dedos gruesos en cada una de mis mejillas. Y como si nada, entró. Lo seguí. Le grité. *Estoy embarazada*. Entonces me abrazó. Me pidió perdón. Por supuesto, lo perdoné. Los nueve meses tuvieron escenas muy parecidas a las del muelle. Yo tenía un vaso en la mano-él me pegaba siempre en la cara-después me pedía perdón-yo lo perdonaba-a veces llorábamos juntos. Yo llamaba a mi madre para que me consolase pero ella se ponía jodida. Quería que lo dejase todo ya mismo: a mi marido y al embarazo y al trago. Exigencias que sólo una madre como ella se podía permitir.

Entendía que él estuviese nervioso. Lo habían echado de la clínica, le habían endosado en la jeta una causa por mala praxis que jamás pudieron probar. La idea de una familia a su cargo lo debía presionar mucho. Pero pensándolo bien, no era el caso. Digo, eso de golpearme.

En fin, que el mismo día que tuve a la nena, él consiguió trabajo. Me alegré. Escucho mi risa antes de ir a la sala de partos, escucho mi llanto por el dolor de las contracciones. Era feliz. Pero duró sólo un momento. Parí. Uno, dos, tres y cuatro pujos y nada. El bebé estaba atascado, cuatro, cinco, treinta pujos y nada. No podía respirar, estaba empapada en sudor y ya empezaba a gritar. No me tuvieron paciencia ni consideración.

Veo mi cuerpo sobre una camilla, mis pies atados a los estribos, la enfermera que me agarra los

brazos y me clava las uñas. *Aguantá, aguantá, querida*. Y como puedo me arranco sus uñas de mi piel. Y entonces ya no me tuvo piedad y todo se inundó de gritos que daban órdenes. Gritos lejanos, dueños de voces que no conocía. Y más dolor. Salto en esta silla que está por quemarse, la misma sensación de los pinchazos maléficos en la concha, el tajo largo y sangrante, el desgarró vibró dentro de mí como un terremoto. Y no grito más para qué y aguanto y sólo pienso si el hijo de puta lo hará mejor, si en algo de esto habrá consistido su mala praxis. Él no hubiese permitido esta masacre o quizá no sabe hacerlo de otra manera, o quizá goza con este modo de hacerlo, finalmente las instrucciones sobre mi parto fueron suyas. O sea que él supo y consintió que me trataran así.

Más de una hora, exhausta, muerta, asqueada y ayyy salió. *Nena*, me dijeron y se la llevaron. Le veo el culito negro y sucio, escucho su chillido de recién llegada. Culo sucio y asesino. No podía vivir con quien prácticamente me había matado. Me llevaron a un cuarto y al rato él entró.

—No la quiero.

—Yo tampoco —me dijo él.

—Se la dejo a mi vieja. Que haga lo que quiera.

—Espero que no te arrepientas —me alarmó él.

—Un error, fue todo un error.

—Es cierto. No quiero hijos que nos separen.

—Y yo no quiero hijos que se lleven mi vida.

—Ni una palabra más —concluyó él.

Entonces celebramos la decisión con un abrazo. Me contó de qué se trataba lo que tenía que hacer

en su nuevo trabajo. Me asusté. Como nunca. Y entendí sus golpes y los metí en una licuadora por la que todo comenzó a mezclarse horripilantemente. Había que hacer parir, golpear, humillar y arrebatarse sería su nueva tarea. Casi lo que había sufrido yo por pura negligencia o era él que ya comenzaba con sus prácticas macabras.

Me dijo que teníamos que mudarnos un tiempito a Chile. Yo no era una mujer muy inteligente, pero enseguida me di cuenta de que el nuevo trabajo no era nada limpio. Era de dar golpes a gente inocente, como a mí, construirles partos de pesadilla y robarle a los hijos. Yo fui su laboratorio. Estoy segura. Lo sentía, lo siento ahora, me vuelven a doler los bofetones, los pujos, el tajo, el vientre hinchado, el monstruo que sale de entre mis piernas, su culo sucio y odiado. Y sus golpes antes y después. *Ay, ay. Pará, para.*

Entonces no me importó nada, sólo quitarme de encima a la nena. Mi madre tenía razón.

Además, qué madre iba a ser yo si aceptaba a un marido que hacía esas cosas. No quise dejarlo. Ahora digo la verdad. Esa chiquita era una desconocida que había salido de mi vientre y lo había destrozado probablemente para siempre, dejándome las entrañas secas y dolidas. Yo no tenía ningún amor especial hacia ella o sí, a lo mejor me estoy convenciendo de que sí, de que justamente por eso la dejé. Pero digo la verdad: la dejé porque iba a estorbar en el trabajo de él. Culito sucio asesino. Eso me parecía. Iba a ser todo más fácil sin ella. A él no le importó nada que la dejara.

Fue mejor así. Que ella nunca supiera y ahora mucho menos va a saber. Pobrecita, cómo se nos brindó cuando la fuimos a visitar. Me dio pena que nos quisiese tanto. Le escribí una cartita en una servilletita del aeropuerto. “Siempre te querremos, hija.” ¿Pero alguna vez la quise o es mi compasión de vieja agonizante la que habla?

En fin, que el hijo de puta guarda entre sus logros el haber hecho famosa en toda América latina una infalible cadena de sustracción de niños a madres presas por pensar que un mundo más feliz podría reemplazar la porquería reinante. Pobres tontas. Se hizo muy famoso allá en Chile. Fue decisiva su labor ahí. Todos le tenían miedo. También yo, pero yo lo quería. Sí, lo quería. Al hijo de puta después de Chile lo mandaron de nuevo a casa y después a Uruguay y después nos instalamos, porque se retiró bastante joven y con mucha plata, en Miami. Allí abrió una clínica. Fue más terminante, trabajaba para que los niños no llegasen a tales, para que no nacieran. Fue un verdadero filón. Nos hicimos todavía más ricos. Allí vivimos hasta que la nostalgia y nuestros achaques, cinco años atrás, nos trajeron a Buenos Aires.

Todos los años lo llevaba a una plaza cualquiera para que un fotógrafo de allí nos tomase una foto. Yo se la mandaba secretamente a la nena con un cheque sustancioso que robaba de su chequera. Era feliz. Pensaba que algún día me iba a encontrar con

mi chiquita —ya la había perdonado—, cuando el hijo de puta se retirase. Pero cuando lo hizo, tenía una amante que arrastró con nosotros a Miami. Más bien yo me arrastré con ellos. Después de todo lo que había hecho por él, no iba a permitir que me largase dura. Ahí podría haber ido a buscar a la nena, pero no quise. Me veo en el aeropuerto, arrastrándome, llorando como una bestia malherida. Y él está con ésa, con la otra y se ríe de mí y me dice viejita y yo me desarmo toda porque él acepta llevarme para que les limpie la casa. Y yo voy y la casa es hermosa. En Coral Gables. Y me dan un cuartito y yo les limpio todo, hasta las sábanas manchadas de semen, de semen para ella. Cuántas sábanas. Veo que ella se va, que lo deja por uno que la busca en la puerta de nuestra casa. Y él llora y me busca. Y me dice perdoname, viejita. Yo lo perdono y me paso a la cama grande y contrato a una cubana para que limpie lo que yo limpiaba.

Entonces la nena empieza a salir en las revistas. Miro la foto de tapa de una revista de deportes. Qué grande que está, qué linda. Y empiezo a insistir con que quiero verla. Al hijo de puta no le importa nada. Le importa cogerse a la cubana, a la que tengo que despedir. La dejó embarazada y no le pudo quitar el chico. Así que debe tener otro hijo por ahí al que tampoco quiere conocer. Los veo —a él y a la cubana— haciéndolo de parados en el baño principal, y en el jardín y yo le pego a ella los sopapos que él me pegaba y él no la defiende. Entonces se convierte en el hijo de puta. El hijo de puta con el que tengo que vivir. Yo sola ya no me animo

a nada. Veo mi risa cuando me mostró la ecografía con el tumor y luego el informe que lo condena a morir de un cáncer de pulmón. Él también se iba a morir ahogado. Pero ahora resulta que se murió quemado el hijo de puta. Y no hay castigo divino. A su modo se salvó. Ay, ay... pobrecito el hijo de puta, pobrecito... pobrecita la nena. Y yo, y yo, y yo que ya no puedo.

Cinco

"Escribiendo con sangre mi nombre."

Zafé de la vieja y de todo. Me creen muerto. Imposible identificar cadáveres después de un incendio. Me salió redondo, aunque tuve que sacrificar la vida de la viejita. Y, nada es porque sí; los pendejos de siempre ya estaban presionando mucho y prefiero morirme de lo que tengo que morirme en la dignidad de un lugar que me merezco, nunca en la cárcel. Faltaba más. Finalmente todo lo que hice en mi vida fue llevar adelante mi trabajo y salvar a las criaturas que crecieron en el vientre de esas atorrantas. Más que una condena me deberían dar una condecoración. Pero así son estos tiempos, una confusión espantosa. Pero estamos volviendo. Créanme.

Y ahora miro con un poco de risa y también de tristeza cómo se quema todo. La cuadra está aislada por las cintas de los bomberos y de la policía. Los miro desde la vereda de enfrente mientras percibo cómo un policía desconocido trata de hacer la lista de las víctimas fatales, entre las que me encuentro. En realidad, en las listas aparezco como desaparecido. Qué lo tiró.

No hubiese querido, la verdad, que la viejita lo pagase. No tuve más alternativa.

Aunque, francamente, se estaba poniendo cada vez más cargosa y si me la traje de Miami para acá fue, primero, porque me dio pena y después, para que me hiciese un poco de enfermera. Hinchapelotas y todo, nadie como ella para entenderme y aguantarme estas mañas horribles que me empezaron a aparecer de viejo. Me meo encima y ella me cambia, me babeo y ella me limpia, deliro y me delato y ella me escucha y me tapa la boca en el momento justo. Ahora me las voy a tener que arreglar sin ella. Hay cosas peores. Soy de madera dura. Pero así están las cosas, así estoy yo. Sólo y puro como cuando vine al mundo. Y muerto para la sociedad civil. Ahora puedo conectarme con los viejos amigos y hacerme unos documentos. Tengo que volver a irme del país.

Creí que un asilo de ancianos era un buen refugio. Pero evidentemente me equivocaba. Ellos, los pendejos, me obligaron a hacer lo que hice. Si no fuese por el fuego, los tendría en la puerta del geriátrico escribiendo con sangre mi nombre en las paredes, marcando con una cruz las ventanas de mi habitación, informándole al mundo que yo, el mismísimo yo, el salvador de criaturitas inocentes, vivía en ese edificio de ancianos de Córdoba y Paraná. Ahora puro escombros.

Mejor que me vaya y deje estas flores, unos lindos jazmines, al lado de las cintas de los bomberos. Eran las preferidas de ella. Perdoname, viejita. A mi manera, siempre te quise.

Perdoname vos que podés.

Es ella, indiscutiblemente ella. Me bajo de un remise en el aeropuerto y la veo, perdida y abrumada, subiéndose a un auto alquilado. ¿Qué hace acá?

Debo tragarme las ganas de pegarle un grito *mocosa de porquería qué hacés acá*. Si nunca la quisimos. Fueron las fotos, las fotos de mierda, las fotos de los parques que le mandaba la viejita. Y ahora no tengo más remedio que seguirla. No es que la quiera, ni que me importe mucho algo de ella. Es que me la veo venir. Seguro que vino por nosotros, porque se enteró de que estamos fritos. ¿Y qué quiere? ¿Darnos un lindo entierro? Qué lo tiró... Es tan estúpida que puede arruinarme todo el plan. Para qué mierda habremos tenido una hija. Molestias, son puras molestias. Es increíble que muchos colegas me hayan pagado tanto dinero por las criaturitas inocentes. Estaban encandilados con la idea de tener hijos. Yo ni regalados, ni pagados, de ninguna manera. Ni siquiera aguanté a una de mi sangre. Una desgracia los hijos. Siempre te buscan, te complican la vida, no te dejan en paz, son para siempre. Qué lo tiró... No hay más que mirar a ésta. A quién habrá salido así de cargosa. Tengo ganas de sopapearla, las mismas ganas que tuve allá en Italia, cuando se puso a llorar enfrente del marido ese que se consiguió. El tipo parecía ser de los míos. No sé cómo la dejó venir. Maricón de porquería. Ya no quedan hombres como los de antes. Yo fui allá

por la viejita que insistía en que quería conocerla. Hasta el hartazgo me hinchó. Al final accedí. Le quería dar el gusto, nunca le había dado ninguno. Ahora me arrepiento, no tendría que haber ido.

Y acá estoy arriba de un remise, siguiéndola, a mi edad. Cuando trabajaba para ellos me enseñaron lo de los seguimientos. Es así que sé todo lo que tengo que hacer para que no me vea. Pero este remisero no me hace caso, qué lo tiró... Entonces le pego un golpe en el cuello con la valija y lo dejo seco. Lo tiro en la banquina, quizás esté muerto, quizá no, qué me importa, acá nadie se da cuenta de nada. Igual, enseguida voy a dejar este auto. Sí, cómo no, yo ya lo sabía. Mirá a dónde vinimos a parar. Otra vez frente a la casa quemada donde vivíamos con la viejita. Ahora ya no queda nada más que las ruinas. Ni cadáveres ni policías. Sólo algunos bomberos hurgando entre los escombros, en busca de quién sabe qué.

Me bajo del auto, ya no voy a volver a subir a él. Y la veo merodear por el lugar, lloriqueando. Qué lo tiró y hasta se arrodilla. A lo mejor tengo suerte y es todo lo que hace y se va.

Hace cuatro días que la vigilo, cuatro días que no duermo y ya no puedo más. Sin dormir, comiendo mal, arriesgando el pellejo. Cuatro días que está prácticamente encerrada en la habitación doscientos trece del Hotel Plaza y yo voy de la Plaza San Martín, al lobby del hotel a la esquina de la jo-

yería Ricciardi, me meto en el cajero y me hago el linyera y cabeceo un poco pero no debo, no debo.

Y ella, como una reina en duelo, sale sistemáticamente a las tres de la tarde. Camina unas cuadras, compra jazmines en el mismo puesto de flores y los lleva hasta la casa quemada. No sé cómo sabrá lo de los jazmines, qué lo tiró, si al final es la hija de la viejita y mía y se parece a la viejita cuando tenía su edad. Camina con contorneos de puta y me da un poco de impresión que sea tan mujer y que sea mi hija. Y ese berretín con las motos, correr como un macho... En fin, como una desconocida es, pero vaya a saber si averigua algo. Ahora, por cuarta vez, regresa al hotel pero se mete en un bar. Carajo, ¿qué quiere decir este cambio? Y la está esperando un tipo. De su edad, con un jean y un saco de traje. Me resulta conocido. ¿De dónde lo conozco? Pero si es el sobrino de la viejita, el que me manejaba las cuentas desde Clermont Ferrand, mi testafarro durante los años difíciles. El que, apenas pudo, me estafó en varios millones y nos dejó, después de los laboriosos años en Miami, casi en la ruina. El muy hijo de puta. Por él tuvimos que vivir como indigentes en ese geriátrico de mala muerte. Nos merecíamos un final mejor. Qué mierda quiere ahora con la mocosa.

Ella le extiende la mano con timidez. Él la agarrá de la cintura y le da un chupón. Ella se pone colorada. Si salió pacata la mocosa.

Entro al bar y me siento a dos mesas de distancia, de espaldas a ella, de frente al tipo que a esta altura ya no puede reconocerme, estoy hecho un

viejo choto sin nada del esplendor de mis años poderosos. Qué lo tiró... Los estragos del tiempo.

Trato de escuchar pero no oigo nada. Ahora no estoy preparado para este trabajo. Me fastidia tanta precariedad, me pone los nervios de punta, pero no puedo hacer nada. Mejor que no piense en esto, me hace mal, me vienen los ahogos y claro, hace cuatro días que no tomo la medicación, con toda esta historia me distraje. Y los malos pensamientos no ayudan. Fuera, fuera los malos pensamientos.

Y estos dos hablan animadamente, ella de tanto en tanto gimotea, él la consuela sosteniéndole las manos. Piden dos vueltas de cognac y se ríen. Y si la mocosa fue parte del plan para dejarme sin un mango. Mocosa de mierda, seguro que ella también participó. Seguro que vino a arreglar asuntos de guita, parte de la guita que me robó, que me robaron. Hay que ver con la mosquita muerta. Qué escenita que nos armó en Génova, una verdadera actriz y yo que creía que de verdad nos había podido querer a pesar de todo. Deben ser cómplices y ella llora de mentira, actúa para un público que no la mira. Una turríta, la mocosa.

Ufff. El pecho se me cierra. Necesito mi medicación. Me vienen ganas de matarlo. Agarrarlo del cuello y dejarlo a él sin aire. Y a ella también, para qué la habrá parido la viejita y con lo que le costó. No tengo fuerzas más que para rascarme la pierna izquierda que me pica como si tuviese un ataque de urticaria y con la otra mano apenas puedo levantar el vaso con la cervecita que me pedí. Si estuviese la viejita... pero no está, no está. Mejor, ella quería a

la mocosa, eso me pareció al final, cuando ya estaba reblandecida, y si se hubiera enterado que ella también nos estafó, no lo habría soportado. Ufff, y este pecho que empieza a fallarme. Le doy unos golpecitos pero no hay caso. Se cierra. A ver si ahora todavía, qué lo tiró. Fuera, fuera los malos pensamientos y también los tristes. Mocosa de mierda, mirá lo que nos hiciste. Se nota que estoy viejo, me pongo sensible cuando pienso en la viejita y en cómo finalmente la mocosa se las arregló para cagarnos. Fueron las fotos, las fotos de porquería.

Ay, estos ahogos que no me dejan en paz o que me van a dejar frito a mí también. No tendría que haber seguido a la mocosa, fue un grave error.

Tengo sed y no puedo llamar al mozo, no me sale la voz... Ay, qué lo tiró, justo ahora voy y me caigo de la silla y parece que hago un ruido bárbaro y entonces ella se da vuelta pero no me reconoce, al menos no la escucho que diga "papá". Mejor, no quiero darle el gusto de verme así. Los párpados me pesan como plomo y los ojos se me incrustan en el cuerpo y el sonido comienza a ser más fuerte.

—Hay que llamar a una ambulancia —dice uno.

—Un viejo se descompuso —dice otro.

—Pero si es tu viejo —casi grita otro. Debe ser el sobrino estafador, el muy hijo de puta. Estoy frito.

Tanto laburo para qué. Escaparse siempre, quemar la casa, a la viejita... mejor que lo deje todo yo también. Acorralado por mi torpeza. Una muerte digna, eso me lo merezco. No, si yo también soy sensible. Qué lo tiró. *Chau, nena; chau, turríta*. Y abro la boca lo más que puedo pero no entra aire,

no entra nada, nada de nada. Sólo miedo porque al final me cago encima. Y entonces saco la treinta y ocho que tengo desde hace años y me la meto bien adentro. Y a pesar de la mierda que me mancha los pantalones no lo dudo. Disparo.

Seis

“Yo pensé que ya estaba muerto.”

Tuve que sacarla a empujones del bar. Su estado rozaba el patetismo. Se tiraba encima del cadáver y le acariciaba la cabeza, le besaba los pómulos secos y ensangrentados, desfigurados por la bala. Lloraba desconsoladamente.

Cuando llegó la ambulancia, taparon el cuerpo con una manta marrón y, extrañamente, ella no interfirió ni quiso ir con él. Tomó todas las señas y explicó que luego retiraría el cuerpo para darle sepultura. No podía dejar de llorar. Su voz se entrecortaba por el nerviosismo que la invadía y por la perplejidad que la rodeaba.

—Yo pensé que ya estaba muerto —me dijo cuando salimos del bar—. No entiendo lo que acaba de suceder.

Francamente yo tampoco lo entendía.

De verdad, su situación me conmovía pero me complicaba. De modo que sólo apelé a mi compasión y por esa tarde la acompañé al hotel, pensando en quedarme apenas un rato con ella. Ya no era la mujer intrépida que había conocido. Se había convertido en una chica temerosa y frágil, y yo quería sacarme el trámite de encima. No pensaba darle una moneda de lo había ganado haciendo pirue-

tas con la guita del viejo, una guita que fue a parar a mi cuenta y jamás a la de él. Nunca sentí remordimientos. Sabía que lo que el viejo hacía era repugnante, de modo que quedarme con su dinero era casi una causa justa.

Mi prima estaba completamente sola en Buenos Aires —donde yo vivía desde que dejé de representarla— y me pidió, en medio de engorrosas disculpas, si podía acompañarla para hacer los trámites del entierro. Me dio escalofríos. Finalmente había sido yo quien había dejado a su padre en la ruina, quien por puro desprecio había hecho unas inocentes y bien merecidas transferencias de dinero. No tenía ningún interés en darle santa sepultura a semejante lacra. Por mí, podía pudrirse en la morgue. Ejerció su trabajo —trabajo es una manera muy generosa de llamar a eso que hacía— con la misma cobardía con la que frente a su hija y a mí se plantó un tiro en la boca.

Si por algo la había ido a buscar a ella era porque hacía años había hecho un pacto digno con la mujer que la crió. Le prometí convertirme en su mensajero y cuando me enteré de que sus padres habían muerto en el incendio —no entendía cómo el viejo había sobrevivido— y apenas supe que ella acababa de llegar a Buenos Aires, quise cumplir mi misión cuanto antes.

Era depositario de una vieja carta que, juro, jamás leí y conservé todos estos años como un tesoro, el único bien que, más allá de los éxitos y el dinero que había conseguido esta chica, sabía que podría explicarle el secreto de su pasado. Sabía per-

fectamente que ella no tenía ni idea de quiénes habían sido sus padres, era algo que siempre la había hecho sufrir mucho y por eso encontró en las motos un placebo a ese dolor infinito.

—Al final no me dijiste a qué se debió este llamado tan de sorpresa; no tenía idea de que estuvieses en Buenos Aires.

Me frené un segundo y me di vuelta. Me sorprendió verla de pie. Creo que recién en ese momento la vi por primera vez como a una mujer. Antes había sido sólo un cuerpo al que también estaba tafar. Era la hija del viejo, finalmente.

Se la veía extremadamente musculosa y tenía un rostro vago, de rasgos pequeños y anacrónicos, como si hubiesen viajado desde otra época para plantarse en ese cuerpo tan contemporáneo. La mezcla producía un efecto extraño. Su pelo moreno y lacio caía recto y con descuido un poco más abajo de los hombros. Le quedaba mucho mejor que esas ridículas pelucas con las que pretendía ocultar su rapado a cero. Tardé unos largos segundos en descubrir que las dos pequeñas marcas que asomaban entre las cejas no eran tatuajes sino pequeños lunares. Quizá por eso me acerqué, para comprobarlo. No sé cómo nunca había reparado en ello, más allá de la mina de oro en que se convirtió, estaba bastante buena.

No quería quedarme mucho tiempo más. Me limité a acompañarla al hotel y fue ahí donde le di la carta. Sin esperar un segundo, la saludé esta vez extendiéndole la mano que ella apretó con una fuerza excesiva, casi descortés. Será porque esquivé la boca que me ofrecía, quizá recordando mi efusivo saludo cuando nos encontramos. De su fuerza no me había olvidado. Y recordé nuestras maratones sexuales que ya me parecían de otro siglo.

Cuando me dejó libre de la mano, me fui. Esperaba no volver a verla nunca más. Ni siquiera nos intercambiamos los teléfonos. A pesar de que sé que no soy un buen bicho, toda esta historia de su familia me llenó de vergüenza a lo largo de mi vida, sobre todo cuando recibí la carta en Clermont Ferrand y yo todavía no la conocía. Un sobre cerrado dentro del cual había otro lacrado y una nota con las instrucciones a seguir luego de la muerte de los padres de ella. No sé por qué la mujer confió en mí, pero en nombre del amor que mi madre, su hermana, siempre le había profesado, no pude negarme a prometerle que, si no moría, cumpliría con su pedido. Fue una manera de sentirme menos basura por lo que le estaba haciendo al padre. De alguna manera le debía este favor. Y aquí estoy, aquí estamos, lejos de los buenos tiempos, en la entrada del túnel oscuro en el que seguro ella se sumergirá.

Luego del apretón de manos, ella abrió la carta con una ansiedad inusitada, ni siquiera me pregun-

tó de quién era. Un mensaje en una botella siempre trae esperanzas.

Me fui pitando, no quería estar ahí cuando lo descubriera todo.

Siete

"Prefería callar porque tuve miedo."

Buenos Aires, mayo de 1979

Pichoncita:

Si estás leyendo esta carta, es porque ya debemos estar todos muertos. Tus padres y yo, al menos.

No sé cuántos años tendrás ahora. ¿Treinta, cuarenta, un poco más? No sé cuándo habremos dejado de vernos, no sé cuándo te habré abandonado, también yo, pichoncita querida, pero es la ley de la vida. Espero haberte ayudado en el tiempo en que vivimos juntas. Ojalá hoy seas una mujer independiente y feliz. Pero ya te debés haber dado cuenta de que todo dura poco, ¿no? Lo bueno y lo malo. Todo pasa, pichoncita. No te preocupes demasiado por nada, no te creas, tampoco, cuando la dicha viene en camiones. Porque todo se va.

Esta carta la escribí cuando me preguntaste por primera vez por ellos. Era una pregunta que estuve esperando que me hicieras desde que tu mamá—mi única hija— te dejó a mi cuidado.

Aunque desde siempre estuve esperando tu pregunta nunca junté el valor para tener armada una respuesta que no fuese una mentira. Sé que te

dije poco. Necesito que sepas, ahora que debés estar grande, que preferí callar porque tuve miedo. Temía que si te daba alguna pista sobre ellos, te animases a buscarlos. Y eso hubiese sido peligroso. Yo era muy consciente de cuánto te hacían falta, de cuánto te hubiese gustado que te abrazasen, pero no podía permitírtelo.

Quizás escribo esta carta para justificar mi silencio. Seguramente sea así, pero también la escribo porque creo que en algún momento de tu vida tenés que saber la verdad. No sé si ya es tarde, si la descubriste por vos misma y si dejó de interesarte. No me juzgues mal por haber demorado mi respuesta, pero me parecía una crueldad contarle a una nena como vos lo que había sucedido, lo que estaba sucediendo, lo que quizás aún sucede. Escribo y me pregunto si estoy haciendo bien, si me voy a animar a dejarte esto. ¿Quién sabe? Pero lo que sí sé es que en alguna parte de tu cuerpo vos escondías la llave de este secreto. Tenía el palpito de que todo estaba guardado en esas pesadillas que te atrapaban casi todos los días. ¿Te acordás, pichoncita? Esas pesadillas me estremecían y me obligaban a quedarme despierta noche tras noche, para mirarte dormir y despertarte apenas sintiese que comenzabas a tener el mal sueño. Pero siempre llegaba tarde, porque ya se habían apoderado de vos sin que yo me diese cuenta y abrías los ojos con una mirada que venía del infierno. Sin llorar, pero con un pavor que no sabría definir porque no parecía humano, me contabas que habías soñado que no podías despertarte, que no podías abrir los ojos ni mover-

te; que una fuerza que no llegabas a controlar te empujaba hacia una profundidad que no distinguías y que vos hacías fuerza por salir de ese encierro, por moverte y abrir los ojos y no había caso. Que un cosquilleo doloroso se apoderaba de tu cuerpo y como un taladro invisible y macabro te sacudía y vos creías que ibas a despertarte pero después sentías que te ahogabas y no era que te faltase el aire. Te parecía que tus pulmones se llenaban de otra cosa. Vos creías que era sangre. Y querías toser y no podías y hacías fuerza hasta que lograbas gritar y, en el medio del grito, conseguías despertarte. Yo, que te observaba cada noche, esperaba encontrar mientras dormías algún indicio de tanto desasosiego pero sólo era el grito lo que me hacía notar que otra vez te habían atrapado.

Ojalá ya te hayan abandonado esos sueños tristes, ojalá, pichoncita querida.

Las pesadillas me asustaban quizá más a mí que a vos, que te despertabas, me la contabas y te la sacabas de encima. O al menos eso me parecía. Yo vivía con tu pesadilla todos los días y sabía que veías sin saber la realidad que tu padre provocaba con su vida en la vigilia. Una vigilia de terror y de cobardía amparada por tu madre. Esa gente que no mereció engendrarte.

Y de esto es de lo que quiero hablarte.

Como yo sabía que tener un hijo podía convertirse en una desgracia para gente como ellos, o lo que es peor aún, como estaba convencida de que eran muy capaces de convertir a ese niño o niña en un desgraciado, apenas me enteré de que tu madre

quedó embarazada, hice lo que estuvo a mi alcance para que se deshiciera de todo. Tu padre era un golpador y tu madre lo dejaba hacer; lo amparaba en todas sus perrerías. Cuando se enteró de que iban a tener un hijo pareció emocionado por un rato pero no dejó de zurrar a tu madre cada vez que le daba la gana y tu madre lo justificaba. Nada me hacía prever que la llegada de un hijo pudiese frenar su brutalidad. Más bien todo lo contrario. A los dos meses de embarazo de tu madre, tu padre ya estaba por comenzar un nuevo trabajo y como si fuese un chiste tomó a tu madre de los pies y boca abajo la sumergió en el río, tratando de ver cuánto aguantaba sin respirar. Yo llegué a visitarlos y me encontré con ese cuadro. Tu madre le rogaba que la soltase pero él le decía que tenía los tiempos controlados, que no pasaría nada. Por detrás lo golpeé con una escoba. Tu madre cayó al río y yo me tiré a sacarla. Las dos nadamos bien y no pasó nada. Pero al día siguiente tu padre la golpeó en la cabeza, acusándola de haberme dejado intervenir. ¿Qué futuro podía tener un hijo de esa gente? Tu madre me contó que habíamos hecho mal en no dejarlo seguir con su juego y jamás pensó en la criatura que llevaba en su vientre. Sólo pensó en la ira de él, en que ese enojo no lo embriagase y lo hiciese dejarla. Estaba claro que yo tenía que evitar que ese niño naciera. Tu madre no opuso resistencia.

Hicimos lo que se hacía en esa época, inyecciones, corridas excesivas, caídas por escaleras, pero nada resultó. Cuando por fin fuimos a ver a una señora que hacía esos trabajos, ya era muy tarde. Mi

hija estaba de cuatro meses y la mujer se negó a hacer la intervención.

Entonces me resigné a lo que pudiera pasarte junto a ellos. Estaba desolada. Tu madre, luego de parirte en lo que fue una carnicería, decidió que no quería saber nada de vos y, sin ponerte en la cuna que te había comprado, el mismo día que salió del sanatorio, te dejó conmigo. Y ésa fue la última vez que la vi. Mejor dicho, la última vez que la vimos.

Yo tenía un agradecimiento infinito porque tu vida se alejaba de esas manos y venía a las mías. Pero también me sentía asustada. No sabía si iba a tener fuerza y paciencia para criarte. Vos sabrás si las he tenido.

Tu padre, pichoncita, era un joven ginecólogo que atendía en una clínica del barrio. Trabajando allí conoció a tu madre que era empleada de un negocio cercano donde vendían ropa hippie. A ella le fascinó su cultura y la moto en la que pasaba a buscarla cada día. Luego, no me explico cómo, empezó a trabajar para la policía y estoy segura de que lo que hacía no era nada bueno. Estoy muy segura. A tu padre se debe que nunca más se haya visto a un muchacho de la cuadra, el hijo de una vecina —es decir jamás se lo volvió a ver ni vivo ni muerto—. Un muchacho que tenía unos hermosos ideales de justicia y una de las más diáfanas sonrisas que yo pueda recordar.

Todo esto sucedía mientras todavía no vivía con tu madre. Luego, de un día para otro, se fueron a vivir juntos a una casita junto al río. Y supe muy poco de ellos hasta que tu madre me vino a decir que

estaba embarazada y que se iba de Buenos Aires porque él tenía un nuevo trabajo. Con una mezcla de miedo y pudor me contó de qué se trataba su flamante tarea y fue ahí cuando no quise que te tuviera. Un bebé hermoso en las manos de un hombre como él que sólo las usaba para el mal. Tu padre y su silenciosa cómplice, mi hija.

Ese hombre, pichoncita, tuvo que ver con la historia más cruel de nuestro país. No quiero escribir palabras obscenas. ¿Entendés de qué estoy hablando, no? Yo no quería que vos formaras parte de ella, que tuvieses que arrepentirte por cosas que no habías hecho, que no habías elegido. Yo elegí por vos. No estoy segura de si fue lo mejor. Sí sé que fue lo único que pude hacer. Tenía que sacarte de ahí.

Él se sintió muy aliviado cuando tu madre decidió dejarte conmigo. Y para serte totalmente sincera, tu madre también se sintió bien. Quizá porque todavía le quedaba algo de responsabilidad dentro de esa cabeza loca de enamorada. No, pichoncita, ellos no merecieron engendrarte; ellos no merecen que vos —lo hayas sabido o no— tengas la historia que tenés, seguramente alejada de tanta basura, de tanta muerte, de tanto dolor gratuito.

Pichoncita, todo esto es parte de la historia de tu vida. No corras tras ella, te lo pido en honor a mi memoria. Tu historia está en el futuro, es para adelante. Guardá las fotos de los parques, si querés, si es que no las has tirado. Ellas parecen ser el gesto más tierno que tus padres pudieron permitirse con vos.

Ojalá que si por una de éstas, llegaste a conocerlos, haya habido otros gestos tiernos. Ojalá que si

eso sucedió, mi carta quede como el pensamiento de una vieja llena de rencor. Pero si nunca tuviste noticias de ellos, no esperes tenerlas, no trates de conseguirlas. Forman parte de una vida para la que yo no te crié, de un pasado que no te merece.

Pichoncita, sólo quiero que tu vida no tenga dolores inútiles, desprecios inmerecidos. Te protegí de la verdad pero ahora no quiero irme de este mundo con la parte de tu vida que sé que te robé. Además, cada uno tiene todo el derecho a saber de dónde viene, aunque el origen sea una lacra. No tuve el valor de mirarte a los ojos y decirte la verdad. Perdoname, pichona.

Tengo toda la confianza depositada en vos para que atraveses este momento. Sólo lamento no haber tenido más resto como para ver cómo te convertías en una mujer. Esté donde esté, si hay un lugar para los muertos, te estaré extrañando, y si es que se puede, no dudes de que, del mejor modo posible, sigo cuidando de vos.

Abuela

Ocho

"Yo, esa cosa molesta."

Otra vez sola. Nadie esperándome en Ezeiza porque no había ya nadie en esa ciudad con quien pudiese contar. La noticia de mis padres muertos fue la excusa perfecta para dejarlo de una vez. No hay nada peor que el apego, que reforzar una presencia cuando uno cree ser el que abandona y en realidad ya lo han abandonado. Cuando me acerqué a saludarlo, después de todo sería la última vez que nos veríamos, fingió estar dormido. Le hice creer que no me daba cuenta y lo molesté lo suficiente acariciándole la cabeza, algo que siempre supe que lo fastidiaba. *Arrivederci, amore* pensé para mis adentros y me fui sin mirar hacia atrás y sin derramar una lágrima, algo que hasta a mí misma me sorprendió. Yo, todavía para él, era esa cosa molesta. *Arrivederci, amore* y me subí al taxi.

El viaje desde el aeropuerto hasta el centro en un coche de alquiler fue bastante decepcionante. La ciudad estaba empobrecida o quizás eran mis ojos los que no podían captar su singularidad, ya me había olvidado de los coches destartados y de los baches de las autopistas. Ir directo del aeropuerto a ver los restos del incendio de un edificio de mala muerte —donde mis padres se convirtieron en ca-

dáveres— no era la cosa más gratificante para comenzar mis primeros días en la ciudad a la que había elegido volver. Pero tenía que hacerlo y cerrar ese asunto de una vez.

Me instalé en el Plaza, un hotel que de chica me había parecido el más sofisticado. Luego de darme una ducha y conseguir un mapa de la ciudad —quería encontrar la casa en la que me había criado— le compré unos jazmines a mi madre y durante unos días me entretuve con ese pálido ritual de las flores. No sabía muy bien qué hacer y siempre me daba gusto comprar flores aunque ahora el destino de ellas fuese la vereda de un edificio precintado por la policía. No estaba triste, no sentía resentimiento ni odio, sólo un profundo desconcierto sobre cuál sería mi futuro allí en el sur. Mi vida con las motos ya había quedado atrás. Estaba en el medio de un giro y no sabía a dónde podía llevarme.

Así de confusa y monótona estuve hasta que me llamó mi primo, el de Clermont, el mentor de mi carrera, mi primer amante europeo. Me dio mucha alegría saber que estaba viviendo en Buenos Aires. Finalmente, él era de la familia y yo nunca había dejado de soñar con la posibilidad de tener una.

Mi primo me citó en un bar a pesar de que yo insistí en que pasase por la suite del hotel. Tenía ganas de un poco de sexo y de él, más allá de sus pequeñas tramoyas con mi dinero, conservaba buenos recuerdos.

Luego de una larga charla en la que reímos y lloramos —más bien yo reí y lloré, a él lo notaba incómodo o quizás asustado— no esperaba ver lo que vi:

mi padre vivo en ese mismo bar descerrajándose un tiro en la boca. Yo pensé que había muerto en el incendio y es el día de hoy que no me explico cómo estaba allí, aunque podría imaginármelo si me pudiese pérfida. Lloré sobre su cuerpo muerto aunque no hubiese querido. Sabía que en mi vida no había hombre que mereciese una de mis lágrimas. Pero él me pudo. Y no sé si lloraba por él o si aprovechaba su muerte en directo para llorar por mi desconcierto que otra vez me atrapaba cuando ya creía que no podría volver a suceder.

Sin embargo, me desentendí rápido de los trámites del entierro y por fin pude arrastrar a mi primo hasta el hotel. Estaba obsesionada con que terminásemos en la cama. Necesitaba un polvo para destilar toda esa horrible coincidencia. Aunque a esa altura sabía que un polvo no calma nada.

Mi primo se mostró distante —la caballerosidad de otros tiempos dejó lugar a una suerte de mala educación— y se apuró a decirme que en realidad me había citado porque debía entregarme una carta. “Una carta que viene del pasado” me dijo, con absoluta seriedad, algo compungido y pretendiendo parecer misterioso. Pensé que podía ser de él, de mi marido, al que mi primo había conocido en alguna fiesta que dimos en nuestra casa. No podía ser otra cosa. Un llamado desesperado rogando mi regreso. Y yo me daría el gusto de decirle que no, que de ninguna manera volvería a su lado. *Arrivederci, amore*. Y yo, sin esperar que mi primo se fuera, la abrí con impaciencia. No era de él. Allí había otra cosa. Se encontraban las cálidas y medidas palabras

de mi abuela contándome mi historia. Ella no sabía que llegó un día en que todo aquello dejó de interesarme. Así, brutalmente, de un día para otro. Fue exactamente el día en que ella murió. Ella era todo mi pasado. Lo había decidido y había cortado con cualquier expectativa de saber más. Definitivamente no quería saber nada. Sólo ansiaba encontrarme con mis padres para conocerlos, sin hacer ningún tipo de preguntas. Confiaba en que el silencio de mi abuela había tenido sus razones. Creo que ese día fue cuando me sentí verdaderamente una mujer. Respeté y admiré su fortaleza en desnudarme una verdad tan cruda pero todo ya había terminado. Mis padres habían tenido el final que se merecían y no había lágrimas que hubiesen ganado, ya habían muerto para mí aquella tarde en el aeropuerto cuando fracasó nuestro único encuentro. Yo esa cosa molesta, yo la injusta y única heredera de un pasado de cruz esvástica del que no pensaba hacerme cargo.

Me encerré en la suite y miré una por una todas las fotos de los parques antes de quemarlas en la bañera. Acaricié el rostro de mi madre y estuve tentada de conservar una imagen, al azar, pero después me arrepentí. Junto con las fotos quemé la cartaservilleta que me escribió en el aeropuerto y que no sé por qué razón todavía no había tirado. En cambio guardé en un sobre especial la carta de mi abuela y la até con una cinta de raso verde. La guardé en mi bolso y sabía que la llevaría conmigo por el resto de mi vida como la mayor demostración de amor que jamás había recibido. Di por finalizado los ri-

tuales, una suerte de ceremonia mortuoria. Volvía a ser libre o quizás empezaba a serlo.

Salí a recorrer la ciudad, a vagar sin rumbo, con la esperanza de toparme con la casa de mi infancia. Pero no la encontré, la ciudad era lo suficientemente grande como para contrariarme. Inesperadamente se desató un vendaval que coincidió con un arrebató de sed. Estaba feliz y empapada. Levanté la cabeza, abrí bien grande la boca para tragarme toda la lluvia y seguí bebiendo, así, para matar la sed y sólo eso.

Cuando llegué al hotel, había un mensaje de él, de mi marido. Tuve que hacer un esfuerzo para no correr al teléfono. No teníamos nada que decirnos o en todo caso la oportunidad de hacerlo se nos había pasado de largo. Qué vida de mierda la que nos montamos o la que me inventé.

Me desnudé y me metí en el baño, cerrando la puerta. Todavía olía al papel quemado de las fotografías. Abrí el grifo de agua fría, necesitaba más agua.

Grité, hasta desencajarme, *Arrivederci, amore. Arrivederci a tutti quanti*. Después del grito me derrumbé. Me quedé unos largos minutos de pie, bajo la ducha, agarrándome con fuerza con las manos y las uñas a las paredes de finos azulejos. Salí a buscar la carta de mi abuela y allí, ahora sentada bajo la ducha cuya agua no había dejado de correr, desarqué el paquete primoroso en que la había guardado y la leí y la leí hasta casi aprendérmela de memoria, hasta que los trazos de la letra tan querida fueron borrados por el agua para instalarse definitivamente en mi cuerpo.

A pesar de mi decisión firme, el pasado de un oprobio que creía ajeno me había alcanzado, me había convertido en su cautiva. Toda esa porquería no me salpicaba, se trataba de algo peor, se me metía adentro, en mi propia sangre. O quizá ya estaba ahí, desde siempre.

Esta vez no encontraba manera de limpiarme. No encontré coartadas. Me acurruqué en una pura fragilidad de sonámbula. Junté algo de fuerza y me levanté. Tuve una sola idea.

Sin secarme, hice un nudo con la cinta de seda negra de mi bata en el caño de la ducha, comprobando su resistencia. Resistiría. Me subí a un banquito que encontré en la habitación y dirigí mi cuello hacia el lazo negro.

Ése era el giro que la vida me ofrecía o más bien el que yo tomaba.

Marché hacia allí, hacia ese agujero, a toda velocidad, buscando mi único recurso infalible. Y no fallé.

Índice

AMÉRICA EN FUGA

Día uno, 5 pm	9
Día 2, 1.30 am	55
Día 3, 3.15 pm	87
Día 4, 5.15 am	117

ADIÓS, 9 MANERAS DE DECIRLO

UNO. “Es ahora que empezamos a quererte”	145
DOS. “Por esa bisagra de honor fue por donde entró ella”	159
TRES. “No te hablo de umbes la boca”	171
CUATRO. “Ya estás borracha, me dijo”	183
CINCO. “Escribiendo con sangre mi nombre”	195
SEIS. “Yo pensé que ya estaba muerto”	205
SIETE. “Prefería callar porque tuve miedo”	213
OCHO. “Yo, esa cosa molesta”	223